

CAPÍTULO 11.

Pololeo e Imaginario Juvenil: 1961-1989.

¿Qué sería la juventud sin el mar?

Lord Byron

1. De la Lienza al Espinel, del Remo al Motor y de la Pesca al Buceo.

La catástrofe producida por el maremoto y la debacle industrial, significó una dura prueba adaptativa para los habitantes del mundo rural de la Comuna. Tanto en el pueblo de Corral como en las comunidades del entorno recolector y campesino se produce una merma de casi el 30% de la población: de 9.853 habitantes existentes en 1952 se pasa a 7.023 en 1960. Los que se quedan buscan nuevos derroteros internos y externos para la subsistencia. Todo ello, durante una época en que pese al sostenido crecimiento demográfico nacional, el proceso de industrialización y la parálisis del mundo campesino arrastran a una gran población rural a las metrópolis. Recordemos que si para 1952 la población que vivía en el campo era de un 39,8% del total nacional, para 1970 este porcentaje había disminuido a un 24% (Aylwin, Et. Al. 1990).

Con todo, la diáspora actúa como un mecanismo homeostático que regula y equilibra los recursos disponibles en torno a las necesidades de los habitantes que permanecen. En Chaihuín, el maremoto destruye gran parte de las viviendas mejor instaladas. La escasa infraestructura pública, como la escuela, que dotaba a la localidad de una fisonomía aldeana aislada pero establecida, se desvanece. No obstante, lo agraz de la debacle tuvo su revés dulce: la devastación del conjunto de la Provincia de Valdivia y, particularmente de la Comuna de Corral, visibilizó enormemente a las comunidades rurales, lo que provocó, a su vez, que la enorme ayuda internacional y los múltiples esfuerzos desarrollistas estatales se dirigieran a la zona.

Las primeras ayudas de la Cruz Roja y de países como Estados Unidos (que donó dos hospitales de campaña que permanecieron hasta hace muy poco en la provincia), Alemania, Argentina, Unión Soviética, Japón, Francia, Gran Bretaña, entre muchos otros, se sumó a la

ayuda monetaria de organismos internacionales como la OEA, la CEPAL y el propio Estado, quien institucionaliza la reconstrucción de la zona amagada con el sismo con la promulgación de la ley N° 14.171 el 20 de octubre de 1960. Siguiendo el espíritu de la nueva ley, se creó bajo la supervisión del renombrado "Ministerio de Economía, Fomento y Reconstrucción" el "Comité de Programación Económica y de Reconstrucción" (COPERE), el que coordinó interministerialmente los planes de desarrollo económico de las provincias afectadas.

Desde esta fecha, y hasta las postrimerías del gobierno de Jorge Alessandri, no cesarán los aportes internacionales en créditos, asistencia técnica, equipos e instrumentales para la reedificación. La llegada al poder del demócrata cristiano Eduardo Frei Montava en 1964, supone la continuidad de estas ayudas, materializado en el fortalecimiento del proyecto desarrollista apoyado en las líneas programáticas "estructuralistas" de la CEPAL, engranaje de la máquina ideológica del desarrollismo propiciado por la ONU y los Estados Unidos a través de la "Alianza para el Progreso" (ver capítulo 4). La acción estatal a través de la "promoción popular" da un impulso a la gestión modernizadora en el mundo rural, vehiculizado por la profundización de la reforma agraria, la expansión educativa y el programa cooperativista y social-cristiano de Frei. Los distritos rurales de la Comuna, como Chaihuín, comienzan a romper su aislamiento y alcanzan a ser impactados por estos programas, iniciándose un sostenido apoyo a través de sistemas crediticios a la "nueva" vocación productiva de sus habitantes: la pesca y recolección artesanal. De este modo, esta actividad económica que antaño compartía idéntica importancia que las labores agropecuarias y forestales, pasó a liderar poco a poco las estrategias de subsistencia comunitaria, sustentado por una naciente expansión de la demanda y de las redes de comercialización de los productos acuícolas.

En los años que median entre 1955 y 1965, los pobladores de Chaihuín tienen que hacer frente a las constricciones materiales que supuso la destrucción del maremoto y el cierre de la usina de Altos Hornos y sus enclaves productivos, refugiándose muchos en las labores de peonaje forestal y pesca artesanal; por tanto es una década caracterizada por la readaptación económica y reconversión tecnológica. Don Valentín y don Heraldo, pertenecientes a la anterior generación y ya en su adultez, vivenciaron y sufrieron en carne propia esta brusca readecuación, los que testimonian el cambio:

"(...) Después empezamos a tratar de embarcarnos, pero fue difícil que nos tomaran, porque no sabíamos el trabajo de mar, sólo marisquear, el trabajo de huerta y cuidar animales; pero salir en bote a la mar no teníamos idea. (...) Después del año 60', como el año 62 ó 63, empezó a

mejorar más la cosa, porque una empresa comenzó a trabajar en el monte e hizo este camino hacía arriba, que va por dentro del monte, para explotar el Alerce. Dejé la pesca y trabajé tres años con la empresa. Trabajé en el camino haciendo cunetas; se hacían a puro pulso y las alcantarillas de debajo eran todas de madera. (...) Después me retiré, porque me convino trabajar en la pesca. Nos compramos con un hermano un equipo de hombre rana para bucear. Habíamos aprendido así no más. Supimos que había muchos Erizos y se compraba harto. Habían manchas de Erizo grandotas y sin traje de hombre rana no había forma de sacarlos. Así es que con el traje y con una vara sacábamos de 300 a 400 Erizos, pero tenían que estar las aguas claras y sin viento. Después, como el año 1965, en tiempo de Frei, compramos un motor para llevar los Erizos a Valdivia, porque los comerciantes que venían acá pagaban muy mal. Entonces nos fuimos a Santiago y allá nos ofrecieron un motor Lister, inglés, que era el mejor de los motores. Vimos el motor y no teníamos toda la plata para comprarlo. Desesperados, depositamos lo que teníamos, con el compromiso de volver en tres meses con el resto de la plata que nos hiciéramos en la pesca. *Pero teníamos que vivir, así es que desesperados vendimos un par de ovejas hasta que juntamos la plata. Esos motores habían llegado de ayuda de afuera por el sistema de cooperativas. Había una cooperativa en Amargos en la que sacamos un crédito para comprar redes barredoras pa' pescar Robalo. Esa red se llamaba "trollhuán" y consistía en una mallita chica en el medio y dos mallas grandotas pa' los lados. Esa cooperativa empezó a venir para acá y a ofrecer ayuda.* Así que nosotros nos inscribimos en la cooperativa comprando siete acciones, pero el consejo directivo nos rechazó la entrega de la red porque teníamos sólo siete acciones y según ellos teníamos que tener diez. Nos sentimos re mal, porque había gente que le habían dado una lancha con motor por las diez acciones que tenía. Así que nos fuimos y dijimos "estas son leseras, nosotros vamos a trabajar por nuestra cuenta y no vamos más a la cooperativa". Así que de ahí compramos el motor y después las redes. La gente de la cooperativa nos decía que el motor nos iba a salir carísimo porque éramos particulares y yo les decía que habíamos hecho un compromiso con la empresa y los trámites de compra como pescadores, porque como tales estábamos libres de pago de internación de los motores. La cooperativa había pedido casi al mismo tiempo sus motores y nuestro motor llegó como cuatro meses primero que los de ellos. *Ya para esos tiempo comenzaron a tener motores en sus botes las gentes de aquí, aunque muy pocas.* Así es que ahí nos dedicamos a trabajar en la pesca. Nos mandamos a hacer con Don Baltasar Triviños un bote de Ciprés y Alerce para instalar el motor y nos largamos. Yo trabajaba como telegrafista de buzo, como asistente de mi hermano arriba del bote. Ahí trabajamos hasta cuando estuvo fuerte el Loco, hace unos diez años atrás, como el año 1989 más o menos". (**Heraldo González, cursivas mías**).

"El cambio vino, no sé qué es lo que pasó, el sistema cambió, fue después del maremoto. Después del maremoto vinieron unas ayudas para la gente, con lanchas y se fue preparando la gente. Cuando vieron que llegaron lanchas, fue como si la gente podía hacer sus cosas. Tuvieron que ver primero que se estaban haciendo cosas para poder hacer ellos. Y ahí empezaron a hacer sus lanchas también. Porque antes eran puros botes a remos no más. Entonces hubo un cambio, la gente ganó más plata en la pesca, en todo y empezó a llegar gente de afuera". (**Valentín Antillanca**).

De este modo, la comunidad de Chaihuín fue adquiriendo la fisonomía de un pequeña caleta de pescadores artesanales, donde las actividades silvoagropecuarias y de peonaje forestal, adquirieron un rol decididamente complementario. La recolección comenzó a sostener la economía doméstica y las labores asalariadas quedaron circunscritas a los ciclos ocasionales de trabajo en las obras de construcción de caminos de penetración y transporte para la explotación forestal, como ocurrió con las empresas FAMI y RALCO¹⁸³ de Dionisio González, propietario del fundo Venecia, al sur de Chaihuín (Colun). Esta última empresa es la responsable de realizar otro "adelanto" en la comunidad: la construcción del primer puente (de madera) que atravesaba el río Chaihuín y unía la franja costera sur con la del norte y que, junto a la apertura de un camino de penetración al interior de la cordillera costera, tenían el propósito de extraer y transportar la explotación maderera a Corral:

"El trabajo más grande que hubo en mi tiempo fue la BIMA y después RALCO. Mis hermanos se casaron y se fueron todos a BIMA. La Yola y la Lila partieron para allá, a trabajar en el puro Alerce. Yo conocí BIMA, íbamos a buscar a mis hermanas en vísperas de Pascua y año nuevo a a la montaña. Nos íbamos en bote hasta Cadillal y ahí partíamos a pie para arriba. Eran sus cuatro horas para allá caminando en una huellita y monte para lado y lado. Ellas venían a pasar año nuevo y navidad a Chaihuín. Hacíamos harta bulla cantando, bailando para subir". (**María Ester González**).

Se suma a ello, como estrategia económica alternativa, un masivo abandono temporal del hogar por parte de las mujeres más jóvenes, para emplearse en el servicio doméstico de los núcleos urbanos próximos, como Corral y Valdivia, fenómeno que analizaremos con mayor profundidad mas adelante.

Las nuevas tecnologías para la extracción de peces y mariscos, la llegada del gobierno de la Unidad Popular, el establecimiento de una escuela de guerrillas en las cercanías de Chaihuín, el Golpe de Estado de 1973, una nueva diáspora y las políticas represivas y neoliberales de la dictadura de Pinochet, marcarán algunos hitos comunitarios, cuya historia pendular se contrae y expande al calor de su dependencia para con la urbe.

¹⁸³ Al respecto nos relata Heraldo González: "Después de mucho tiempo no hubo grandes cambio por acá. El primer puente, que era de madera se construyó como el año 60', lo hizo la misma empresa Ralco que hizo el camino pa' arriba. Acá esa empresa se llamaba FAMI, pero era todo de un mismo dueño, que se llamaba Dionisio González".

Las nuevas señales "modernizadoras" -como el fortalecimiento de la escuela local, el contacto regular con las urbes cercanas, el impacto de la radiodifusión, el toca-discos y los productos simbólicos del naciente mercado juvenil-, junto a la centralidad de la vocación productiva pescadora y recolectora, serán la marca de fuego por excelencia de los y las cabros/as que arribaron a la vida social más tarde o más temprano en este momento histórico: María Ester González (nacida en 1942), Sergio Leal (1952), Marcela Huala (1952), Luis Maripán (1954), Elisa Pérez (1953), Juvenal Triviños (1956) y Elías Maripán (1959). Condiciones que se reproducen, proyectan y amplifican en las vidas de Eduardo Delgado (1969); Danilo González (1969) y Jacqueline Vera (1973), los que en conjunto y con algunos matices, forman la presente generación.

En conjunto, estos actores vivenciaron la progresiva transformación productiva y tecnológica provocada por la acción estatal y la apertura de nuevos mercados para la comercialización de los productos. El trueque, mecanismo de intercambio dominante en las primeras décadas del siglo, da paso a la circulación de la moneda. La siembra de papas y otros cereales y la cría de ganado ovino y bovino queda restringida estrictamente al autoconsumo, reservándose como actividad de los miembros menores de la unidad doméstica. Así, la dedicación de los muchachos y muchachas y el mundo adulto se centra en las labores de pesca, buceo y trabajo doméstico asalariado externo.

Desde mediados de la década de los 60', muchas familias comenzaron a adquirir embarcaciones de pequeño calaje y aparejos "modernos" para "salir a la mar" en forma sistemática. No tienen necesidad de internarse demasiado debido a la abundancia de recursos. De este manera, en una franja costera comprendida entre la desembocadura del río Chaihuín y "Punta Galera", extraen Congrios, Sierras y Corvinas, entre otros peces, para la venta en Corral o Valdivia. La importancia que adquiere la recolección para el sustento familiar entraña la adquisición de nuevas tecnologías que permiten la extracción de un volumen mayor de productos para su comercialización.

"Antes, con mi papá, ya había aprendido a remar y a pescar. Pero mi papá no buceaba, en ese tiempo ni conocían los equipos de buzo. El era pescador a pura lienza no más. No era tampoco de calar materiales, como los otros, con redes, espineles, cosas así. No, a pura lienza no más, sacando uno por uno los pescados. Pero era de esos viejos buenos pa' la lienza. Tiraba y en un ratito cargaba el bote, por ejemplo, con la Sierra (...)" (Elías Maripán).

En efecto, la época en que se sacaban sólo con "lienza" los peces para el autoconsumo y venta o intercambio -trueque- a pequeña escala, queda perimida. La "lienza" se complementa con redes o espineles que se "calan" en el agua y se "encarnan" con Jureles que abundan a orillas del litoral de la comunidad. Junto a las diversas especies de peces que comienzan a ser demandadas por la urbe de Corral y Valdivia (ésta última ciudad en acelerada expansión urbana), otras especies se tornan protagónicas: crustáceos y moluscos, como el Erizo y el Loco. La tecnología y modo social de extracción -división sexual del trabajo-, se había mantenido invariable desde que los primeros pobladores habitaran la zona. Mujeres, solteras y niñas, recorrían el borde costero recolectando Cholgás, Lapas y Locos con una vara, generalmente de Luma, y un canasto de fibras vegetales. Utillajes que se sofisticarán radicalmente debido, igualmente, al imperativo de la circulación mercantil de los productos. Los primeros equipos de "hombre rana" se hacen presentes en la comunidad. Con ellos pueden extraerse una gran cantidad de Erizos, Locos y peces situados más allá de bordemar, que en abundancia circundan la costa chahuinera.

"En ese tiempo llegaron los equipos ranas de los que se ocupan ahora, yo tenía como 16 años [1972]. El primer equipo que llegó aquí lo tuvo mío tío Pedro, hermano de mi mamá. Ese fue el primer buzo que estrenó ese equipo. Y ahí él me enseñó a bucear. Yo cargante [para] que me prestara el equipo y que me enseñara. Y buena onda porque no fue egoísta, él me enseñó al tiro, perdió un día de trabajar para enseñarme bien. Ese equipo es igual al que ocupó yo ahora, pero el aire era más limpio, porque funcionaban con pistones de membrana y no llevaban aceite. Pero era pa' poca profundidad, 10 metros no más, no es como estos otros que trabajan con aceite vegetal y se puede bajar 50 metros sin problema. Aunque antes no tenía por qué meterse a 20 metros, las cosas estaban ahí mismo, a menos de 5 metros. No es como ahora que usted tiene que andar 15, 20 metros mínimo pa' poder encontrar Congrio". (**Juvenal Triviños**).

"(...) Ahí mi marido trabaja en la mar no más. En ese tiempo había mucho. Uno si iba a buscar Erizos sacaba hasta 5 mil. Esos años los buzos trabajaban con escafandra. Se daba vueltas con la rueda para dar aire. El primer equipo de ranas lo tuvo mi marido con un cuñado. Lo encargaron a un cura que había, entonces él hizo la compra del equipo rana y ahí comenzaron a trabajar en toda la costa de aquí. En Corral también había uno solo, después comenzaron los equipos a llegar". (**María Ester González**).

El impacto de este nuevo instrumental, crucial para el nuevo modo de vida comunitario, queda registrado en numerosos testimonios. Muchos informantes se atribuyen la "traída" a la localidad del "primer equipo de buzo". Lo cierto es que en un primer momento la adquisición de los trajes e implementos de inmersión estuvo reservado a muy pocos habitantes. Poco a poco, la posesión de embarcaciones con ayudas crediticias y los saldos positivos de la

actividad pesquera, lograron que algunas familias pudieran capitalizarse e invertir en estas nuevas tecnologías. A su vez, en un primer período (mediados y fines de la década los 60') eran escasos los que contaban con un motor a combustión integrados a sus embarcaciones, como el caso de don Heraldo González y su "Lister" inglés. Los pescadores que lo tenían, se convertían en patrones y jefes de la explotación, a las que se integraban familiares o vecinos con sus "chatas" y botes para ser remolcadas por la embarcación mayor, aprovisionada con la propulsión mecanizada. Esta situación va cambiando gradualmente hasta que desde mediados de la década de los 80' -con la prosperidad económica generada por el recurso Locomienzan a adquirirse masivamente los motores "fuera de borda", que dotaba de gran autonomía a las unidades sociales de extracción.

Con todo, gran parte de la niñez y "juventud" plasmadas en las biografías de los informantes de esta generación testimonian la escalonada especialización de los/las chahuineros/as en la pesca y recolección de mariscos que, iniciada tímidamente en la generación anterior -muchos de ellos/as padres y madres de ésta- traspasan el nuevo *modus vivendi* a sus hijos:

"Pasó después que terminé el Servicio [militar] y me puse a trabajar en la pesca. *Con un vecino, un socio, Juan Colipai, empecé a trabajar. Primero me mareaba, porque era malo pa' la mar. Me metía, pero no aguantaba, porque era débil de estómago. Me costó mucho aprender a trabajar en la mar, acostumbrarme a eso. No había otra alternativa. Toda la gente trabajaba en la pura pesca no más. Aquí trabajamos en la siembra, pero pa' la casa no más. Cuando sembrábamos papas y cosechábamos varios sacos venía a comprar la gente de aquí y se le vendía.* Después ya empecé a acostumbrarme en la pesca. Trabajábamos en el Congrio más que nada, calando Congrio. En ese tiempo había harto pescado, pero teníamos bote a remos no más y trabajamos de a tres. No se buceaba, puro calábamos con espineles y [los Congrios] salían aquí mismo. El Congrio era más abundante, siempre salía harto. No había tanto barquito como ahora, se calaba, pero no tanto. Había poca embarcación. Ahora cuántos miles de anzuelos sacando todos los días imagínense ¿cómo no va a fallar? Tenemos que ir cada vez más lejos". (Sergio Leal, cursivas mías).

En un principio, esta especialización productiva comienza a generar una red de comercialización entre las diversas localidades rurales costeras y el pueblo de Corral. De esta forma llegan a la localidad los primeros intermediarios de los productos marítimos. Aprovechando la precariedad económica y el escaso apertrechamiento tecnológico de los pescadores locales, estos intermediarios se mueven con sus lanchas a motor alcanzando rápidamente los puntos de venta y distribución en los núcleos urbanos. Muchos de los

pescadores de Chaihuín, en tanto, tenían que resignarse al sacrificio de remar por largas horas para llevar sus mercancías a Corral o Valdivia:

"A veces venía un lanchita a comprar aquí mismo, pero cuando no venía, teníamos pescado dos días y teníamos que ir a Amargos, o sino ir a Valdivia, a puro remo. Imagínese, a remo de aquí a Valdivia. Nosotros a Corral echábamos como cuatro horas y de ahí cuatro horas más pa' Valdivia. Andábamos los tres remando sin parar. Un remo cada uno y el otro con un parquito ahí en la proa. Llegábamos con el trasero hecho tira cuando volvíamos acá. Llegábamos hoy a Valdivia, por ejemplo, y nos veníamos en la noche, siempre buscando la marea, porque de ahí pa' Valdivia [la corriente] tira fuerte. El problema era llegando a morro Gonzalo. No sabíamos si había viento o no había viento y cuando nos tocaba viento en contra, era lo complicado. De repente salía el [viento] travesía en las noches y solíamos llegar a las 2, a las 4 de la mañana aquí. En Valdivia entregábamos a los comerciantes, pero a veces solía estar malo, es que a veces había mucho, si nosotros solíamos llevar hasta 1.500 kilos de Congrio. A veces alcanzaba para comprar pocas cositas. Ahí traíamos la mercadería, lo que alcanzábamos a comprar, no era una tremenda cantidad de pulpería, porque los precios eran malos. 1.500 kilos de Congrio... Más encima llevarse esa cantidad y remando ¡y qué! Nos alcanzaba pa' una miseria de cosas no más. De ahí volvíamos otra vez a trabajar acá, pero en ese tiempo había de todo. La carnada estaba aquí mismo, el Jurel, que estaba aquí mismo, porque uno iba ahí afuera no más y estaba la sentadera de Jureles y con ese mismo encarnábamos". (**Sergio Leal**).

"Venía una lancha de un caballero que se llamaba Daniel Pérez, de Amargos, uno de los primeros comerciantes que venían para acá y nos compraba. Nos iba bien, porque en ese tiempo salía hartito pescado. Además, en ese tiempo para nosotros no era tan difícil calar los espineles todos los días, porque la carnada que nosotros necesitábamos estaba cerquita. Ahí en el mismo puerto salíamos a sacar los Jureles el tiempo en que habían, así que en la semana hacíamos hartas entregas". (**Elías Maripán**).

2. Chaihuín Organizado: Entre Guerrilleros, Golpistas e Infiltrados.

Desde fines de la década del 60' y durante el transcurso de los años 70', Chaihuín ahonda su vocación productiva pescadora-recolectora. Sin embargo, en las postrimerías del gobierno de Frei y principalmente bajo el de la Unidad Popular, hubo un intento de equilibrar la especialización económica hacia la agricultura a través de la formación y apoyo del "Comité de Pequeños Agricultores"¹⁸⁴, animados, ciertamente, por la Reforma Agraria. No obstante,

¹⁸⁴ "El Comité se proponía producir", nos dice Heraldo González, partícipe de la organización, "porque en el gobierno de Allende todos los campesinos teníamos que producir, esa era la gran cosa. Por ejemplo, si el terreno

el Golpe de Estado y el *pinochetismo* interrumpen las ayudas estatales durante más de un década, acrisolándose aún más el cariz de "pescadores" de sus habitantes.

Esta inflexión en las ayudas estatales está explicada por varios acontecimientos. El primero estriba en la propia transformación del Estado "de compromiso" a partir de 1978, que restringe el gasto social ostensiblemente, dejando en el desamparo a la población más carenciada del país y neoliberalizando la economía con políticas de privatización y de reajuste estructural; proceso que se extiende hasta fines de la década de los 80'.

Junto a ello, en la comunidad de Chaihuín se suceden una serie de episodios internos y externos, tanto "revolucionarios" como de resistencia a la dictadura militar, que estigmatizan a la comunidad como un lugar de "comunistas", lo que provoca una sostenida desatención asistencial por parte del Municipio y el Estado durante gran parte del *pinochetismo*. La actual alcaldía, en manos de la centroderecha, sigue retroalimentando esta visión en sus pobladores:

"Aquí todas las cosas que se piden, se rechazan por intermedio de la Municipalidad de Corral, porque la Municipalidad no quiere nada con Chaihuín. Es por cuestión de colores políticos, porque se han hecho muchas cosas y por unas pocas personas las pagan todos. Nos tiene como de lado. Eso viene desde el Centro de Padres del colegio, que era la institución que más fuerza tenía aquí. Cuando fue el gobierno de Salvador Allende, Chaihuín fue una de las primeras partes que hubo una toma de colegios, y todo lo que se hizo en Valdivia se hizo aquí, por eso a Chaihuín lo toman como que es una parte de comunistas, pero no es así. Ocurrió que la gente no estaba de acuerdo con los profesores que habían, porque a veces pasaban hasta 15 días que no venían a hacer clases. En ese tiempo se les daba a la Municipalidad unas platas para que compren carnes, le hagan a los niños un plato de comida, pero no las traían para acá. No les gustaba eso al Centro de Padres y echaron a los profesores y trajeron nuevos". (Elisa Pérez).

En rigor, el primer episodio que estigmatiza a la comunidad, ocurre en las postrimerías del gobierno de Frei. Después de haberse proclamado marxista-leninista en el Congreso de Chillán de 1967, el Partido Socialista abre el terreno a la lucha armada (ver capítulo 4). Una de los resultados de este lineamiento político, es la creación de escuelas de guerrillas, las que comienzan a funcionar clandestinamente en Guayacán (Cajón del Maipo, Santiago) y Chaihuín, organizadas por algunos jóvenes estudiantes y obreros de la juventud del Partido,

era apto para la agricultura había que sembrar. Si se daba la papa, había que sembrar papa y si era apto para trigo, trigo había que sembrar. No como antes que se sembraba papa y los precios caían totalmente y se salía pa' atrás. En ese Comité de Pequeños Agricultores participábamos todos los de Chaihuín. El presidente fue el finao' Antonio Caifán y después don Heraldo Ponce. Por medio del Comité recibíamos créditos, semillas, fertilizantes y alambre también, pero muy poco, porque en ese tiempo hubo una escasez de alambre. Después del '73' cayó todo. Ese año nosotros estábamos comprometidos con hartos sacos de papa para las ECAS, una organización del gobierno [de la Unidad Popular] que compraba todo lo que producían los pequeños agricultores".

fundamentalmente de Santiago¹⁸⁵. El descubrimiento el 21 de mayo de 1970 de la escuela guerrillera en la zona, generó un hondo impacto mediático a nivel nacional y tuvo variados efectos políticos, debido al “pánico moral” que suscitaba en la derecha el triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de ese año. En la “escuela”, participó un piquete sucesivo de muchachas y muchachos militantes socialistas (en un primer momento confundidos por la prensa como miembros del MIR), que se entrenaron militarmente y, sobre todo, prestaron ayuda y atención social a la población nativa del actual Distrito. Los habitantes de la zona iban a recibir atenciones médicas o los propios guerrilleros los visitaban en la escuela comunitaria o en sus casas, realizando diversos servicios. Aunque constituye una "zona tabú" de los recuerdos biográficos debido a que subsiste el temor a la represión, a los conflictos intracomunitarios y a la sanción moral -véase especialmente en los anexos la historia de vida de don Heraldo González-, algunos actores de esta generación testimonian ciertos elementos del episodio:

"Antes que muriera Allende hubo una escuela de guerrilleros de izquierda que pillaron en las Garzas, en lo más alto de Cadillal, como el año 1970. Pero nosotros a esas alturas no sabíamos qué era un guerrillero, porque recuerdo que en la Escuela de Chaihuín también estuvieron ahí, había niñas, pero hartas, y pasaban a las casas en las tardes. Visitaban a la gente, había dentista, había paramédicos, de todo. Entonces invitaban a que cualquier niño enfermo uno lo llevara, y todo gratuito, nada de cobrar, ni nada. Pasaban como estudiantes no más. Yo llevé varias veces a mis chicos arriba y toda la gente igual. Parece que tenían algunos contactos, pero todos aquí callados no más, porque aquí igual hay gente de la derecha. Pero la gente no sabía realmente. Era un grupo que iba rotando, llegaba un grupo, entrenaban arriba y llegaba otro. Hasta que un tal xxxx se fue de tarro [los denunció]. Avisaron a los militares y de ahí no pillaron huellas, no pillaron nada, pero tomaron al cabecilla, Renato Moro [Moreau], ese era el jefe. Y se lo llevaron en helicóptero, estaba metido con un mayor de ejército. Esta cuestión fue bien nombrada".
(María Ester González).

“Don xxxx de Huiro, tenía un hijo de la edad mía más o menos y ellos sabían la entrada para adentro. Yo fui. En la entrada había un alambre, en pleno monte. Eso era una alarma, uno la pasaba a tocar y sonaba allá arriba. Ahí tenían unas casas bien hechitas, se subían por unas escalas. Su campamento lo tenían un poco más retirado. Eso era como un mirador que tenían. Se veía para Colun, para este lado, para todos los lados se veía. Todo bien ordenado. Yo vi las puras carpas, pero ya se habían llevado todo. [Había muchos carabineros], si cuando salía uno a

¹⁸⁵ Dos de ellos habían sido detenidos con anterioridad por acciones similares. El estudiante socialista de la Escuela de Canteros de 21 años, Renato Moreau Carrasco (identificado en la prensa de la época con el nombre de Renato Moro o Renato Mora), era buscado por su participación en la escuela de guerrillas de Guayacán. En tanto que el estudiante socialista Rigo Quezada Rivera (a quien entrevistamos informalmente), había sido detenido en la vía pública por “lanzar piedras contra automóviles de la policía” (Diario el Sur 26 de mayo). El resto de detenidos fueron Víctor Muñoz de 19 años, obrero, socialista; Sergio Torres Adelaida de 23 años, estudiante; Luis Alberto López de 24 años, obrero y Jaime Briones Farías, obrero, militante socialista.

pescar y se quedaba alojado en algunas playas, llegaban y nos revisaban. La gente empezó a hablar que llegaban barcos pesqueros y que descargaban cosas a tierra y ellos querían saber quienes hacían esos fletes. Por eso aterrizaron los helicópteros y los revisaban a todos” (**Luís Maripán**).

“Llegaban grupos y uno no sabía en que andaban. Ahí salían dos niñas a las casas a conversar. Mi mami les enseñaba las comidas que se hacían acá y [ellas] nunca hablaban en lo que andaban acá. Nunca nos dimos cuenta hasta que de repente se abrió la hoja. Porque las niñas siempre venían, todos los días para ayudar en algo. Traían medicamentos, dentistas, inyecciones, con eso llegaron. Después aquí se llenó de carabineros, cualquier cantidad. Todos pensaban que la gente de Chaihuín andaba metida [en las guerrillas] y no era así”. (**Marcela Huala**).

La escuela guerrillera, como relata Marcela, no involucró directamente a los jóvenes del lugar¹⁸⁶, aunque supuso la complicidad y ayuda de varios pobladores en el traslado de víveres y cobijo, los que fueron interrogados o detenidos por la policía, que llegó con un numeroso contingente al Distrito. Así lo atestiguan tanto los testimonios orales, como las numerosas portadas de periódicos regionales y nacionales y sus respectivos reportajes gráficos que se publicaron durante una semana. Especialmente “alarmantes” resultan las ediciones de Las Últimas Noticias del 22 de mayo de 1970, El Correo de Valdivia del 24 de mayo y del periódico La Segunda del 26 de mayo del mismo año (ver anexos).

Al tanto de estos antecedentes, una vez producido el Golpe de Estado de 1973, los mandos militares destinan un gran número de efectivos a la zona, creyendo que todavía la escuela de guerrillas está en funcionamiento o, al menos, que la tupida selva sirve de refugio a personeros del gobierno popular y a un posible foco de resistencia armada. Varios relatos coinciden en que si bien se generó un sistemático intimidamiento y represión simbólica debido a la prolongada y masiva presencia de militares y miembros de la policía secreta en la comunidad y el resto de la Comuna, estos no produjeron víctimas fatales. Cuestión bastante

¹⁸⁶ A contrapelo de muchos testimonios, don Baltasar [Huala] Triviños, integrante de la anterior generación, relató: “un día, el cabro mayor mío, me llegó con la novedad que allá arriba donde xxxx, estaban haciendo la práctica [de guerrillas], con cadenas y *linchacos*, los que llevan un palo y una cadena pa’ pelear. Se iban a entrenar. Llegó una gente de afuera a enseñarles, que fueron cubanos, bolivianos. Andaban dos jóvenes. Entonces un día mi hijo llegó tarde y yo me puse medio difícil y le dije ‘¿qué diablos llegas tan tarde, qué estreno están haciendo!’. Le dije ‘no me vas a ir más’, porque esa es la política que se estaba metiendo y eso es un mal. ‘¿A quién le va a pegar usted aquí? ¿Quién va a venir de afuera a la pelea? Nadie poh’. Después de eso llegó una manga de jóvenes, de 25 [años], más no tenían, a hacer la práctica, a dar cosas aquí en la escuela, a sacar muelas, dar aspirinas, porque no había posta. Toda la gente fue porque llegaron buenos doctores que andaban haciendo las cosas sin interés, hasta mi mujer fue. ¿Qué pasó? Esos doctores se desaparecieron de un porrazo, no se supo pa’ que lado se fueron. Pero se fueron a Las Garzas, allá se hicieron un subterráneo donde bajaban con una escala de palo y tenían un cordel [con el] que se agarraban. Abajo tenían un fogón donde comían, hacían todo. La idea del político es meter a la pobre juventud, que no sabe... Querían ponerlas de taco si se armaba la pelea”.

anómala, debido a que el Alcalde del Municipio de Corral -en esa fecha don Francisco Stamp-
era socialista y tenía una amplia red de apoyo en el Distrito. Más extraño aún, si consideramos
los asesinatos perpetrados por uniformados en otras comunidades rurales de la Provincia
donde la Unidad Popular también tenía apoyo militante, como en la Comuna de Panguipulli
(Cfr. Codepu, 1994 e Informe Rettig, 1991). En todo caso, no es menor el terror que causaron
en la Comuna las Fuerzas Armadas, considerando su masiva presencia y abusos¹⁸⁷:

“El golpe fue terrible. Mi madre nos mandaba a cerrar todas las cortinas, que no estuviera nadie
mirando pa’ afuera. Seguro que la idea de ellos [militares] era que alguien llegara para
Chaihuín, pero quién iba a llegar” (**Marcela Huala**).

“(…) Al otro día llegamos aquí a Chaihuín y ya había militares por todo lados. Estaba todo esto
lleno de militares. Donde caminaba un poco había un militar; un poco más allá había otro y
otro... Donde andaba en una huella se encontraba con un militar. Le preguntaban para dónde
iba, qué pasaba, dónde vivía. Llegó un tiempo que aquí, si usted iba a donde está el teléfono
arriba, le llamaban la atención como cinco militares que estaban para allá. Estaban todos
coordinados, no se les podía escapar nadie. A la gente adulta con mayor razón. A esos los
apretaban, le preguntaban de armas, de cuestiones... Preguntaban por nombres... Pasaban
helicópteros tres veces en el día y hasta en la noche. El camino que baja por la escuela sonaba
todas las noches por los vehículos que subían y bajaban...” (**Elías Maripán**).

"Después, para el Golpe, los milicos fueron hartos pasivos aquí. Claro que como en todas partes,
ocurrió que no faltaron los hocicones que jodieron al resto y mucha gente la mataron, pero no
aquí. Nosotros mismos, toda la vida hemos sido de izquierda y el mismo alcalde de Corral que
hay ahora nos acusó. Aquí hubo gente de la CNI [Central Nacional de Informaciones] que
venían a preguntar. Yo los caché al tiro, porque andaban con una grabadora. También hubo más
de 300 milicos, entre pacos, de la marina y CNI. Se sabían el camino por arriba, por la escuela,
ahí bajaban en la noche. Algunos se caían de hambre, no ve que eran milicos que no estaban
acostumbrados al monte. Un día pasó aquí uno a pedir agua y se cayó en la puerta, me dijo que
no aguantaban el hambre. Nosotros no los podíamos tener aquí, porque era contra de nosotros, a
sí es que por ahí entre cuatro los vinieron a buscar”. (**María Ester González**).

"(...) Pero pal’ gobierno de Allende no hubo problemas ni nada. Pal’ gobierno de Pinochet
tampoco pasamos ninguna clase de problemas, pero acá hubo hartos militares eso sí, pero no hubo
detenidos, ni nada" (**Elisa Pérez**).

¹⁸⁷ Dos fotografías rescatadas del entonces periódico Correo de Valdivia (por cierto, partidario del Golpe de
Estado) son elocuentes. En tono sarcástico se muestra en una de ellas a un grupo de muchachos trotando en la
Costanera de Valdivia con el siguiente pie de fotografía: “Infantes de marina hacen trotar a jóvenes que
pololeaban en horas de estudio en la avenida costanera. Asimismo, les recomendaron cortarse el pelo. Después
de esta lección, difícilmente volverán a capear clases (...)” (Viernes 12 de octubre de 1973). En otra, aparece una
lancha de transporte de pasajeros en la bahía de Corral con un marino armado, con la siguiente inscripción:
“marinos en acción (...) la foto capta a un representante de la armada inspeccionando una lancha antes de otorgar
el zarpe” (15 de septiembre de 1973). Ambas pueden verse en el anexo.

Un segundo episodio, de carácter "interno" y adelantado por Elisa Pérez, es la "toma" de la escuela bajo el gobierno de la Unidad Popular exigiendo una mayor atención Municipal en el suministro de alimentos y atención pedagógica para el alumnado. Aunque el testimonio sitúa esta "toma" en el gobierno de Allende, su ocurrencia temporal "objetiva", es en la década de los 80', cuando el Centro de Padres y Apoderados del Colegio se constituye como la más relevante organización comunitaria. Nacida a mediados de la década de los 60', en pleno fortalecimiento educativo, moviliza a los miembros de la comunidad y encausa los mayores adelantos para Chaihuín. El Centro de Padres y Apoderados de la Escuela suma a este estigma de "poblado de izquierdas", otro sonado caso, esta vez pública y abiertamente protagonizado por la organización y los aparatos represivos de la dictadura.

En el recientemente inaugurado internado de Chaihuín adjunto a la escuela (el Diario Austral de Valdivia en su edición del 16 de agosto de 1984, consigna su apertura para fines de ese mismo año), los apoderados encontraron un micrófono oculto en una de las literas para espiar las actividades que se realizaban en el establecimiento, lo que confirma la atenta y continua sospecha que se cernía sobre la comunidad por parte de la CNI (Central Nacional de Informaciones). El 3 de julio de 1986, un extraño titular en el interior del Diario Austral de Valdivia expresa: "En Chaihuín: Denuncian la existencia de un micrófono oculto en internado". La noticia describe las gestiones de Heraldo González, como presidente del Centro de Padres y Apoderados ante el entonces gobernador militar Brigadier General Eduardo Castellón para denunciar a un funcionario del internado pagado por el municipio que presuntamente habría colocado el aparato, "a quien declararon persona no grata". Más adelante la nota de prensa da cuenta de las gestiones de la directiva a cargo de Heraldo González ante el Obispo de Valdivia¹⁸⁸ y el Colegio de Profesores, solicitando su ayuda e intervención. Dos días más tarde la entonces Alcaldesa de Corral, María Mercedes Vio

¹⁸⁸ La vinculación con el Obispado de Valdivia por parte de los dirigentes del Centro de Padres y Apoderados de la escuela nace de los lazos existentes entre algunos de sus dirigentes con la la iglesia católica de la comunidad, levantada en la primera mitad de los años 80. Hemos obviado la organización ligada a la iglesia por dos motivos. El primero se debe a la escasa incidencia de la iglesia en los jóvenes de la comunidad; y el segundo se debe al corto funcionamiento de la misma, la que hace más de 10 años se encuentra abandonada (ver anexo fotográfico). Hace cerca de 8 años se instaló en la comunidad una iglesia protestante (evangélica) que atrajo a un número menor de fieles adultos: "La Iglesia Católica no ha logrado funcionar. Ha venido el padre varias veces a reunir a la gente, pero no funciona. Aquí lo más fuerte es la Iglesia Evangélica (...) pero la Católica aquí no ha tenido futuro. De repente la Iglesia Católica dejó de funcionar, no sé qué pasaría. Es que el padre que había antes era un poco más político, no hacía las cosas de Dios. Entonces por eso se fue alejando. Después la misma gente que está metida en la Iglesia Evangélica estaba antes en la Iglesia Católica. Hasta yo anduve ayudando a hacer palos pa' la Iglesia Católica. Toda la comunidad anduvimos ayudando a construirla (...) pero ahora se perdió. Ahora lo fuerte es la Iglesia Evangélica, así es que aquí ninguna fiesta religiosa se celebra". (Juvenal Triviños).

Henríquez, se defiende de las imputaciones en el mismo diario, pidiendo se investigue antes de tomar medidas. Casi dos meses más tarde, el 4 de septiembre de 1986, otra nota, esta vez con las fotografías de don Heraldo González y Miguel Antillanca y titulada "piden resolución oficial por caso de micrófono", informa sobre la "preocupación" por parte de los Padres y Apoderados "porque después de un mes y medio que se denunciara públicamente la existencia de un micrófono oculto en el Internado de Chaihuín aun no se aclara la situación". Junto a ello González y Antillanca denuncian una serie de irregularidades en la investigación del caso por parte del Departamento de Educación Municipal de Corral, que redestinó al funcionario inculcado a otra escuela, cerrándose la nota periodística con varias preguntas: "los apoderados se preguntan ¿Por qué se colocó el micrófono?, ¿quién o quienes ordenaron su instalación?, ¿qué información esperaban obtener?". La respuesta es obvia y se encuentra tanto en la historia de vida de Heraldo González, como en el relato de un conspicuo miembro de la presente generación:

“Había un cabro de apellido Paredes, auxiliar, que trabajaba junto a su señora en la escuela. Yo trabajé con él en el Empleo Mínimo (PEM). Y este cabro era de esos ‘colgaditos’, arrastrados, como se dice. Entonces en ese tiempo había una alcaldesa en Corral y tenía la intención de investigar todo lo que pasaba dentro de la Escuela, para eso puso micrófonos. Para poder cortarle la cabeza a los profes... Por entremedio de las paredes estaban metidos los micrófonos. Como el compadre tenía acceso a la casa, tenía todo lleno de cables por dentro. Esa pega lo hizo ese cabro, pero lo mandó la señora [alcaldesa]. Ese cabro era el único que tenía acceso a la escuela. ¿Quién lo iba a hacer si no era él? Después se anduvo descubriendo quien estaba detrás, porque todos le echaron la culpa al joven éste. Él se defendió como pudo y dijo que fue mandado por su jefe, y el jefe era la alcaldesa, esa era el que lo tenía contratado acá. Toda la comunidad se le fue en contra hasta que lo sacaron. Pero esto fue por cuestiones políticas. No sé que pasaría más allá. El que debe tener clara la historia es don Heraldo González, porque él era dirigente de acá”. (Elías Maripán).

En este contexto político y económico restrictivo, la transformación productiva (pescadores-mariscadores) alcanzará su clímax con la fundación el 28 de noviembre de 1986 del "Sindicato de Pescadores Artesanales Caleta Chaihuín". Mismo año en que la "fiebre del Loco" hace su aparición. Iniciada tímidamente desde principios de la década de los 80' la explotación del molusco compensa la fragilidad en que se desenvolvía su economía de autosubsistencia, decantándose definitivamente la vocación productiva "mariscadora" de la comunidad. El agotamiento del recurso Loco a mediados de la década de los 80' por la

sobreexplotación, produjo una alta cotización del producto¹⁸⁹. El Estado reguló su extracción a través de vedas cíclicas y cuotas de explotación para cada buzo mariscador. El aislamiento y las propiedades del nicho ecológico donde se asienta el Distrito, hacían de esta una zona rica en la especie, lo que derivó en una prosperidad inusitada en los habitantes de la comunidad, las que explotan el recurso tanto legal como clandestinamente según el ciclo de vedas.

"En ese tiempo lo único que quería era terminar la enseñanza media y venirme para acá. No tanto por quedarme, sino que trabajar acá, porque se ganaba cualquier plata con el asunto de los Locos, de las vedas de los Locos. En ese tiempo se ganaba harta plata. *Yo creo que ahí como que hubo un cambio de mentalidad y un cambio de estatus aquí en Chaihuín. Porque de primera éramos modestos, no teníamos problemas, pero éramos bien modestos.* Se vivía de la pesca, aunque nosotros con el abuelo vivimos más de la parte forestal, porque mi abuelo era metido en la forestal. *Y en ese tiempo se ganaba plata, así que era como la fiebre del Loco, en esos años, más o menos el 86'. (...) Pero yo llegué a la colita del Loco, porque en ese tiempo del 86', era la fiebre del Loco pero ya se estaba terminando todo. Porque el 87' y el 88' fueron años malísimos. Los años anteriores eran los años buenos, los años que yo venía para acá y veía que había cualquier plata. Esos años eran bien buenos con el asunto de la compra, porque se podía sacar la cantidad que quisiera y había hartito Loco.* El año 1986 tuvimos el último año de una veda buena y después ya no. Después comenzó a bajar el asunto. El 88' hubieron problemas, así que nos tuvimos que dedicar a otras cosas" (**Danilo González, cursivas mías**).

Las familias se capitalizan rápidamente, comprando equipos de buceo, motores fuera de borda y otros implementos, que para entonces se convirtieron en los avíos principales de la economía doméstica. Décadas en que el "buzo" era el actor principal:

"Lo que pasa es que hubo un tiempo en que la gente comenzó a cambiar, *o los chicos comenzaron a cambiar de ser pescador a buzo.* Hubo un momento, yo todavía me acuerdo... Mis tíos, por ejemplo, vivían calando y de repente comenzaron a llegar los equipos de buceo y comenzaron a tomar el asunto un poquitito más por ese sentido. Ya, después, hablo del 86', era bien barato tener un equipo de buceo. Me acuerdo que una vez coticé un equipo y costaba 37 mil pesos. Bien barato porque hubo una tarde que me hice sesenta y tantos mil pesos marisqueando. La vida de mar uno la tiene metida en la sangre, porque era natural llegar acá, meterse en un bote y aprender a bogar. Si la vida de mar no es tan difícil tampoco. Para bucear es otra cosa. Para bucear estuve haciendo un curso el año 89' en Corral. Y bueno, aquí cuando ya tenían equipo los chicos eran como nuestros profesores. La mayoría de nuestros tíos, nos

¹⁸⁹ Según Stotz (1997), las capturas del recurso Loco, se matuvieron estables a nivel nacional hasta mediados de la década de los 70', desembarcándose un promedio de 5.000 toneladas anuales a nivel nacional. Desde esa fecha, comienza exportarse una gran cantidad del recurso, superando las 25.000 toneladas anuales en 1980. La pesquería del molusco se tornó inestable en los años siguientes hasta que se detectó su sobreexplotación. Para proteger el recurso, se decretaron diversas vedas, cerrándose completamente su pesquería a partir de 1989, medida que se mantuvo hasta 1992. Desde esta fecha, su extracción ha sido estrictamente regulada por la nueva legislación pesquera, decreciendo su explotación significativamente desde 1995.

enseñaban o le enseñaban a la persona que quisiera, así que no había tanto problema con eso. **(Danilo González, cursivas mías)**.

"Ya después, no nos dedicamos a calar los aparatos, los materiales. Hicimos un curso de buceo en Corral y de ahí obtuvimos el permiso y nos dedicamos a bucear no más. **(Elías Maripán)**.

Lo cierto es que este modo de subsistencia performará la producción y reproducción de las nuevas generaciones, moldeando las transición de niños/as a muchachos/as o solteros/as. La fluctuante vulnerabilidad económica de este nuevo modo de subsistencia; las imágenes y expectativas generadas por el mayor contacto con la urbe; la puesta en marcha a partir de 1983 de la "Liga Campesina" de fútbol y otros deportes tradicionales en torno de la "Semana Corralesna"; la acción educativa de una nueva escuela afianzada, el funcionamiento de CEMA Chile -orgánica social de la dictadura que nuclea a las mujeres- inciden en una velada, pero fehaciente mutación "interna" de esta categoría identitaria (soltería), cuestión que iremos desarrollando en las próximas líneas.

3. Cabrería y Educación: "Palo por equivocación".

La reconstrucción y afianzamiento de la escuela en forma posterior al maremoto supuso uno de los cambios más radicales en la comunidad. La falta de profesores e infraestructura suficiente para albergar al grueso de los niños de la localidad -característica fundamental desde su inicio en 1935-, es paulatinamente resuelta con la reimplementación de un aula más grande, un profesor más y la asistencia desde el Ministerio de Educación Pública con algunos alimentos para los estudiantes. Claramente, esta reconstrucción y reimplementación se prende de las políticas educativas expansivas iniciadas desde 1940 con los gobiernos del Frente Popular y radicales y profundizadas desde el gobierno de Frei. María Ester González, miembro mayor de la generación, vivió este proceso de afianzamiento:

"Ahí entramos a la escuela. Había una escuelita con una profesora veterana, una escuelita humilde, de dos piecitas. Una era la sala y la otra el dormitorio de ella. Esa quedaba donde está el terminal de buses ahora. La jornada era de 8 a 5 de la tarde, todo el día y sin comer nada. Mi mamá nos mandaba con una pancito y nada más. Pero entre todos los niños hacíamos rancho, hacíamos fuego afuera, unos tarros de leche condensada y ahí hacíamos el té, que eran

unas flores. La mayoría de la gente vivía pobre. La profesora después murió de viejita. Marta parece que se llamaba, era buena para la ronda, para todo. *De ahí vino otro profesor y también fuimos a la escuela con él. Después llegó alimento y comíamos leche con harina tostada. Era trigo en bruto que llegaba y los chicos hombres que tenían fuerza molían el trigo y ahí salía la ración*". (María Ester González, cursivas mías).

La cobertura educacional se impone como "ideología" en el programa desarrollista *Cepaliano* desde sus inicios, en la medida que se considera a la enseñanza el motor del desarrollo, por cuanto inyecta en la población donde recae la racionalidad de la técnica y el progreso. La consolidación de la acción educativa en la comunidad alteró significativamente las trayectorias vitales de las nuevas generaciones. Pese a que la escuela extendió los cursos de enseñanza sólo hasta 6° básico (que corresponde estrictamente a los 11 años de edad), la obligatoriedad de la escolarización para los niños en el contexto nacional había aumentado progresivamente. Desde el 26 de agosto de 1920, en que fue promulgada la Ley 3.654 de Educación Primaria Obligatoria -que aseguró cuatro años de escolaridad para los niños y niñas-, se aumentan en 1929 a seis, para llegar en 1965 a ocho años. El contexto es claro: la modernización desarrollista comienza a hacerse presente en los lugares más aislados a través de la escuela. La contracara de esta reforma modernizadora en el campo son los altos índices de migración rural-urbana, que para la década tienen una notable alza.

Esta dinámica produjo no sólo una leve recarga de funciones en las tareas adultas femeninas (cuidado de animales, *huerteo*, venta y recolección de leña, por ejemplo); sino también, un acentuado cambio en la visión de mundo de los habitantes. Es la escuela y no los padres la que deposita en los cabritos/as y cabros/as nuevas expectativas y una idea de futuro, muchas veces desligada de las labores agrícolas, ganaderas o de recolección fluvial y marítima.

Al contrario de la anterior generación, cuando sólo unos pocos y muy brevemente, experimentaron la acción educativa, la mayor parte de los miembros de esta generación asistieron al fortalecimiento de la escuela como mecanismo institucionalizado de transmisión de conocimientos. De esta manera, casi todas las trayectorias biográficas se inician con experiencias escolares, muchas de ellas caracterizadas por la dureza del disciplinamiento "cultural" y el esfuerzo de llegar y mantenerse en las aulas en invierno. En las salas de clases se confinaban un número cada vez mayor de alumnos, provenientes de la misma localidad de Chaihuín así como de otras cercanas del distrito.

Es de sumo interesante lo que produce la institucionalización de la escuela en la dinámica intergeneracional. Por una parte, las y los cabritos/as gozan de su presencia debido a que los libera temporalmente del trabajo doméstico y, por otra, sufren el rigor de la violencia simbólica y física que les impone la enseñanza-aprendizaje y la duplicación de tareas. En efecto, el mundo adulto, intenta compensar la falta de mano de obra, recargando las horas de ocio y tiempo libre de los mismos, programando sus funciones de acuerdo a una estricta planificación:

"Aquí se sembraba hartito, *así que nosotros teníamos que levantarnos en la mañana temprano a trabajar en la huerta, teníamos que aporcar, limpiar y de ahí nos íbamos recién a la escuela. Si no hacíamos el trato (porque nos hacían un trato), si no limpiábamos, no nos podíamos ir a la escuela. Entonces nosotros pa' no llegar atrasados (sabíamos lo que nos esperaba si llegábamos atrasado), temprano nos levantamos, rapidito, y partíamos a la escuela. A la vuelta de la escuela hacíamos las tareitas en las noches no más. Y en ese tiempo no había luz. A veces nos iluminábamos con mecheros de parafina, cuando había parafina, porque también era escasa. Si no, teníamos que estar con unos chonchoncos que le decían, con una papa o un Loco, con grasita, eso era la luz. Y también había que trabajar, limpiar, aporcar, cualquier cosa de lo que eran las papas, habas, arvejas. Esas cosas había que hacerlas.*" (Sergio Leal, cursivas mías).

El "estudio", debilita la organización de la economía doméstica y es vista por los adultos - fundamentalmente por parte del *pater familias*- como una amenaza, tanto para su propia autoridad como coordinador de las tareas productivas, como para su carga laboral. Algunos miembros adultos, sin embargo, se suman a la ideología de "progreso" -vía la educación- por parte de la mayoría de esta generación, transformándose en el puente generacional entre la anterior generación (precariamente escolarizada) y la presente. Esto se plasma en la fundación del Centro de Padres y Apoderados de la escuela posterior a su reconstrucción en 1963, cuyo enorme peso político y orgánico se mantiene vigente hasta la fundación del Sindicato de Pescadores en 1986. Aunque el reflejo más potente de esta "ideología" se cristaliza en las nuevas generaciones que se esfuerzan en continuar sus estudios después de terminar los cursos disponibles en la escuela básica. Todo ellos en un contexto local y supralocal muy adverso económicamente (postgolpe de Estado y crisis económica de 1982¹⁹⁰).

¹⁹⁰ En efecto, según Correa, Figueroa, Jocelyn-Holt, Et.al (2001), estos años son los más críticos de la dictadura en términos económicos. El costo social del reajuste estructural emprendido por los *chicagosboys* del pinochetismo fue altísimo. Se produjo una abrupta disminución del gasto fiscal (del 21% del PNB en 1972 a un 19.7% en 1978): la inversión fiscal decreció a la mitad entre 1972 y 1978. El gasto por habitante en salud se redujo en un 23%; en educación en un 21%, en tanto que en vivienda en un 43%. "Las tasa de desempleo, si en los primeros años alcanzaron a ser tres veces superiores a la media histórica, luego se volvieron crónicas, hasta llegar al 30% entre 1982 y 1983" (Op. Cit., 293).

"A la escuela nos íbamos en la mañana, a las 8 o a las 7. En esos tiempos de helada, descalzo no más íbamos. Me acuerdo que algunos le salía llanto, llorando a la escuela llegaban, por el puro frío en la mañana. Pero todos los días era eso. Nadie llegaba atrasado. O sea siempre los viejos nos levantaban temprano a la escuela, nos daban un café no más y listo. Mi viejo nunca me dijo que tenía que estudiar. El que me metía más [el estudio] era mi mamá, que me decía que estudiara, que aprendiera. *No es que yo lo esté diciendo, toda la gente que yo conozco de la edad de mi papá, decían 'lo importante es que aprendan a leer y a escribir no más'. Pero nadie pensaba y decía 'trata de salir adelante, educate hijo para que puedas ser otro'. No, no tenían ese dicho, lo único que decían es lo de aprender a leer y a escribir y después pa' su casa a trabajar. Eso era lo de antes. Los viejos de antes.* Yo dejé de ir a la escuela como de 10 años. Al final fui 2 años a repetir el mismo curso, porque no había más. Me sabía al revés y al derecho las cosas que había aprendido. Yo cargante pa' ir a la escuela, a mí era el que más me gustaba, y la profesora me dijo 'bueno, te vamos a integrar de oyente porque no te puedo matricular, porque no estás en la edad'. Así que iba de oyente, todos los días me iba con ella a Huape. Ahí aprendí todas las cuestiones de primer año. (...) *A mí me gustó siempre el colegio, mi anhelo era poder ser alguien un día, no seguir los mismos pasos de mi viejo, por lo menos trabajar en algo más aliviado, esas eran mis intenciones, pero lamentablemente no pude, no se me dieron las cosas. Llegué hasta 6° [básico] acá, pero después, con el tiempo, en Valdivia estuve haciendo 8° [básico] y 1° [medio] en la nocturna.* (...) Cuando tenía 19 años me fui a Valdivia por un año. Fue porque se puso mala la cosa acá. Ahí estuve donde una tía y aproveché de estudiar en la noche en el Liceo de Hombres, y trabajar, en ese tiempo por el Empleo Mínimo [POJH]¹⁹¹. Ahí estuve haciendo unos cursos y trabajando con la carretilla y la pala no más, trabajo bruto. Después me regresé acá y de repente se arregló la cosa. No me gustó estar en Valdivia. Si usted no andaba con plata no hacía na'. Tenía que tener un trabajo estable pa' poder vivir. Es difícil la vida allá. Me sirvió para aprender y saber cómo es la vida del pueblo". (**Juvenal Triviños, cursivas mías**).

"Pero mi papá nos mandaba pa' que aprendiéramos a leer, porque los padres no sabían leer ni escribir. En el período que teníamos clases, unos cinco meses, nos ayudaba. Claro que éramos duros pa' aprender, nos costaba mucho aprender a leer. En ese tiempo aprendíamos con la 'Cartilla del Ojo', era tan bueno ese libro. Antes uno aprendía de memoria no más, la enseñanza no era como ahora que uno empieza a conocer un par de letras y tratarlas de juntar. Antes no, se leía de corrido, a aprender las [letras] de memoria, por eso costaba". (**Sergio Leal**).

"(...) yo era entusiasmado de la escuela, porque habían días que no me mandaban y yo hasta mi llanteá me sacaba. Muchas veces no tenía ropa para ir, eran muchos hermanos, no teníamos ropa pa' cambiarnos, en ese tiempo la gente no era como ahora. Vivía en el sector de Pastal y me iba

¹⁹¹ El "Plan Ocupacional para Jefes de Hogar", POJH, fue un programa social "paleativo" del gobierno de Pinochet para hacer decrecer el desempleo desde principios de la década de los 80'. Al igual que el "Plan de Empleo Mínimo" (PEM) nacido en 1975 y administrado por los Municipios, su objetivo fue enfrentar la dura crisis económica provocada por los ajustes estructurales. La migración rural-urbana buscando refugio económico se hizo común al igual que el proceso inverso, como le ocurrió a la familia de Eduardo Delgado (ver más adelante).

hasta la escuela de Huape que me quedaba más cerca. Me demoraba como una hora caminando y en ese tiempo no había camino como ahora, habían unos pedregales, unos pantanos. Ahí fui de primero a sexto básico." (**Elías Maripán**).

El funcionamiento regular de la escuela viene a interrumpir la dinámica sociocultural acuñada con anterioridad en función de las edades. Fundamentalmente porque la escuela no sólo recluta estrictamente a los infantes de 6 a 11 años de edad (de 1° a 6° básico), sino que integra en sus aulas a un número significativo de cabros/as más "grandes" que retoman los estudios una vez implementada la cobertura de otros niveles (aunque una única sala los alberga a todos). Esta situación atenta duramente en contra de la economía familiar, puesto que es en la mano de obra "joven" y femenina donde reposa gran parte de la producción y reproducción de la unidad doméstica.

"Llegaba el momento de ir a la escuela, *contentos todos, porque ahí se compartía con los niños, se jugaba y todo. Lo que más se jugaba era a la pelota. A veces a la pila, a la escondida, esas cosas. Ahí llegaba a la escuela y estábamos todos juntos. En ese tiempo el que tenía más enseñanza tenía tercero básico no más. Agunos jóvenes ya eran hombres, con 15, 16, 17 años tenían los que iban a la escuela. Además, aquí no había profesores como ahora, que son titulados. Antes, eran cualquier persona media educada no más, con séptimo año, octavo y ya eran profesores y los contrataba la Municipalidad.*" (**Sergio Leal, cursivas mías**).

No obstante, estos testimonios por la "fiebre educativa" se trenzan con el padecimiento de una escuela violenta, escarmentadora y estricta y con un abnegado esfuerzo por llegar a las aulas sorteando el rigor climático y las largas distancias, en un escenario donde la precariedad económica seguía siendo el sino de la localidad:

"Nosotros vivíamos al otro lado del río y teníamos que cruzar. Nos levantábamos como a las siete, sin ni siquiera una chaquetita y a patita pelá, sin zapatos. Ahora no hay un niño que usted lo vea sin zapatos. Alcanzábamos a llegar a la escuela y llorábamos de puro frío. En la escuelita había una estufa a carbón, pero era peor calentarse, porque las uñas más dolían". (**María Ester González**).

"(...) Los profesores eran mañosos en esos tiempos. Ahora un cabro va al tiro a acusarlo a los viejos y estos reaccionan y reclaman contra el profesor y hasta les puede costar el puesto. Antes no. El profe era el que mandaba y nadie más. No se podía meter el papá. Porque usted llegaba y decía 'oiga el profe me pegó unos varillazos, unos reglazos' y le decía el papá 'bien hecho no más'. Y nos daban duro. Me acuerdo que cuando nos tomaban las tablas [de multiplicar], el profesor decía 'mañana los quiero ver con la tabla del siete -supongamos la del siete, porque era

la difícil-, tienen que sabérsela al revés y al derecho, sino van a ser siete reglazos por no saberse la tabla'. Chuta y todos preocupados en la mañana. *Llegábamos, y el que no sabía le daba su reglazo en las manos, y a esa hora con el frío y esas reglas largas, anchas y de Alerce, las manos quedaban coloraditas. Y a las mujeres igual les pegaban. Algunos, que eran más rebeldes, los hacían agacharse y con la regla les daban en el trasero. Era terrible. En el colegio había de todo. De repente habían unos rebeldes que aunque les daban duro no entendían. A esos los dejaban hincados encima de porotos, o de trigo, dos horas hincados y dos guardias cuidándolos para que no se muevan para nada... Mirando hacia la pared... Así eran los castigos que nos daban.* Yo tenía un primo que era mañoso, el Beto Reilaf, ese era jodido, aunque le pegaban no estaba ni ahí, siempre hacía problemas. Ese está allá en Chiloé, en Quellón. Pero mis otros compañeros desaparecieron todos. El único del tiempo que estuve en el colegio aquí, soy yo y otro primo, el José Reilaf, pero los otros ya no están". **(Juvenal Triviños, cursivas mías).**

"Yo fui a la escuela de Chaihuín hasta 6° básico. Salía de la casa a las 8 y entrábamos a las 9 de la mañana a la escuela. A veces salíamos a las 8,30 y teníamos que irnos corriendo, si no llegábamos atrasados y ahí era lo bueno poh, porque cuando uno llegaba atrasado se iba de palo. No era como ahora que hay internado y a todos los niños se les dan facilidades. Todo ha cambiado. Antes la enseñanza era más dura. Eso mismo ayudó también a que las personas se criaran un poco más tímidas. No como ahora, que los niños tienen más personalidad pa' tratar con la gente. Uno se crió así, que no podía ni hablar adentro de la sala de clases.

*El castigo era de garrotazo no más. Eran sus diez palos con una varilla, eso lo recuerdo siempre, cómo garroteaban a los niños. A las mujeres en las manos y a los otros les pegaban en el trasero. Era porque se cometía un desorden o a veces por las tareas que no sabían. Primero por las tablas [de multiplicar], cuando no sabían las tablas, palo por equivocación. Entonces con eso ha quedado uno siempre marcado. Y veo la enseñanza de ahora que uno ve a un niño con personalidad, no se avergüenzan. Antes nosotros éramos más asustados, uno veía alguien desconocido y se arrancaba, se escondía. Como había tan poca gente en ese tiempo... También los padres le metían susto a uno, que andaban los malos, los bandidos, todas esas cosas así. Como los padres eran sin educación, sin nada tampoco, entonces llegaba a ser esto que el niño andaba asustado. Yo me iba con mis hermanos a la escuela. En la tarde llegábamos y volvíamos otra vez, porque era todo el día clases. Todos los días a la escuelita y sin calzado, a patita pelá. Esa no se la cree un niño chico ahora.... Imagínense, y estos caminos eran una huellita no más. El problema venía en marzo, cuando todavía estaba lo seco y habían unas bichitas, unos pastitos con unas espinitas que pinchan. Entonces ahí los pies se ensartaban en eso y teníamos que andar a saltos. Y en invierno la lluvia y la escarcha. La chala no servía; la primera vez cuando me fui a la escuela me hicieron chalas, pero como había rocío en el pastito, las chalas se mojaron todas, se pasó a las medias, así que ya no se usaron, preferible a patita". **(Sergio Leal, cursivas mías).***

Así, en esta generación, las trayectorias de la niñez hacia la condición de cabro/a "joven", comienza a vislumbrarse paulatinamente modificada por la institucionalización y legitimación de la escuela. Aunque este proceso involucró a gran parte de los miembros de esta generación, algunos quedaron al margen debido a la persistencia en el trabajo asalariado forestal de ciertos cabezas de familia. Elisa Pérez, por ejemplo, vivió gran parte de su niñez con toda su familia en la cordillera y a pesar que el sistema educativo estaba ya instalado, la lejanía y el tipo de labores desempeñadas por ella (cuidado de sus hermanos y diversas labores domésticas) hizo imposible su incorporación a la escuela hasta su emigración a Corral para emplearse en el servicio doméstico, donde ya "grande" repartía su tiempo entre el trabajo y la escuela:

"Trabajé de empleada antes de los 15 años en Corral. Trabajaba en la mañana y después iba a clases en la tarde. A los cursos de tercero, cuarto básico, me metían las profesoras porque ya era tremenda de grande. Incluso me daba vergüenza, porque los chicos me gritaban '¡ah, la tremenda cabra y no sabe leer!'. Hasta que prendí a leer, pero no estoy reconocida en ningún colegio". (Elisa Pérez).

Pese a ello, en gran parte de los transcurso biográficos la niñez se prolonga por medio de la escuela. Si en la anterior generación la escuela jugó un papel secundario en la conformación de su infancia -casi diluida por el trabajo-; en la presente generación el paso por las aulas y la sociabilidad generada al interior de los grupos de edad compensa el borroneo de este período provocado por el trabajo obligatorio. Junto a ello, el poder y control familiar, particularmente paterno, se desplaza, como vimos, hacia la autoridad pedagógica, dando cobijo y reafirmando la identidad de niño/a estudiante a los reclutados por la escuela. De esta forma la subordinación se atenúa vía la diversificación de la autoridad.

Es paradójico que mientras la escuela sanciona y castiga tanto física como simbólicamente, los niños y niñas de esta generación hayan encontrado un espacio de libertad y bienestar en ella. Esto se debe no sólo a cierta exención del trabajo en la economía doméstica, sino también a la apertura de un espacio común y continuo de convivencia con sus pares. Antes, estos espacios estaban constituidos muy débilmente. Niños y niñas se presentan oscurecidos por el trabajo y el encierro en el predio familiar. El juego y la holganza común estaban constreñida por las responsabilidades asignadas por los padres. Así, la niñez, tenía una acusada invisibilidad, la que se resarcía socialmente sólo al aproximarse a la soltería.

En este período la escuela juega un papel fundacional en la emergencia, al menos en la palabra, de distinciones más diversificadas de la edad. Es así como comienzan a tener

visibilidad social segmentaciones antes muy ensombrecidas por el hombre-adulto-campesino. Una de ellas, es la citada niñez, que encuentra una prolongación y autonomía más intensa en este momento histórico, representado inclusive en el atuendo (pantalones cortos). Este proceso, sin embargo, es tan lento como prematuro. La escuela, que juega a favor de la construcción de este grupo de edad sociocultural -y por contraste genera también en la palabra otros, como el de "juventud"-, queda subsumida en la dinámica económica y social de la subsistencia y el todavía omnipresente poder familiar. En esta dirección, es interesante el testimonio de Juvenal porque en su situación de primogénito hombre sigue padeciendo las condiciones subalternas de antaño, aunque como es obvio, omite dentro de la "sacrificada niñez", el "privilegio relativo" de asistir a la escuela. Esto es debido a que en algunos casos la duplicación de funciones (estudiante-trabajador precoz), hacen de este momento vital, a la luz del contraste en la remembranza con la niñez actual, un verdadero trance atribulado:

"Mi niñez fue harto sacrificada en ese tiempo. Donde está la escuela, había una casa y ahí estaba el colegio. Después para el sismo, se llevó esa casa. Después los profesores arrendaban una casa y por ahí hacían clases, en diversas partes, pero dentro de aquí sí. Yo fui el primer año, tenía 4 años y me acuerdo, porque fui de oyente. Era difícil la vida para mí, porque como era el mayor y mis viejos salían a pescar, tenía que quedarme con los otros hermanos cuidándolos; hacía, digamos, el papel de hermana. Fue restringida mi niñez, no tuve la libertad de vida que tienen los cabros que van a jugar, que se van a la playa, etc. No, la mía era restringida, o sea, estar en la casa y ayudar a mi papá, esa era mi vida. Y de ahí al colegio y del colegio a la casa. En ese tiempo se usaba pantaloncitos cortos y ahí descalzo no más, porque no se conocía el calzado.

Acá, mi papá en ese tiempo sembraba y tenía que quedarme con los cabros chicos, cambiarles el poto cuando se hacían pichí o caca y no había ninguna hermana grande pa' hacer las cosas. De repente iban al monte con los bueyes a buscar madera para vender o hacer cercos. En ese tiempo se trabajaba así, porque los nuestros eran bosques nativos, ahora el [bosque] nativo lo sacaron todo. Y ahí me quedaba yo. Después en la tarde no tenía tiempo, porque llegaba mi papá y tenía que acostarme pa' después levantarse temprano al otro día a la escuela. Y eso era todo los días lo mismo. Cuando vine a jugar con los cabros, a compartir, ya tenía como 15 ó 16 años. Ahí yo vine a compartir con los demás amigos, si no tuve infancia, no fui libre pa' ir a jugar a la pelota, para decir 'vamos a ir a jugar a la pelota, chicos', no, nada, tenía que estar en el yugo no más.

Mi papá también en esa época trabajaba en la mar. Por eso cuando mi papá salía a pescar quedaba yo o mi mamá. Y de repente mi mamá, como era campesina, iba sola al monte a buscar madera o leña, cualquier cosa. Y yo tenía que quedarme en la casa. De todo se hacía, pero la pesca era mala, o sea, había harto producto y mal vendido. En ese tiempo me acuerdo que mi papá llevaba un bote cargado de Locos a Corral y ¡qué! a veces no vendía a nada. Volvía con la mitad de los mariscos. En esos tiempos quizá la gente no conocería el Loco, no es como ahora, que pucha, el Loco lo persiguen como cosa de oro poh. Así que volvían con la mercadería pa' acá. Era triste, porque de repente uno anhelaba, cuando los viejos iban a Corral, que trajeran

cositas pa' la casa y a veces llegaban sin nada, con el bote cargado de vuelta. Así era la cosa".
(**Juvenal Triviños**).

Mientras algunos alumnos excedían la edad establecida para estar en una "escuela básica", otros iban una y otra vez al mismo curso aprendiendo recursivamente las tablas de multiplicar, alargando su estancia en el colegio. Entretanto, se precipitaba inevitablemente el final: la incorporación "responsable" al trabajo adulto, básicamente en la pesca y el buceo.

4. Mutaciones de la Soltería: "Pinchar", Besar y Tomarse de la Mano.

Las trayectorias de vida, una vez abandonada la escuela, difieren notablemente según el género de pertenencia. La mayoría de las biografías masculinas están signadas por la dedicación preponderante en las labores de extracción de peces y mariscos. Ya en la infancia, los hombres se embarcaban ocasionalmente como acompañantes de su padre o parientes. Cercanos a la edad de 15 años, los muchachos comienzan a embarcarse "oficiosamente" con estos últimos, los que le enseñan las artes de la navegación y las técnicas de la recolección. Gradualmente los "cabros" aprenden el oficio, abandonando las tareas agropecuarias de las que se les responsabilizaba en la niñez, reservándolas para los miembros más pequeños de la familia. El trabajo en el mar implicaba la conformación de equipos afiatados, estables y sin "fugas" de capital, a los que los hijos mayores contribuían perfectamente.

Supeditados en estas labores al patrón y dueño de la embarcación -generalmente el padre o tío materno o paterno, socio de su padre-, el cabro adquiere una visibilidad e importancia mayor dentro de la comunidad. Se sumaba al grupo de los "productores" y con ellos tenía acceso progresivo a viajar y vender la mercadería a las urbes y gozar de más independencia.

Este verdadero cambio, posibilita el ingreso al estatus de "cabro" joven, condición subalterna moral y socio-económica, pero con una autonomía mayor. El caso de Elías Maripán, es bastante interesante. Adoptado por un *pater familias* de la comunidad debido a la emigración de sus padres y hermanos biológicos a Corral -a lo que Elías se resistió-, se incorpora como miembro a la nueva familia en la que transcurre su transición de "cabrito" a "cabro". Primero se ocupa como el resto de sus "hermanos" en las labores agrícolas, para

después adquirir las responsabilidades de pescador/mariscador, con la que se gana un nuevo estatus al interior de la familia como co-proveedor:

"Bueno, así es que cuando empezamos a trabajar ya disponíamos. Nosotros comprábamos la mercadería pa' la casa y le dijimos a don René que él no se preocupara más de las cosas. En la semana, por ejemplo, hacíamos tres o cuatro entregas de pescado buenas y con esa plata comprábamos (...). Ahí llegábamos de la pega, nos levantábamos a las 5 de la mañana y ya estábamos en pie pa' ir a recoger los materiales y estábamos volviendo a las 8 ó 9 de la mañana a la casa. A esa hora ya nos tenían el desayuno, todo, y si quería comerme un huevo, yo mismo iba y me freía un huevo, o cualquier cosa que quisiera me lo preparaba o lo preparábamos pa' los tres. A mí me daba vergüenza de primera porque todo dependía de ellos. Yo ponía mi trabajo no más, pero no sabía qué me iban a dar en el almuerzo, qué me iban a dar a la once, o a qué hora me la iban a dar, porque usted sabe que en la casa uno siempre le da apetito, uno busca una taza y se hace un café, pero en casa ajena no era lo mismo. De primera hacían un poco de diferencia conmigo, pero después ya no, incluso invitaba hasta amigos a la casa, yo invitaba y nunca me decían nada porque a mí me querían igual que a un hijo. Me daban pa' vestirme o yo le encargaba un par de zapatos o un pantalón. Y don René también me decía 'tendré que pasarle a dejar algo a tu mamá'. Y él le pasaba a dejar a mi mamá, qué sé yo, no sé cuánta [plata] le dejaría. Total que me decía 'le pasé a dejar tanto a tu mamá'. Fue bien bueno conmigo". (Elías Maripán).

En tanto, Juvenal Triviños, relata la frontera precisa de los 15 años, cuando inició formalmente su trabajo en la pesca y recolección, oficio que continúa hasta los días de hoy. Su ingreso reconocido al mundo laboral, le amplió los márgenes de movimiento individual para relacionarse con sus pares y compartir los espacios de ocio y divertimento de su generación:

"A los 15 años empecé a trabajar, a ganar plata ahí en la pesca, pero yo entregaba toda la plata a la casa. Y en ese tiempo como aquí no había ningún lugar y nada que comprar tampoco, no me importaba; porque si hubiese habido un quiosquito pa' comprar dulces yo creo que habría dejado unos pesos pa' tener y comprar algo, pero no había nada. No podía decir usted 'voy a ir a ese quiosco a comprar unas papitas fritas'. Entonces toda la plata se la entregaba a mis padres.

(...) Cuando tenía 15 años empecé a tener un poquito más de libertad, pero no mucho tampoco. Ahí ya me venían a buscar aquí a la casa, porque en ese tiempo lo que más se jugaba era el fútbol. Ahí me empezó a dar permiso mi papá, pero justo con la hora de llegada. Había que llegar a tal hora, si no, había problema. Así era, terminaba el fútbol y me venía al tiro pa' acá. A veces solíamos ir al Huape o a Huiro a jugar, porque siempre las competencias aquí son entre estos sectores no más. Pero no todos los días, porque El yugo era todas las semanas. Yo empecé a salir al mar de cabro chico, tenía 10 años, y de ahí no me sacaron más y aprendí toda la pega.

Salía con mi papá o mi tío, con cualquiera que me invitaba. Porque de repente no salía alguien, y decían 'ya, súbete' y como después aprendí a bogar bien, después me pasaban a buscar aquí.

(...) Yo empecé a compartir realmente con los cabros cuando tenía 18 años. Ahí comencé a compartir una bebida, una cerveza, pero ahí no más. Nunca me envicié, nunca como mis otros socios, porque de repente se quedaban afuera y no llegaban a la casa, se quedaban un día y al otro día la seguían, hasta tres días... Pero yo era como un hombre grande pa' la casa ya de los 15 años, ya era un hombre de casa, porque sabía todo y era responsable". (**Juvenal Triviños**).

Aunque la trayectoria de Eduardo Delgado arranca en un contexto urbano-popular, la crisis económica del año 1982, en plena dictadura, hace que su familia vuelva al campo. Después de haber pasado una difícil adaptación al sistema educativo urbano, trabajar precozmente como vendedor ambulante, ayudando a sus padres subempleados en el POJH para conseguir la subsistencia, llega con cerca de 15 años a Chaihuín a dedicarse a la pesca y marisqueo con su familia. Pese a ello, su incorporación a esta labor transcurre como el de la mayoría:

(...) A los 15 años trabajé en la Luga con mi tío. Le trabajaba de asistente de buzo arriba de la lancha, pero yo quería puro bucear. Mi tío me quería caleta, me quería cualquier cantidad. Y de ahí aprendí, cachaba como se ponía el traje, como se metía y se iba pa' abajo. Porque hay que saber zambullirse, cuesta pa' zambullirte, si no sabís zambullirte te vai pa' abajo pero te flota el traje. Tenís que tomar un impulso y una vez que agarran agua las aletas, nadar fuerte. Una vez que agarrai agua pa' abajo y te duelen los oídos por la presión del agua, tenís que ir chupando saliva... Total que yo quería aprender a bucear, me gustaba la aventura del mar. Hasta que fui creciendo y un día mi tío llegó de la pega diciendo que la lancha se había trabado, que el ancla se había enganchado debajo de una piedra y no la podían sacar. Yo le dije 'tío, yo se la saco, pásame el traje'. Y me dijo '¿querís bucear?', 'sí', le dije yo. Me puse el traje y me tiré al agua y bien ¡impeque! Me fui por el cordel pa' abajo despacito, llegué abajo y no quería subir pa' arriba, entremedio veía las tremendas Jaivas, Locos, porque en ese tiempo había hartos Locos. Anduve hartos rato, me llevaron casi a la rastra pa' arriba, porque no quería salir del agua.

Tenía como 16 años, entrando pa' los 17 y mi tío me dijo 'te voy a comprar un equipo pa' que trabajís, pa' que bucees'. Así es que me lo compró y yo le trabajaba a él. Yo, feliz poh. En ese tiempo me quería y me dijo: 'vamos a ir pa' Santiago a comprar material pa' la lancha y te voy a comprar un equipo', y me llevó. Fuimos a Santiago, me compró el equipo y toda la cuestión y ahí empecé a trabajar. Trabajamos la Jaiva primero, después el Congrio. Siempre me ha gustado trabajar los Congrios, porque es más bonita la pega, sacar los pescados debajo del agua, eso me gustaba hartos. Se sacan con un gancho, como un palito de escoba con un anzuelo en la punta. Como el Congrio en el día duerme, están en los huecos de las piedras, escondidos en lo oscuro, y ahí los ensartai con el gancho... Se vuelven locos debajo del agua, de ahí los pescái y los echai adentro del quiñe, una bolsa de red que anda trayendo uno". (**Eduardo Delgado**).

El caso de Eduardo es particularmente interesante, porque retrata un fenómeno emergente en la dinámica sociocultural de la comunidad en relación a las edades. El primero, estriba en la importancia de la juventud -en el estricto sentido biológico- para el desempeño de las tareas submarinas. La capacidad física, la destreza y resistencia, segmenta ostensiblemente los rangos etáreos para el eficiente desempeño de estas labores. De esta forma, el reclutamiento de "cabros jóvenes" por parte de los adultos se hace imprescindible para la productividad del grupo de mariscadores. Al interior de éste se produce una división generacional del trabajo, ocupándose en las obras de mayor esfuerzo los miembros biológicamente más jóvenes y más fuertes. Aunque las tareas de mayor responsabilidad -por ser propietarios del utillaje, entre otras razones- la conservan los adultos, el buzo principal tiene varias prerrogativas y en casos como el de Eduardo, entrado ya en los 17 años, es casi co-organizador de la explotación:

"Así es que me levantaba en la mañana bien temprano, a las 6, tomaba desayuno, pescaba mi traje y le mandaba un silbido a mi socio y a mi papá, 'ya papá vamos a trabajar', porque se fue a trabajar conmigo, era mi asistente de buzo. Mi otro socio llevaba los remos, vivía al frente, en una casa de Chupón, así es que le gritaba 'vamos a trabajar, ¿vai a ir o no?'. Yo era agrandao', siempre fui agrandao'. Así es que trabajaba con mi papá y dos socios más: uno en los remos y el otro en la manguera. El de la manguera era un viejito que tenía como 50 años, una cosa así. Ese me cuidaba, me quería, porque yo era cabrito y recién estaba aprendiendo a trabajar. Ellos hacían todo, lo único que hacía yo era ponerme el traje, ni lo lavaba, lo lavaban ellos. Antes se trabajaba a remo no más, no había motores fuera de borda. Trabajábamos en una lancha grande, 'El Pirata'. Esa llevaba todos los botes a la rastra, amarrados atrás. Yo salía con mi gente y tenía mi tripulación. Pero en el fondo le trabajaba a mi tío, porque todo el material era de él. Llegábamos a la lancha y mi tío, como era el dueño de la lancha, decía de repente 'ya, nos vamos a trabajar a Huiro hoy día'. Nos íbamos a la rastra en el bote, yo como era buzo me iba adentro de la lancha, escuchando música con el capitán poh, ¡agrandao!' Y los otros en el bote, preocupados de tener todo listo pa' cuando yo me subiera al bote y me pusiera el traje.

Ahí aprendí a trabajar. Mi tío me tenía caleta de buena, de repente él se quedaba trabajando en la punta de Chaihuín y yo me quedaba en la lancha en la otra punta de allá, de agrandao' no más. "Ya tío, voy a trabajar, a la vuelta lo paso a buscar" le decía, y lo pasaba a buscar con la lancha de él. *¡A los 17 años yo ya me sentía un hombre!, o sea maduré rápido, porque era pura pega.* Si con lo que ganaba le compraba ropa a mi hermano que iba a la escuela y ayudaba a mi mamá. Le ayudé a tener su casa, le compré la mayoría de las latas [zinc] y el piso. Plata que ganaba, era pa' la casa, porque no tomaba, toda mi plata la guardaba. Me pintiaba bien eso sí.

(...) Como a los 25 años me independicé del trabajo de mi tío y me puse a trabajar con mis cuñados en la Mar. Un día salí a trabajar con un cuñado y no le dije a mi tío, porque él ese día no iba a salir a trabajar en el bote ya que se le había quemado la bujía. Ahí mi tío y mi tía me llamaron a terreno. Me dijeron que porqué los había dejado, que no tenía porqué andar con

otros... Yo me puse a llorar, estando casado ya, porque me humillaron. Ellos siempre querían manejar mi vida y mi trabajo. Les dije que el motor estaba sin bujías y me puse a llorar... Al final no fui más a trabajar con él. Le dije que iba a trabajar y no lo hice, no me dio el cuero [no aguanté]. Me salí y empecé a trabajar con mi cuñado y después, con otro con cuñado que tengo acá, me puse a trabajar en la leña". (**Eduardo Delgado, cursivas mías**).

En tanto, Danilo González, transita por un proceso similar. Con su hermano se hace co-responsable del mantenimiento económico del hogar, lo que para él se convierte en una marca significativa de su paso a las responsabilidades adultas debido a la importancia reconocida que adquiere al interior de la familia:

"Nosotros nos empezamos a hacer cargo de la casa cuando empezamos a trabajar con mi hermano, aunque no en todo. *Me acuerdo que anduve trayendo una boleta como cuatro o cinco años dentro del portadocumentos la primera vez que compramos cosas con mi hermano que fue el año 86'. Ahí fue como agarrar una responsabilidad*, porque me acuerdo que fueron 70 y tantos mil pesos que compramos los dos y nos salió cualquier cantidad de cosas, 6 quintales de harina, 100 kilos de azúcar y como 4 carretadas de cosas chicas. Nos volvimos locos comprando. Mi mamá decía siempre que fue uno de los años que más cosas se vieron en la casa en cuanto a comer. Fue la primera vez que compramos los dos con mi hermano, que salimos a comprar como adultos, como teníamos plata, podíamos hacer lo que quisiéramos. Esa era la verdad de las cosas. Quizás no tanto por la libertad de plata, sino por lo que habíamos hecho, el valor que tenía". (**Danilo González**).

Como se aprecia en los relatos, la persistencia del trabajo vuelve a modular las trayectorias "juveniles" masculinas en esta generación, pero las hace de manera diferencial. Una de las razones estructurales tiene relación con el tipo de vocación productiva. La autonomía e independencia del trabajo de recolección y el papel decisivo jugado por los "jóvenes" en la tarea, incide en su visibilidad y la propia autoconstrucción de su identidad como sujeto relevante al interior de la familia y la comunidad. En este sentido y aunque nos adelantemos temáticamente, es de sumo relevante como ilustración el testimonio de Elisa Pérez:

"En ese tiempo mi marido trabaja en la pesca de buzo, cuando los buzos eran los buzos. Uno pololeaba con un buzo y las cabras se morían de la envidia. No como ahora, que cualquiera es buzo. En ese tiempo ganaban plata y yo me cachiporreaba". (**Elisa Pérez**).

El prototipo identitario del "buzo" se construye en torno a un sujeto joven, vigoroso, eficaz y enérgico, dedicado a tareas "peligrosas", lo que le granjea el prestigio y respeto. Su estatus económico y condición física es mayor que la del resto, los que dependen de su suerte. A ello se le agrega otro elemento fundamental, la aptitud en la adquisición de conocimientos para manejar las nuevas tecnologías y la preparación para mejorar la eficacia de su tarea. Muchos de ellos aprenden formalmente en Corral estos contenidos, lo que rentabiliza aún más dicho estatus.

Otro elemento significativo -más frecuente en este momento histórico en relación a la anterior generación-, es el reclutamiento masculino para cumplir con la obligación legal del Servicio Militar a los 18 años. Aunque muchos se liberan del alistamiento aduciendo paternidad, causales matrimoniales o pertenencia a familias de escasos recursos, varias rutas biográficas de "cabro" se completan con esta prestación, en la que muchos se enfrentan por primera vez al contacto con el, para entonces, sofisticado ocio urbano (el que analizaremos más adelante). Sin embargo, la rutina disciplinaria y el control jerárquico "adulto", no posibilita la construcción de espacios identitarios juveniles. Estos quedan sitiados en las salidas de "franco" los fines de semana, ocasiones que para los reclutas venidos del mundo rural les es difícil compartir debido a la lejanía de sus hogares y la escasa experiencia en esos ámbitos:

"Dejé la escuela, terminé sexto básico y me vine a trabajar a la casa. Después me tocó el Servicio Militar. Me fui a Valdivia y estuve un año en el Regimiento Cazadores y después volví otra vez. Ahí me venía los fines de semana para acá. Si no, llegaba a Corral no más porque allí tenía una tía. Solía venirme una vez al mes pa' acá no más y a pie, porque era lejos. Imagínense después, de vuelta a pie otra vez. No como ahora, que uno pesca la micro y se viene rápido. Al Servicio Militar llegaban de Loncoche, de Paillaco, de todos esos alrededores. Me hice amigos de varios. De primera fue difícil, en ese tiempo era duro. Yo lo hice en 1971. Además no tenía amigos en Valdivia, si hubiera tenido amistades, amigos de ahí, hubiera sido bonito, pero todos los amigos eran de afuera. *Los cabros nos miraban con diferencia a la gente de afuera, a los campesinos. Como que se apartaban, tenían sus grupos no más. En esos tiempos, ellos, los jóvenes de Valdivia, eran fiesteros, los fines de semana era impajaritable pa' ellos tener sus movidas. Entonces ¡qué! Nosotros, imagínense no podíamos compartirlo con eso. Así que llegaba el fin de semana y chao, ellos se iban pa' su lugar y nosotros para acá.* Esa era la diferencia, yo decía porqué no poder compartir eso. Porque nos conversaban después, que iban al baile, a la parranda, y eso nunca lo había compartido... Si yo no sabía ni bailar en ese tiempo, imagínense. *Lo difícil era salir a lugares que usted no conocía, porque después ¿cómo volvía? Si ellos nos hubieran dicho 'te vai pa mi casa y vamos a esa fiesta', a lo mejor, pero no, no era eso. Bueno, y qué le iba a hacer uno, si la verdad era eso, éramos huasos, poh. Pero habían*

cabros muy simpáticos, muy buenos amigos, que todavía me recuerdo". (Sergio Leal, cursivas mías).

Con todo, las imágenes juveniles que la urbe hace circular sobre su condición biológica no se ajustan del todo a su autopercepción de "hombre" (adulto); pero tampoco se acomoda a la ensombrecida condición que antaño tenían los de su misma posición biológica. Las "leyes" que regulaban el breve *lapsus* juvenil articulado en torno a la soltería (como la "ley de los 25"), caducan. El control familiar y paterno que condiciona la emancipación entra en crisis, derivado ciertamente del mayor poder adquirido por el joven en esta "nueva" actividad productiva. Junto a ello, la vigilancia sexual y emocional decrece, produciéndose la emergencia legitimada de las relaciones prematrimoniales: el pololeo. Esta dinámica, más compleja, tiene varias aristas comprensivas, las que analizaremos más adelante. Por el momento, describiremos las trayectorias femeninas en su constitución como "cabras" jóvenes, las que sufren igualmente una notable mutación con respecto a la anterior generación.

Las trayectorias biográficas femeninas ciertamente difieren en relación a las masculinas, sobre todo una vez egresadas de la escuela. Ellas retoman el trabajo -casi de forma exclusiva- en labores domésticas, crianza de hermanos/as menores, limpieza, ayuda en la preparación de avíos de pesca y marisqueo, y venta de leña y frutos silvestres en Corral. En algunos casos, estas faenas se alternan con el trabajo eventual en los predios agrícolas de los vecinos colonos o las huertas propias:

"(...) Como a esa edad, más o menos, terminé de ir a la escuela, tenía como 13 años y comencé a ayudarle a mi mamá a trabajar en la huerta. También salía a trabajar. En ese tiempo habían unos gringos en Cadillal, los Dimter, ahí les trabajaba de sol a sol, a puro azadón. Les íbamos a trabajar en las chacras, sembrábamos papas, limpiábamos el campo, cortábamos papas y el trigo a puro azadón y echona, ahora lo hacen máquinas. Odiamos estar una semana en Cadillal trabajando. Nos alojábamos en la casa de ellos, nos daba el alojamiento y la comida y de ahí veníamos pa' abajo de nuevo. Andábamos dos hermanas, teníamos como unos 12 ó 13 años". (**María Ester González**).

"Yo noté un cambio como a los doce años, antes que muriera mi mami, porque nosotros comenzamos a tener responsabilidades, mi mami nos hacía vender leña, leche... O por el hecho de que teníamos que ser dueñas de casa, lavar, cuidar a los hermanos más chicos y salir a trabajar para llegar con las cositas a la casa para darle a los hermanos. Porque nosotros podíamos tener la comida donde trabajábamos, pero los hermanitos no, y mi papá era desordenado y a veces no le tenía la comida a los hermanos". (**Elisa Pérez**).

“Cuando más cabra trabajé más con mi padre en el monte, tirando madera, enyuntando los bueyes. Empecé a trabajar a los 9 años, porque mi abuelita, la mamá de mi papá murió. Ellos trabajaban en el monte y sembrando. Nunca me gustaban las cosas de la casa, me gustaba más trabajar en la huerta. Se barbechaba a “timón”, que era de madera. No se sembraba como ahora, antes se sembraba con abonos de animales no más; las papas, las arvejas. Trabajé con mi papá hasta los 25 años y después me casé y trabajé en la escuela preparando la comida”. (**Marcela Huala**).

A partir de este momento, sobreviene para muchas la madurez sexual. Período que, como en la anterior generación, está cargado de tabú y desinformación por parte de las familia de origen. Pese a ello, la escuela comienza a jugar un rol preponderante en la educación sexual de las muchachas, de sobremanera en la década de los 70' y 80', donde los contenidos educativos se modernizan tímidamente, difundiendo desde una perspectiva casi exclusivamente biológica, las transformaciones del "cuerpo humano". En el conjunto de los testimonios de las mujeres de esta generación, se aprecia claramente un paulatino cambio en cuanto a los tabúes sobre la sexualidad masculina y femenina. Sus experiencias de hijas y madres las obliga a enfrentar aquellos aprendizajes que les fueron vetados, asumiéndolos o dejándolos en mano de la escuela o de los pares. Según se acerque o aleje la vivencia de la pubertad a la década de los 80', donde se asiste a una mayor apertura por parte de escuela y la familia, específicamente de la madre, los testimonios serán diversos:

"Pero ella [su madre] nunca nos decía ni nos explicaba nada. No como ahora que en la escuela les enseñan de todo. Me acuerdo de una amiga, estábamos en la escuela -nosotros éramos unos pajaritos ignorantes-, y se nos perdió a la hora del recreo. El profesor más o menos se dio cuenta y dijo 'chicas salgamos a buscarla'. Para arriba a gritos llamándola, de repente, cuando bajamos, le dijimos '¿y tú adónde andabas que te llamábamos tanto y no aparecías?', 'fui al baño y me quedé dormida', dijo. Bueno, todas felices fuimos a jugar después. Pero esa amiga se apartó, ya no jugaba. Ese mismo día me acuerdo que el profesor la llamó y la sacaron de la escuela, no alcanzó a estar tres meses afuera y nació su guagua.

*Yo llegué como una pajarita al matrimonio, nada de practicar ni nada. Ahora las chicas hasta de diez años ya le están diciendo en la misma escuela. Pero uno como estaba encerrada no le contaban nada tampoco. Nosotros a mis hijos tampoco le explicamos. Fui recta sí, un poco mañosa, pero no tanto con mi hija menor. Pero todos cumplían, a veces les pegaba con la varilla, no voy a decir que no los castigaba... Les pegaba palmazo cuando lo merecían o les tiraba las mechas. Ahora no, porque los niños no se castigan". (**María Ester González, cursivas mías**).*

"Uno era pícara, pero pícara inocente, no esa maldad que existe ahora y todas esas cosas... Con mis niñas sentía vergüenza de decirles que ellas se iban a "enfermar" como le decían las abuelas [a la menstruación]. Les decía a mis hijas y ellas me decían que no me preocupara, porque a ellas ya le habían dicho esas cosas en la escuela. Fue poco lo que tuve que decirles, pero siempre aconsejándolas en otro sentido, de hecho nunca les prohibí a mis hijas que pololearan. Nunca, nunca, nunca. De repente las cacheteaba cuando se portaban mal, pero yo nunca les prohibí que pololearan. Una vez me la vinieron a acusar que la habían visto pololear con un chico, fue una pariente bien cercana. Yo le dije que lo único que quería saber era si la había visto con un hombre. 'Sí poh', me dijo. Entonces le dije 'es lo más normal, si la hubiese visto abrazá con una mujer dándose besos, ahí sí que me hubiese preocupado, pero si la vio con un hombre es lo más normal', y no tuvo qué decirme.

(...) Antes uno pololeaba varios meses y de ahí tenía relaciones [sexuales]. Los cabros ahora no les importa y no se cuidan tampoco. Antes pololeaban un año, ahora un día no más. Yo les cuento a mis chicas que la juventud tiene que cuidarse de no quedar esperando [embarazada], de que lo pasen bien, porque hay cosas de las que uno después se arrepiente. Pero ahora una niña de 15, 16 años que está en el liceo, ya lo sabe todo". (Elisa Pérez, cursivas mías).

"Por ese tiempo tuve la primera regla, como a los trece años. Ahí fue como bien penca para mí, aunque sabía, pero fue como que me sentí muy adulta de un viaje, porque miraba a mis otras primas y no les pasaba lo mismo, como que me sentía mal. En ese tiempo no era tan abierto como ahora, así que no podía andar contándoselo a cualquiera.

En esos años, en la escuela, no se enseñaba mucho de sexualidad, así es que lo que aprendí fue por parte de mi mamá. Ella nos enseñó, nos dijo qué nos iba a pasar pasando los años y toda la cosa, lo que no era tan fácil en ese tiempo porque cualquiera no llegaba y le hablaba a una hija así tan abiertamente. A parte que a mí me ayudó mi hermana mayor, que teníamos más confianza, que era más liberal y me empezó a decir todo como era. Y bien, porque sirve, cualquiera cosa que aporte a esa edad para uno, sirve.

Después fue cosa de costumbre y cuando las chicas empezaron a contarme lo mismo, lo que le estaba pasando a ellas, como que se me quitó, como que me convencí que era algo normal. Pero fue penca, me sentí mal. Claro que después uno tiene que tener más cuidado, porque de repente me llegaban unos pelotazos y era un dolor terrible. Por qué no podía seguir haciendo las cosas como antes, me preguntaba. Yo vivía saltando en la pampa, salía a pescar, a cazar pájaros. Hacíamos unas ondas tira-piedras con elásticos, salíamos al monte a cazar...". (Jacqueline Vera, cursivas mías).

Pasada la pubertad, la precariedad económica y carencia de expectativas en la comunidad las llevaba a emigrar a los núcleos urbanos a emplearse en el servicio doméstico.

Desde que se produjo la debacle natural e industrial en las postrimerías de la década del 50', un gran número de hombres y mujeres emigran temporalmente en busca de nuevas oportunidades económicas. El crecimiento económico y la modernización que desde

mediados de la década de los 60' se experimenta en Chile, genera nuevos empleos y oportunidades para una población rural cada vez más pauperizada. Las imágenes de la abundancia y poder adquisitivo de las urbes imantan a las muchachas que ven una salida oportuna a sus precarias condiciones al interior de la familia. En un doble proceso de expulsión de la unidad doméstica y atracción por parte de la ciudad, una regular y sistemática obra de mano femenina copa las casas de particulares de las clases altas y las engrosadas capas medias. La migración supone para muchas, su "rito de paso" de niña a "cabra" soltera.

Dicho tránsito se constituye como un hito biográfico, tanto por el dolor que implica el abandono temprano del entorno familiar, como la liberación que entraña la fisura una vez procesada como una emancipación "relativa" de la autoridad y control familiar. El circuito migratorio en términos espaciales y temporales tiene una tendencia clara. Se inicia con el término de la escuela, la dedicación obligada a las labores domésticas antes descritas, la búsqueda de empleo en las urbes cercanas, el abandono del hogar con la complicidad del *pater familias* -a la que continúa moral y, en muchos casos, económicamente supeditada- y el establecimiento en una vivienda particular donde cumple las funciones de "nana", ayudante de todas las labores de la "dueña de casa". Aunque María Ester González, fue una de las pocas mujeres de su generación que no tuvo esta experiencia, desvela la de sus hermanas:

"(...) Yo deseaba irme a trabajar, pero mi mamá no me dejaba, no quería que ningún hijo ojalá saliera de la casa. Mis hermanas mayores pudieron salir antes, porque estuvieron trabajando en Corral de empleadas. Pero a nosotros no nos dejaban salir. Yo tenía ganas de irme, de trabajar para ganar mi plata. Aunque trabajábamos en la mar y vendíamos las cuestiones para tener nuestras cositas. También en mis tejidos y costuras. Toda esa platita era pa'l bolsillo de uno y ahí compraba lo que necesitaba. Yo me entretenía en la casa, trabajando en la costura y en el verano en cualquier cosa. Trabajábamos en la Murta, íbamos a vender y en ese tiempo, como no teníamos caballos, llevábamos la Murta en bote por mar a Corral y como yo era mala pa' andar en bote me mariaba cuando estaba revuelto, aunque éramos buenas pa' remar. A veces prefería venirme a pie, porque el mareo me duraba como tres días, no se me calmaba, eso era un castigo pa' mí. Ahí demoraba como 5 ó 6 horas caminando en las puras huellas del monte. Tenía en ese tiempo como 18 años". (**María Ester González**).

Después de trabajar como empleada doméstica desde los 15 años -alternando sus estudios con el trabajo-, y fallecida su madre, Elisa Pérez emigra los dos últimos años de la década de 1960 a Valparaíso a continuar con esta misma labor:

"Cuando murió mi mamá yo me fui a Valparaíso a trabajar y estuve un año y tres meses. No hice amigos allá, ni tuve tiempo pa' pololear. No conocí a nadie. Los días domingo me daban permiso pa' que saliera (...). Fui a puro sufrir no más, porque echaba de menos a mi papi, a mis hermanos. Me llevó una familia de Corral, pero pienso que quizás no era muy bien tratada y la pena de estar tan lejos, el fallecimiento de mi mamá... Lloraba mucho, porque no tenía a nadie, nadie conocido". (**Elisa Pérez**).

Veinte años más tarde, la historia se repite:

"Cuando tuve 16 años y vi que podía hacer algo, me fui a Corral, de nana. Es que me di cuenta que en mi casa no iba a ser nada. En Corral estuve como dos años trabajando, entre el 89' y el 90', pero no me gustó porque era demasiado chica, no entendía, no sabía cómo enfrentarlo. Yo lloraba, porque era regalona, porque siempre nos habíamos criado con mi mamá, siempre apegada a ella. Nos conocíamos más y mis hermanos también estuvieron siempre en la casa, porque eran pescadores, trabajaban en la mar. Ahí me sentí más joven porque fue grande el cambio. Me costó hartito y dejé todo acá. Echaba tanto de menos las pichangas que jugábamos en las tardes, cuando había luna las noches eran súper claritas y nosotros jugando a la escondida en medio de las matas, eso era súper bueno... Y todo sanamente.

Trabajar de nana no fue nada fácil, más en ese tiempo que no tenían mucho derechos las mujeres. Yo estaba 'puertas adentro', vivía en la casa con los patrones. Ellos eran super buenos, relajados total. Por ahí estuve bien, pero igual me sacaba mis buenas llantiás, porque no es nunca como estar en la casa. Además que era chica todavía, no sabía cómo enfrentarlo.

Cuando empecé a trabajar en Corral tuve un gran apoyo de los patrones, tuve harta ayuda de ellos, porque yo sabía hacer algunas cosas en mi casa, pero no que me exigieran y allá era algo que tenía que hacerlo y tenía que hacerlo bien. Pero fue bueno, porque las personas que me tocaron primero eran dos personas de edad, a si es que me ayudaron en lo que pudieron.

De ahí me cambié de casa y me tocó una chica más joven que era súper buena onda. Y ahí comencé a tener libertad, porque los otros [patrones] eran adultos y pensaban como adultos, así que me sacaba mis buenas llantiás, porque no podía salir. Después cuando me cambié donde esta otra chica tuve libertad para hacer lo que yo quería". (**Jacqueline Vera**).

La separación de la familia de origen condiciona y fuerza su conversión en "solteras". No obstante, las extremas limitaciones impuestas por el trabajo asalariado, en casi todos los casos a "puertas adentro", las hace doblemente dependientes. Por un lado, afectiva, moral y económicamente a la familia de origen y, por otro a la familia receptora, que las ata indefectiblemente a la dinámica laboral a tiempo completo. Los espacios de libertad y autonomía que supone la emigración, quedan sustituidos por la dependencia asalariada para

con la "nueva" familia. Aunque en un primer momento, esta subordinación se plantea con intensidad debido al choque cultural que comporta el contraste entre la urbe/campo, la "autoridad remota", representada por la familia de origen, poco a poco va decreciendo a medida que la muchacha comienza a internalizar los nuevos códigos y pautas sociales de comportamiento urbano. A medida que este proceso se cristaliza, la muchacha comienza una lucha por la emancipación de la familia receptora más que de la paterna, siempre omnipresente, pero carente de eficacia preceptora y sancionadora. De este modo, en los reducidos espacios de libertad que le deja su absorbente empleo, inicia sus escauceos amorosos para la formación de un hogar autónomo y la consecución de una ansiada emancipación.

Es en este pequeño tramo vital, donde la soltería y juventud (ésta última forjada al calor del imaginario urbano-industrial), se hacen presentes. Aunque en las biografías esta etapa es más breve o más extensa dependiendo del momento histórico (más lejano o más cercano de los años económicos críticos, como el inicio de la dictadura militar y principios de la década de los 80'), lo cierto es que la existencia sociocultural del y la joven rural -entendida industrial y occidentalmente- comienza a fraguarse.

Un elemento central de esta emergencia, está dado justamente por el contacto urbano prolongado por parte de las mujeres, diseminadoras de las nuevas pautas de sociabilidad intergenérica situadas en la urbe. El motor y expresión fundamental de esta renovada soltería es la aparición y legitimación del "pololeo", relación prematrimonial entre pretendientes que, antaño duramente sancionada en las comunidades rurales de origen, encuentra validez en los contextos urbanos. La nueva configuración productiva de las localidades rurales y los procesos de modernización y modernidad acaecidos desde la década de los 60' las vuelve receptivas a estas nuevas pautas que, depositadas lentamente en las nuevas generaciones escolarizadas, se institucionalizan entre los pobladores rurales.

A ello contribuye, ciertamente, el nuevo poder adquirido por los varones jóvenes en su conversión a "buzos" que, sumados al debilitado control moral y sexual por parte de las familias para con las mujeres solteras afincadas como empleadas domésticas en la urbe, hacen del pololeo el *locus* fundamental de experimentación de la soltería y, a través de él, la vivencia de una breve, pero materializada "juventud" (según la codificación urbana).

El pololeo implica no sólo un lapsus de prueba antes de la consumación del emparejamiento o matrimonio formal, sino que conlleva su escenificación pública: tomarse de

la mano, andar juntos y besarse: toda una alteración en la rígida moralidad campesina-recolectora.

Esto supone un repertorio variado de transformaciones socioculturales que, expresados en la construcción sociocultural de la edad, es parte de un proceso mayor, cristalizada en la acusada porosidad y fuerte interconexión de los espacios rurales y urbanos que inaugura la década de los 60-70'. A través de esta "porosidad" se pueden entender las trayectorias biográficas de muchos de los miembros de esta generación, cuestión que abordaremos más adelante.

La legitimación del pololeo en Chahuín es un proceso lento, que desorienta e impacta a la anterior generación forjada en la reglamentación de la breve soltería masculina a través de la "ley de los 25", que implicaba un abrupto paso a la adultez vía un precipitado emparejamiento marital. El pololeo como período de "prueba" construye una soltería y, de paso, una "juventud", con mucha más profundidad y espesor, que disputa y repliega la identidad de cabrita/cabrito trabajador/a acuñada al salir de la escuela. Esto comienza a experimentarse escalonadamente desde principios de los años 60'. Tanto María Ester González, miembro mayor de esta generación, como Elisa Pérez, alcanzan a experimentar uno de los cambios fundamentales que entraña el pololeo: el "ensayo institucionalizado" de más de una relación sin que necesariamente ésta se formalice en el emparejamiento definitivo:

"Como a los 19 años empecé a mirar a los chicos. Pero la finada de mi mamá no nos conversaba nada. Nosotros no éramos como ahora, antes existía mucho la ignorancia. Ya éramos tontas grandes y las otras niñas andaban pololeando, pero si le preguntábamos a mi mamá ella se enojaba. Mi primer pololo lo tuve a los 19 años. Duré poco, nueve meses no más. Estaba pololenado a escondidas. Después me puse a pololear con mi marido que era de Huape. Estuvimos como seis meses pololeando y me casé. Ya ni me acuerdo cómo nos conocimos, en una fiesta tiene que haber sido. Uno se encontraba a escondidas, en el camino, por ahí. Uno se encontraba, iba a Corral de a caballo, veía pasar al otro y ahí se acoplaba. Cuando ya nació la primera guagua como al año, ahí nos casamos. Todavía no cumplía los 21 cuando me casé. Mi hijo mayor nació el año 65. Tuvimos 9 hijos, 8 hombres y la más chica, mujer". (**María Ester González**).

"Antes de casarme tuve un pololo que era cariñoso, me compraba frutas y estábamos en la casa no más, porque mi papi me daba permiso hasta las 7 de la tarde, a lo más hasta las 8 y uno no tenía toda la tarde como pa' estar con el pololo. Ahora la polola dice 'mamá voy a ir con Mario a Valdivia' y se van no más y llegan al otro día. Yo no, nunca pedí permiso y me fui a pegar un nochazo con un pololo. Mi primer pololeo fue cuando tenía como 13 años, pero me acuerdo que fue un pololeo sano. Ese pololo era mayor que mí, tenía como 22 años, era un hombre maduro a esas alturas, pero era respetuoso, porque él me decía 'toma plata para que te compres zapatos, te

compres ropa' y yo no se la recibía de pura tonta que era. Con ese chico anduvimos harto tiempo y pasaban meses que no nos besábamos en la boca, siempre cuando nos despedíamos nos dábamos un beso en la cara. Siempre me acuerdo que la primera vez que le di hartos besos, le di nueve besos, pero en la carita no más. Nos juntábamos en la noche un buen rato y llegaba tarde a mi casa. Yo trabajaba y después que salía del trabajo salíamos a la calle a pasear un rato, porque en ese tiempo uno ocupaba toda la calle en Corral, uno caminaba por el medio de la calle y no por la vereda, porque en ese tiempo no habían vehículos. Entonces caminábamos pa' Amargos a pololear, pero nunca fuimos a una fiesta". (**Elisa Pérez**).

Los relatos de vida masculinos y femeninos convergen en el pololeo. En los actores menores de esta generación se reiteran muchas rutas vitales: las muchachas rurales empleadas en el servicio doméstico se encuentran con sus futuros pololos o esposos en Corral. Allí, fuera de la vigilancia familiar y en los breves entretiempos del trabajo, conocen en la plaza o por intermedio de parientes o amigas, a los jóvenes buzos de los distintos Distritos rurales de la comuna que llegan a comercializar sus productos o a proveerse de mercadería.

En la propia comunidad de Chaihuín, a estas trayectorias se le superpone el funcionamiento desde fines de la década del 70' de CEMA (acrónimo de Centros de Madres), que enrola a un gran contingente de mujeres y solteras en tareas productivas de artesanía, las que distribuyen regularmente en Corral a través de eventos y exposiciones canalizadas por la propia institución oficial del régimen militar, presidida por la esposa de Pinochet, Lucía Hiriart. La puesta en marcha de CEMA Chile que representa un hito en la microhistoria local para las mujeres (cuestión que trataremos al final), frenará en parte la migración temporal de las muchachas solteras de las diversas comunidades del Distrito y retendrá a las casadas. Muchas jóvenes encontrarán en su ir y venir a Chaihuín y en la dinámicas socializadoras de dicha organización, el contacto y vínculo afectivo con los varones.

Las historias de pololeos abundan, de sobremanera en los miembros menores de esta generación, en los que se extiende temporalmente mucho más. Aunque el pololeo expresa la mutación de la soltería y las transformaciones del "reservorio valórico" con los que habitualmente se identifica el mundo rural, éste no es una manifestación desprovista de normativas, sobre todo en su primer momento de "institucionalización", donde causa mayor rechazo. El detallado testimonio de Juvenal Triviños es ejemplar a este respecto, puesto que explora interpretativamente los contrastes generacionales en cuanto a las relaciones afectivas de su "juventud", las que en su biografía se dibujan con viveza:

"A mi señora yo la conocí de niña. Ella era de Corral antes y el papá andaba en busca de trabajo, andaba como gitano, en un tiempo estaban en una parte y después se iban pa' otro lado. Estuvo en Corral, después estuvo en Quitaluto, después estuvo en Cadillal y al final fue a caer allá a Huiro. Y ahí quedó.

Fue así la historia. Antes había Centros de Madres aquí. Ella se metió acá al Centro de Madres y venía una vez a la semana. Ahí la conocí y empezamos a conversar... Al tiro conversé y le pedí pololeo y empezamos a pololerar. Pero de primero era cortita la cosa, al tiro había que pedir permiso pa' pololear y no tener problemas, los viejos eran mañosos. Tuve que ir a Huiro a pedirle permiso. Me costaba decirle, no hallaba cómo decirle al caballero. Al final salimos a dar una vuelta solos pal' campo y ahí le dije. Pero siempre de lejitos no más... *De primera me dijo que no, que era muy joven. Yo le estaba pidiendo permiso pa' pololerar no más, pero él quería algo serio, me decía, porque no quería que las cosas fueran así, como queriendo decir que yo iba a abusar de ella y que iba a quedar embarazada y yo no iba a responder. Pero yo le dije 'no se trata de eso, tenemos que ver un tiempo, no podemos llegar y decir que nos vamos a casar mañana mismo... Tenemos que ir conociéndonos. Debemos conocernos bien y ver las partes malas de cada cual, como toda pareja'. Es que ya era distinto como se hacía antes, que era más rápido. En mi época era más normal pololear, a veces uno pololeaba y no se casaba. Antes, antiguamente, me contaba mi papá que no era así. O sea lo veían con una niña y lo obligaban a casarse al tiro.*

Acá este viejito tenía algo así parecido, *yo le di a comprender que no, porque era difícil tomar decisiones, porque ya estamos cambiados, o sea ya iba cambiando la generación. En ese tiempo ya se podía andar de la mano, yo andaba de la mano. También se podía dar besos, ya era normal acá. Antes no, era raro ver una pareja de la mano, dándose un beso en la calle, no, no se veía. Por lo menos yo no lo vi nunca. Pero en esa época mía ya había cambiado. Así fue hasta que me lo convencí. El no quedó muy de acuerdo, pero le dije 'tenga fe no más, que eso no va a suceder [embarazao]'. Pasamos un año pololeando y ahí me la traje". (Juvenal Triviños, cursivas mías).*

Similares relatos reflexivos nos ofrece Elisa Pérez, Elías Maripán y Danilo González:

"Nosotros pololeábamos a escondidas. No había que contarles a los hermanos porque cuando uno peleaba al tiro te acusaban. Me acuerdo que me juntaba con mi hermano cuando mi mamá me mandaba a comprar, porque ahí veía pasar a mi pololo. Volaba pa' ir a comprar porque de ahí íbamos a Quitaluto y sabía que me esperaba, pero era un ratito no más. Con ese pololo duramos como dos años no más y nunca supo nadie. Mi mamá tampoco, porque mi mamá le pegaba a mi hermana cuando la pillaba pololeando. Con mi hermana mayor, como nos llevábamos bien, nos cubríamos las espaldas. Salíamos las dos juntas y nos daban permiso. Pero ese era un pololeo sano, de cabros no más". (Elisa Pérez).

"Cuando se pololeaba en mi tiempo, se podía andar de la mano, con permiso de los viejos sí. Entonces ella fue la más cargante que yo le fuera a pedir permiso, porque ya nos tenían alcanzados y a ella se la estaban atrincando. Así que me decidí un día y mi suegro es un tremendo hombre y tenía una cara de serio, yo lo conocía sí, tomábamos, nos copeteábamos con él por ahí en las pichangas, salíamos a los torneos. Ellos eran mayores, pero nunca pensaba en el momento en que yo le iba a decir algo de su hija, no sabía la reacción, o sea éramos amigos no más, pero no a otro nivel. Total que cuando fui, me gané cerquita de la puerta por si acaso, p' arrancar rapidito. Pero nada, cuando llegó el momento de decirle lo que tenía que decirle, al final no pasó nada.

Empezamos con la cuestión de declararnos que estábamos pololeando: "es que sabe qué, don Mateo, estoy con su hija y vengo a pedirle permiso, ustedes saben que estamos pololeando y no queremos andar a la escondida, queremos que ustedes lo sepan". Y pucha, no teníamos más palabras pa' decirle. Lo único que queríamos era llegar e ir al tiro al grano no más, decirle a como dé lugar. Don Mateo y su señora mandaron a acostar a los cabros más chicos y listo. Yo me dirigía más que nada a don Mateo, no a ella, ella esperaba no más. También era media guapa, pero siempre el marido en ese tiempo era el que roncaba más en el hogar. Al final me dijo que él sabía y era bueno que yo le hubiera dicho porque así las cosas se solucionaban; de repente podíamos tener algún fracaso o cualquier cosa podía pasar. De repente no falta lo que pasa en un pololeo. Entonces nos aconsejaron y todas esas cosas... Al final yo estaba más contento..." (**Elías Maripán**).

*"Allí tuve mis pinches de juventud [Corral], siempre los pinches de juventud estaban, nos juntábamos todos donde la señora Alda, todos, todos. La mayoría de las personas y las niñas que hoy ya están casadas y que eran más o menos de nuestra edad. Acá en Chaihuín uno podía pololear, pero a mi edad tenía que ser un compromiso serio. Uno podía pinchar pero a escondidas de las demás personas. A escondidas de los padres todavía. Se hacía y un poquitito más libre que antes, porque mis tíos, por ejemplo, cuentan que se sabía que fulano de tal pinchaba con fulana de tal, pololeaba. El permiso era difícil, pero pololeaban. Pero para nosotros no era una cosa seria, por lo menos pa' mi generación no. En una fiesta o en público uno se podía dar un beso, no era tan mal mirado como antes. Y se pololeaba no más, no había problema. Se estaba un tiempo juntos, aunque sanamente, porque nos cuidábamos. Hoy en día me doy cuenta que la parte del sexo esta más desarrollada, más abierta. En ese tiempo no. En ese tiempo todavía existía el respeto o el compromiso serio. Entonces no nos íbamos tanto por ese lado. Yo me acuerdo que las relaciones extramatrimoniales fue más con mi señora que con nadie más". (**Danilo González**).*

Aunque los miembros menores de esta generación tienen más libertad para vivir el lapso de ensayo de manera más visible y extensa (culminado muchas veces sin matrimonio), el celo familiar, aunque debilitado, sigue presente. En el caso de Eduardo Delgado las "batallitas" de pololeo se suceden hasta ahora. Después de comenzar a pololear a los 17 años, termina la

relación por un extremo control paterno hacia la muchacha. Empieza otra relación con la que fue su señora a la que deja embarazada teniendo él 18 años. Después de esta relación formalizada en un hogar y más hijos, se separa y, en el momento de la factura de su historia de vida (2002) recomenzaba a pololear con una muchacha de Chaihuín. Así describe su primer pololeo:

"De ahí yo empecé a pololear con una loca de aquí, una vecina. Fue la primera polola que tuve en mi vida, tenía como 17 años y estaba más metido que la cresta. Tiritaba cuando le quería hablar, tiritaba... Parecía que iba a pegarme. La mina era mayor que yo, era como tres años mayor. La loca yo le gustaba, porque empezó a ir pa' la casa y yo la molestaba, la pasaba a agarrar y a toparla y me decía 'parece que te gusto ah'. Y yo atiné, le hablé cara e' palo. Cuando la agarré, tiritaba, y me dijo 'estai tiritando' y yo le dije 'no, tengo frío'... Y había tremendo solazo. Se llamaba Pilar la chica y fue la primera polola que tuve. Pololeamos como 8 meses, pero su papá nunca me quiso porque era pobre. El quería un hombre mejor para su hija, que ganara plata o que tuviera algo. Yo no tenía nada, era buzo no más y era pobre ¡si siempre he sido pobre! Pololeamos harto tiempo y un día la loca se metió harto conmigo. Se arrancó de su casa y se vino a vivir a mi casa, llegó con bolsos y con ropa. Pero justo en ese tiempo yo ya la estaba engañando, tenía otra mina, la mamá de mis chicos (...)" **(Eduardo Delgado)**.

El caso de Jacqueline Vera, es ejemplar en este sentido. Después de haber pololeado en Huape, viaja a Corral y conoce a su actual esposo. Sustituyendo al padre fallecido, el hermano mayor pasa a ocupar el lugar en el control de su hermana, escenificando su papel de nuevo *pater familias*. A su vez, la familia de su pololo y futuro esposo, se opone a la relación. El conjunto de desacuerdos y oposiciones se disuelve finalmente en base a la autonomía y mayor libertad ganada durante las décadas de reconversión productiva y cultural de los contrayentes del vínculo:

"Y bueno, nos conocimos y empezamos a pololear con permiso al tiro de la familia. Me pidieron pololeo, para andar así, libre. El vino a hablar acá así que se relajó mi mamá y nunca más se metió, me empezó a dar permiso para todo. El problema fue que mi hermano mayor era peor que un papá. Una vez me pilló en corral con otro cabro, estábamos *tranquilein*, pero mi hermano casi me pega... Era celoso... Uyyyyyy, me daba miedo, aunque nunca me pegó eso sí. Bueno, así es que tuve que hablar con él. Le costó hartito, porque conocía como era mi pololo. Casi se agarraron, pero igual cedió. Le dio sus buenos consejos, a sí que ahí empezamos a pololear en serio. La familia de él no sabía, porque se oponía a nuestro pololeo. El era el mayor de los hermanos, entonces los papás tenían celos yo creo, porque fui la primera que traté de quitarles un hijo. Así que más difícil fue la cosa para mí. Pero esas cosas pasan y vale la pena a veces vivirlas. Se enteraron rápido, pero no nos anduvimos escondiendo, porque igual teníamos

el permiso de mi familia, no tenía de qué esconderme. Igual me hicieron la guerra, pero no le hicimos caso. Estuvimos pololeando tres años". (**Jacqueline Vera**).

El pololeo amplía la visibilidad familiar e intracomunitaria de la soltería y, a su vez, propicia la generación de espacios relacionales para la convivencia y ensayo con la nueva pareja. Es en estos espacios relaciones en que se fraguará, a partir del mayor espesor de la soltería como categoría identitaria, una incipiente emergencia "juvenil", tal cual la sociedad urbano-industrial la ha concebido. Tiempos y espacios que analizaremos a continuación.

5. "Luces que van y vienen": De la Intensa Soltería a la Exigua Juventud.

La continuidad y apertura de nuevos escenarios relacionales para solteras y solteros -incipiente "juventud"-, se localizarán en dos frentes distintos. El primero está situado en la propia comunidad y se materializa en el contexto de los clandestinos, Ramadas y celebraciones de fechas señaladas, como el 18 de septiembre, torneos futbolísticos de importancia, etc. Tiempos y espacios que no difieren en mucho a los disponibles por la anterior generación, pero que progresivamente comparten importancia con los espacios de convivencia urbana: el "afuera".

La vida cotidiana de los pobladores y particularmente de los "cabros" -o "huachos"- y "cabras" solteros/as sufre algunas alteraciones a partir del pololeo. Se comienzan a intensificar las relaciones intrageneracionales por el mayor número de habitantes y el protagonismo adquirido por los buzos. Sin embargo, aunque los intersticios de expresión de la soltería se ensanchan, gran parte de la dinámica cotidiana de los miembros varones jóvenes al **interior de la comunidad**, continúa por los derroteros de la anterior generación, apremiados por las actividades productivas, la interdependencia para con la familia y la falta de tiempos y espacios propios. Bajo estas coordenadas, los muchachos y muchachas sólo disponen de los escenarios "antiguos" de esparcimiento y expresión de soltería, en las cada vez más institucionalizadas Ramadas y torneos deportivos:

"En ese tiempo las entretenciones de los jóvenes eran los partidos de fútbol, las carreras de caballo y nada más. También habían ramadas para bailar en los torneos. Pero yo no bailaba, nunca aprendí a bailar bien, pero le hacía empeño. Bailábamos vals, corridos mexicanos,

tangos. Las tocaban en victrolas y guitarras, después vinieron los tocadiscos viejos. Una de las victrolas la tenía don Justo Leal. El abuelo de mi marido una vez compró una, vendió un buey para compararla. Los músicos eran los Antillanca, esos eran famosos para la música. Tocaba toda la familia. Ahí en las fiestas se ponían a bailar, se tomaban sus copetes y se agarraban a combos también. Es que cuando se concertaban los torneos venían de todas partes". (**María Ester González**).

"Yo no tenía tiempo. Después de hombre fui a la playa, ya casado solía ir a la playa a bañarme. Pero antes de eso, nada. Y la mayoría de aquí igual. La misma rutina. Yo tengo unos primos mayores que les da miedo, que no están ahora tampoco. Esos vivían en el yugo también. Mi tío sembraba, y ellos que los bueyes, que ir al monte... Ellos nos hacían esas ojotas de cuero, no sé si las ha oído nombrar, en vez de zapatillas, nos hacían ojotas de cuero de animal, con cordones. Con esos íbamos pal' monte para no lastimarnos los pies, porque no teníamos zapatos.

La semana chahuinera está funcionando tres años con este, no más. Las otras fiestas que se hacían eran pa' los 18 de septiembre, que la organizaba el Centro de Padres. Ahí íbamos a jugar partidos de fútbol. También hacía un montón de actividades, palo encebado, correduras en saco... Ahí teníamos permiso todo ese día e iban los viejos también. Eso duraba una semana, pero nosotros íbamos el puro 18. Para el baile me quedaba, cuando yo empecé a salir me quedaba un rato, pero nunca tampoco muy tarde en la noche, siempre me venía temprano. Hasta cierta hora no más. Esas eran las únicas fiestas que teníamos antes. Tampoco se hacían fiestas familiares como muchas veces se hacen ahora. No, nada de eso. Eran esas fiestas no más.

En las navidades se pasaban en banda, era como todos los días. No se hacía arbolito. Que yo tenga conocimiento de eso no se hacía nada. Ahora no, ahora los cabros un mes antes están hinchando que con el regalo, que la pascua y toda la cosa. Antes no". (**Juvenal Triviños**).

"Me acuerdo que los jóvenes de acá, cuando recién llegué, me gustaron, tenían caballos, salían en caballos porque era su modo de movilización y andaban en grupo. En esos años las entretenimientos para los jóvenes eran, en el verano, los torneos, que era como una fiesta en que salía toda la gente. Se organizaban torneos y se disputaban ovejas. De ahí comenzaba el baile, pero en ese tiempo con radio no más, porque no había otra cosa. La radio era a pilas... ¡había que comprar una cantidad de pilas pa' que durara toda la noche! Después estuvo más moderno, porque llegó la batería y cambió la cosa". (**Elisa Pérez**).

"En ese tiempo era soltero y mi papá vivía con la con la última señora, que era muda. Así las relaciones conmigo no eran muy buenas. Cuando solía llegar de la pesca tenía que ir a cocinar, porque para mí no había nada preparado. Pero siempre ayudaba a la casa para que nada faltara. Lo que podía, casi era el 80% que aportaba pa' la casa y el 20% lo dejaba para mí cuando estaba mala la situación. Cuando estaba bueno, ahí dejaba un resto para mí, para comprarme ropa, lo único. A veces salíamos a una fiesta, a los torneos donde después se hacía baile. Pero no fui una persona borracha, siempre cuidé lo que era ganarse la plata y el sacrificio. En esas fiestas se tocaba con pura guitarra y se amanecían. Acá tocaba Elías Maripán, los otros eran los hermanos

Antillanca. Siempre cantaban ellos. No importaba que no cantarán bien, la cosa era que alguien cantara pa' bailar. A veces no juntaba ni pegaba la música, pero la cosa es que bailaban. Ahí llegaban las niñas al baile, todas". (**Sergio Leal**).

"En ese tiempo lo más que se hacía era jugar a la pelota. Era lo único. Antes no había tele, nadie conocía la tele, algunos tenían una radio chiquitita, de esas portátiles. Era todo puro fútbol y la otra cosa era ir a bañarse a la playa. De las 2 de tarde pa' adelante, todos en el río, por ahí leseábamos. Ahí íbamos todos, hombres y mujeres, porque nos conocíamos. Ahí chapoteábamos, igual como la juventud de ahora que se junta un grupo y van a bañarse, lo mismo. Era igual, pero teníamos cierta hora, a una cierta hora teníamos que irnos a la casa. De ahí nos mandaban a hacer cualquier cosa antes de acostarnos, como dejar la leña picada pal' otro día.

Cuando éramos cabros en ese tiempo teníamos permiso el puro día sábado y domingo pa' pichanguear, pero después de las 4 de la tarde. Trabajábamos hasta las 11 de la mañana, limpiando las papas, cosechando... El viejito [Huala] era bueno pa' hacer huertas, así que después de las 4 teníamos libre. A veces dejábamos una ruma de leña picada pa' la casa y ahí nos decía 'ya cabros, ahora vayan a jugar'. Nos tratábamos de 'cabros', 'vamos pa' allá donde los cabros', decíamos. Siempre nos hemos tratado así. O de 'huacho', '¿cómo estai, huacho?', esa palabra es típica aquí. La palabra 'huacho' es una palabra cariñosa. A nosotros nos han contado que en otros lados, la palabra huacho por nada hay que decirla, porque al tiro te sacan a la mamá [te insultan], entonces es medio peligroso.

Bueno, entonces salíamos a jugar y a veces no teníamos pelota, así es que de repente hacíamos una cucha y comprábamos una pelota. A veces la hacíamos hasta de Cochayuyos. Esa quedaba saltona, como pelota de Voqui. Habían unos que eran bien expertos pa' hacer esa pelota. Un primo que tengo las hacía. No sé cómo trenzaba tan bien los Cochayuyos, pero quedaban redonditas, las hacía saltar y saltaban". (**Elías Maripán**).

"Acá en los veranos nos entreteníamos en la pichanga de las tardes. Eso era la entretención de todos los días. Teníamos que tener todas nuestras cosas hechas y de ahí ya podíamos ir a la pelota. Eramos hartos y jugábamos en el terreno de don Godofredo Oyarzún, que es nuestro vecino. Igual teníamos una cancha donde el abuelo René. Es que aquí hay dos dueños, don Baltasar y el abuelo René. La cancha cerca de donde Don Pascual era nuestra cancha oficial. Ahí jugábamos contra otras localidades. También teníamos amigos en Huape. Nosotros, nuestra generación en eso se caracterizó, buscó más amistad. Los otros eran bien cerrados, me acuerdo que hacían unos partidos amistosos y se colocaban a pelear. Había una cierta rivalidad pero una rivalidad en la cancha no más. Todas las fiestas que habían aquí eran relacionadas con el fútbol. Pal' 18 no se hacía tanta fiesta. Se hacía una ramada pero partíamos a Corral nosotros". (**Danilo González**).

Los clandestinos de Chaihuín y sus alrededores, espacios cotidianos e intergeneracionales fundamentales de convivencia de la fiesta y asueto, continúan existiendo, aunque sufren una merma paulatina de parroquianos/as solteros/as que buscan vivir ahora su juventud y relacionarse con el sexo opuesto en las fuentes de soda, restaurantes y las nacientes "lolotecas" de Corral, donde la oferta de bienes materiales y simbólicos y la disponibilidad de mujeres y hombres de igual condición es mayor.

Los clandestinos pierden protagonismo como centros de relación intergergenérica habitual, transformándose en espacios acentuadamente masculinos. Aunque sus días de gloria quedan atrás, estos adquieren importancia, como decíamos, en las fiestas patrias del 18 de septiembre o la celebración de torneos futbolísticos. Una mirada interior y, por lo mismo privilegiada, es la que testimonia Sergio Leal, quien para principios de 1960 y en plena infancia, describe el ambiente que se vivía en el clandestino de sus padres, similar a los de antaño, pero con una marcada presencia de varones:

"Pero yo me recuerdo cómo era la situación antes. Mi papá vendían licor... Las tomateras, las peleas, uff. Mi primera mamá tomaba con mi papá, entonces no hubo mucho control. Imagínense y nosotros chicos. Mirábamos a veces asustados, porque eso a uno le da miedo, ver peleas. Después ya es natural ver a la gente borracha. Eso era ahí mismo en la casa. Todo ahí mismo adentro de la casa. Había un comedor, al lado los borrachos y al ladito la cocina. La gente llegaba los fines de semana, los días de fiesta, pa' los 18 de septiembre, pa' las pascuas, esos días. Venían los hombres solos y a veces bailaban entre ellos. De repente venían los maridos con sus mujeres y se armaba la fiesta. Pero cuando no había mujeres, entre ellos mismos no más. Mi papá acompañaba a la gente, todos participaban en eso. Y los bailes eran con una vitrola me recuerdo. Cuando traían los discos, escuchábamos. Primero tenía una vitrola chiquitita, después compró una victrola grande, de mueble. Era alta, arriba estaba el platillo y abajo tenía un tarro y de ahí salía la voz. Para escucharla nosotros había que pedir permiso, porque esas victrolas eran con cuerdas, entonces de repente se cortaba la cuerda si uno le daba mucha y ahí nadie ponía meter las manos en eso. Imagínense que la victrola estaba acá y donde Colipai, esas eran los lugares que tenían victrola y ahí se armaban las fiestas. Nadie más tenía. Mi papá tenía unas pipas de vino de 120 litros. Vino tinto y blanco, imagínense doscientos y tantos litros acaparados". (Sergio Leal).

Por su parte, y "desde la otra orilla", Elías Maripán recuerda junto a otros, el clandestino de los padres de Sergio Leal, el que tuvo continuidad hasta la década de los 70'.

"También hacíamos torneos, ahí nos juntábamos a compartir la ramada o en algún local a tomarnos cualquier cosa. *En mi tiempo íbamos por el lado de Pastal y cerca del Boldo a copetearnos, donde don Vicente Rivera y don Justo Leal. Así es que cuando ya era cabro y no teníamos acá donde compartir*, porque en ese tiempo por aquí en Chaihuín no había o se nos terminaba el copete el día del 18 [de septiembre] y no hallábamos dónde comprar, teníamos que ir allá donde este viejito a comprar y nos quedábamos allá un rato. 'Vamos donde don Justo' decíamos nosotros. Eran carísimos, los dos lugares iguales y del vino más malo se vendía yo creo. Lo traían de Corral en unas garrafas grandes y ahí vendían por litro. En ese tiempo litreado se vendía el vino. Llevábamos envase pa' traer y tomábamos ahí también, comprábamos un litro y lo tomábamos ahí. *Tenían una mediaguüita y una piececita para vender. Pero íbamos puros hombres no más, mujeres no. Y cuando no, tomábamos en la pampa, botados afuera en la pampa cuando estaba sequito, debajo de un árbol, por ahí.*

Don Justo Leal vendía copete, traía también mercadería, pero poquita: azúcar, aceite, harina. Pero habían días que no tenía nada tampoco. Y cuando no había lancha pa' ir a buscar, simplemente no quedaba no más. Había que ir a caballo a comprar. No había donde. Habían unas personas que sembraban trigo, pero para el consumo de ellos, vendían bien poco; papas se vendían más.

Nosotros le contábamos a los chiquillos de don Justo, cómo era y de muchos de los viejos que ya no existen, que nosotros vivimos con ellos gran parte de la juventud de nosotros. Era pa' la risa porque no tenían educación igual que nosotros, un poco menos a lo mejor, pero se las sabían por libros los viejitos. Buenos pa' contar chistes, buenos pa' tocar la guitarra, pa' las fiestas. Pucha no se sentía pena con esos viejos. Así que nosotros le contábamos a los chicos. Algunos de los niños de don Justo no se acuerdan de su papá, quedaron chiquititos cuando falleció. Donde don Justo alcancé a mandarme mis buenos cañonazos. Era una casita como cualquiera no más y vendía camuflado. Si llegábamos tres, llevaba cuatro vasos, uno pa' él, y se sentaba también con nosotros.

También me acuerdo de Don Alberto Colipai, que tenía una victrola. Alcancé a conocerlo y ver las fiestas que se hacían ahí, pero yo era chico, todavía no levantaba el codo. Mirábamos como nuestros viejos por ahí pasaban. El otro era el viejito Naipán, que tampoco existe. Murió hace tiempo ese caballero. También vendía antes, chicha que él hacía y también vino. Naipán vivía donde viven los gringos Stange ahora, los que tienen unos *chalets* grandes. Ese era el sitio de él y lo vendió y se fue a vivir a Corral. Todavía algunos venden copete. En ese tiempo solamente se bailaba para los 18', en las fiestas familiares, los años nuevos. La gente se juntaba en las dos casas de allá abajo, que eran de don René Huala y su hermano, don Baltasar. Ahí se juntaba casi toda la gente. En mi tiempo llegó la cuestión del tocadiscos y también había guitarra, con eso de bailaba.

Como yo desde chico que tocaba la guitarra, lo único que querían era que no me copeteara pa' que siguiera tocando, si me curaba se acababa la fiesta. Todavía tengo mi guitarra. En ese tiempo se tocaba más la música ranchera. Vals ranchero, cumbias rancheras. Había una canción que se llamaba 'El Corazón'. Es una canción antigua, un valsecito de esos tiempos, de un

cantante ranchero [José Alfredo Jimenez], cuando bailaban los viejos (...) (**Elías Maripán, cursivas mías**).

Sin embargo, un nuevo espacio hace aparición en la comunidad que, aunque restringido temporalmente (meses de verano) y gatillado externamente por las políticas del Municipio, revitaliza los dispositivos gregarios y relacionales de la comunidad confinados sólo a las fiestas patrias y torneos futbolísticos. Se trata de la fundación de una red institucionalizada de carácter deportivo y celebratorio en el contexto de la Semana Corraleña. Esta se extiende por las diversas localidades rurales de la Comuna y en la cual Chaihuín forma un nodo de importancia, al capitanear el Distrito sur. La formación de la "Liga Campesina", como se conoce al citado circuito, data desde fines de 1983¹⁹² y convoca a la totalidad del mundo rural en diversas competencias, entre las cuales el fútbol es gravitante, pero no el único en importancia.

"Estas actividades de la semana de Chaihuín y Huape antes se hacían dentro de la 'Semana Corraleña'. Ahí se comenzó a organizar la Liga Campesina de fútbol, que era un campeonato. Eso se hacía todo en un día en una parte y todos los clasificados íbamos después a la Semana Corraleña a participar. Las clasificaciones se hacían en un solo día. El lugar se sorteaba a dentro de los dos grupos que habían. 'Grupo norte' le llamaban de Corral hacia allá (San Juan, Catrilelfu, Isal Carbonero, Las Coloradas), y de Corral hacia acá, el 'Grupo sur', que éramos nosotros y los otros sectores de aquí, Huape, Huiro y Cadillal. Cuando tocaba organizarlo acá en Chaihuín empezábamos a las 10 de la mañana y estábamos terminando como a las 8 de la tarde. Aparte que venía la venta de copete, la música, todas esas cosas. A veces nos amanecíamos, pero nos iba bien. En ese tiempo lo hacíamos en la cancha de ahí abajo, donde don Valentín Antillanca. El Club organizaba todo y todo lo que quedaba en ganancia era para el Club. Y lo principal era que el equipo que ganaba, quedaba clasificado pa' la Semana Corraleña. Allá se iban a disputar en la cancha de Corral los puestos. Por lo general, venían dos de allá y dos de acá.

Pero también antes se hacían otras competencias dentro de la Liga Campesina. A parte del fútbol, se hacía la regata, la carrera a la chilena, trozar un palo a hacha -que todavía se hace-, tirar la cuerda, campeonato de Tejo. Pero no se hacía concurso de candidata a reina. Ahora carrera de caballos no se hacen aquí. En el sector de Cadillal y Huiro todavía se hacen, ellos tienen cancha. Antes se hacían aquí, pero ya no hay cancha para eso. Había otra competencia que se llamaba la "playatón", en la que participaba un ciclista, un remador, un atleta corredor y un nadador. Empezábamos con el ciclista hasta el puente, ahí lo estaba esperando el remador en

¹⁹² Al respecto el Diario Austral de Valdivia en su edición del 29 de diciembre de 1983 titula en una de sus páginas: "Formarán la Liga Campesina: Organizan clubes rurales para Semana Corraleña". El periódico informa que la zona sur estará conformada por "los clubes deportivos de Cadillal de Cadillal, Cöndor Chile de Chaihuín, Tricolor de Huiro, Tornamar del Huape; Peña Dorada de Peña Dorada y Solitarios de Chaihuín".

un bote, después seguía el corredor y terminaba la competencia el nadador. Como una posta. Esa competencia todavía la hacemos, en la Semana Chaihuinera ahora.

La Liga Campesina todavía sigue, pero se juega a parte de los campeonatos que organizamos en las Semanas de Chaihuín y Huape. Ese campeonato dura como 4 semanas más o menos, todos los sábados jugamos. Ahora estuvimos de ganadores en la última, todavía no nos premian, pero dicen que como en 15 días más". (**Elías Maripán**).

En el seno de la Liga Campesina orquestada por la Semana Corraleña, se realizan un repertorio variado de actividades "huasas", enfatizando una identidad "campesina" de marcado acento criollo chileno (borrando de paso el sustrato indígena mapuche-huilliche) a través de la práctica de deportes "tradicionales" como las citadas "carreras a la chilena" (de caballos); tejo, palo encebado, corte de leña, campeonatos de boga (regatas), natación, etc., en una suerte de celebración del 18 de septiembre extendido. La institucionalización de estas prácticas festivas veraniegas, tuvieron una importante acogida en las comunidades, convirtiéndose en un espejo a la vez que patriótico, exótico tanto para la región como para el resto del país. Así lo atestiguan diversos informes de la prensa provincial¹⁹³ y nacional¹⁹⁴ durante casi toda la década de 1980, reapareciendo un Chaihuín "saneado" en el concierto público después del bullado caso de la escuela de Guerrillas (Cfr. Diario 24 Horas del 20 enero de 1983, "Chaihuín: la Caleta del Tesoro). La Liga Campesina como el resto de competiciones de comparsa, tienen continuidad hasta los días de hoy, aunque con importantes modificaciones, como la superación -en parte- del sucursalismo que el Municipio de Corral mantenía con las comunidades de su entorno rural, financiando la celebración en cada comunidad de su propia "semana".

Pese a que el conjunto de estas actividades da continuidad a los circuitos transcomunitarios abiertos primero por la práctica de la chueca y, en forma posterior, por los propios clubes de fútbol en la década de los 40', estos se engrosan, sirviendo de expresión a la nueva

¹⁹³ Desde su nacimiento, el conjunto de estas actividades había tenido cobertura por los medios de comunicación escrita de la provincia, como en el Diario Austral de Valdivia y el periódico 24 Horas. En el primero, el día miércoles 19 de enero de 1983, se anuncia "Regatas rurales por primera vez en Corral". En tanto el Diario 24 Horas, del mismo día 19, anuncia "Chaihuín y Huiro clasificados en regatas rurales: Corral".

¹⁹⁴ Al respecto, el periódico santiaguino La Tercera en su edición del día 30 de enero de 1985 titula en su interior "Regatas y carreras a la Chilena en la Semana Corraleña". Preside la nota escrita, una fotografía de un muchacho montando un caballo en la propia localidad de Chaihuín, en la que se realiza la competencia. Más abajo, en el cuerpo textual, se señala: "'Fue una linda fiesta campesina', dijo Juan Carlos Henríquez, joven corraleño que dio a conocer los resultados a LA TERCERA".

construcción de la soltería y juventud, conformada en torno a los transformados referentes socioculturales y materiales.

Estos espacios intracomunitarios situados en el entorno rural -aunque con una interdependencia urbana explícita con la Semana Corraleña- conviven con otro frente de expresión de la soltería, el que modela y cristaliza en muchos casos, una emergente identidad juvenil propia del mundo urbano. Este espacio se sitúa en la urbe de Corral, pueblo que desde fines de la década de los 70' comienza a experimentar un acusada transformación en destino turístico debido a la presencia de los fuertes hispanos que datan de la Conquista y de sus playas cercanas que sirven de balneario. Este proceso de reconversión hacia el turismo derivada de las crisis industrial y portuaria provocada por el sismo, se decantará en la organización por parte del Municipio de la citada "Semana Corraleña"¹⁹⁵ en plena época estival que, junto a la inversión local de los pequeños y medianos comerciantes, abrirán una incipiente industria del ocio que se suma a los innumerables bares y fuentes de soda que pueblan la urbe para recibir y saciar la sed de los pescadores y mariscadores que vienen a vender sus productos semanalmente. De este modo, Corral inicia un nuevo ciclo de imantación de "cabros" y "cabras" solteros/as, esta vez, en forma más numerosa y propiciada por la oferta de ocio y esparcimiento, progresivamente segmentado y dirigido hacia estos actores.

Los capitales culturales que disemina la sociedad urbana a través de la escuela no sólo permean los modos de apreciar el papel de la educación como recurso de "futuro", sino también, introduce nuevos atributos ideacionales del ser "niño", "joven" o "adulto"; contenidos que circulan en las nuevas generaciones como un cercano referente que choca con su realidad "pescadora y campesina". Es un momento en que las primeras señales de la expansión y diversificación de las culturas juveniles comienzan a recorrer el país a través de los medios de comunicación de masas, particularmente a través de la radio y las revistas. Por tanto, estos contenidos culturales transmitidos por la escuela se refuerzan.

¹⁹⁵ La Semana Corraleña con las características que conserva hasta ahora, data desde principios de la década de los 80', período en que alcanza un gran impacto comunitario que se refleja anualmente en la prensa (ver anexos). Su origen, sin embargo, data de la década de los 50', con la celebración anual de la toma de Corral por parte del ejército chileno. La prensa de la época consigna estas celebraciones bajo el rótulo de "Fiestas del Mar" (Cfr. El Correo de Valdivia, viernes 16 de enero de 1953). En este sentido Elías Maripán relata: "(...) Antes del Golpe había fiesta en Corral, porque me acuerdo cuando hicieron la [recreación histórica] de la Toma de Corral [por parte del ejército Chileno]. Me acuerdo que ahí fue toda la gente a mirar. Así es que primero se celebraba la Toma de Corral, que se celebraba sólo un día. Pero después le dieron como una semana y de ahí fue la Semana Corraleña. Después del Golpe todavía siguió la celebración de la Toma de Corral y después empezó la Semana Corraleña (...)".

Quizás el primer enfrentamiento con las categorías occidentales y urbanas de la identidad y condición juvenil industrial se presente en esta generación. Los flujos enculturizadores y comunicativos transmitidos por la escuela y los medios de comunicación de masas, junto a los nuevos espacios exclusivamente juveniles abiertos en las urbes cercanas de Corral y Valdivia, construyen nuevos referentes para concebir "lo juvenil". Los derroteros vitales comienzan a ser interferidos paulatinamente por este imaginario desde mediados de la década de los 60' con la proliferación del mercado juvenil a través de las revistas y producciones musicales. En un proceso lento, esta generación se relaciona progresivamente con estos bienes simbólicos, los que modelan un ideal de juventud que al ser contrastado con sus "realidades" difiere notablemente. En un primer momento, estos referentes subyacen como trasfondo ideacional - en el imaginario y la palabra-, para paulatinamente encarnarse en algunos actores, aunque brevemente.

La circulación de los bienes simbólicos de una emergente cultura juvenil comienza a penetrar en los núcleos urbanos y, a través de ellos, en los rurales. La radio, que inicia su masificación en la década de lo 50', alcanza los más recónditos lugares del país. En Chaihuín, este medio de comunicación de masas tiene una importante presencia desde la mitad de la década de los 60'¹⁹⁶. De hecho, el Golpe de Estado de 1973 fue anunciado a los habitantes por este medio. La moda y el mercado construyen un imaginario juvenil que se extiende gradualmente por todo el territorio, performando las identidades de los miembros solteros de las comunidades donde este imaginario recae, elaborando el prototipo del y la "joven" a imagen y semejanza del mundo occidental y urbano.

En una compleja dinámica de resistencia y apropiación cultural, las nuevas generaciones buscan un reacomodo entre lo propio y lo ajeno; lo sancionado y lo desconocido; el aquí (la comunidad) y el allá (la urbe), proceso que tendrá continuidad hasta nuestros días. Si el vals y la cueca, fueron las expresiones musicales gravitantes del ocio y holganza festiva de la anterior generación y, en conjunto, representan un equilibrio identitario entre el ser "campesino" o "huaso" (cueca) y cierto "cosmopolitismo criollo" (vals), en las nuevas generaciones se plantean, al menos, una triada de manifestaciones musicales que inclinan la balanza hacia esta última categoría (cosmopolitismo).

¹⁹⁶ Al respecto, un integrante de la generación anterior, Heraldo González, no dice: "Desde los tiempos de Frei padre tuvimos radio, como en 1963. Ahí escuché al Pollo Fuentes. Me gustaba mucho escuchar sus canciones. Después, como en 1970, uno de mis cantantes favoritos fue Víctor Jara, tenía una música y unas canciones que me emocionaban. Pero con el trabajo no tenía mucho tiempo de escucharlas. Con la pesca andaba el día entero, a veces dos o tres días fuera de la casa, así es que no escuchaba noticias ni música".

Si el vals vernacularizado es un ejemplo del incipiente contacto cultural con la urbe a través de los discos y sus victrolas, el Corrido o Ranchera mexicana, es la primera expresión musical diseminada por la programación radial segmentada y los nuevos *longplay* escuchados en tocadiscos a baterías, que impactan masivamente a las comunidades rurales, denotando una interconexión cultural cada vez más acusada entre ambos mundos.

“Entonces llevaban tocadiscos chiquititos, a pila [baterías], porque no había electricidad. Se tocaban los *longplay* que le llamaban... Pero era tanto el bullicio de la gente que una cosa de esas no se escuchaba nada. Se escuchaba de primera, cuando uno estaba relajado, tomando sus copetes por ahí. Pero cuando llegaba toda la gente, el grupo, no sonaba nada. Así es que los viejos eran inteligentes y tocaban guitarras, acordeón y la misma gente ayudaba a cantar; bailaba y ayudaba a cantar. Se empezaba con un corrido mexicano conocido de los demás y cuando estaban medios *entonaditos*, bailaban y cantaban todos”. (Elías Maripán)¹⁹⁷.

De origen mexicano y rural, el Corrido como la Ranchera -géneros narrativos y folklóricos derivados del romance español- llegan a Chile en los años 30' y tienen su apogeo desde fines de ésta década al ser difundido por la emergente industria discográfica y cinematográfica¹⁹⁸, perdiendo parte de su carácter épico alcanzado en la revolución mexicana. La estilización del Corrido por el cine masifica esta expresión, siendo adoptado primero por los habitantes de las zonas periféricas de las grandes ciudades -las que, en su mayoría, eran de origen rural-, y situándose decididamente entre los campesinos desde mediados de los 50', quedando "atrapado" hasta nuestros días en el cancionero del mundo rural como una manifestación propia, con innumerables conjuntos de mariachis, charros/as solistas y un mercado especializado rentable y amplísimo, aunque sumergido promocionalmente¹⁹⁹. De ritmo festivo, es un baile de parejas en que el varón toma de la cintura a la mujer y ésta la espalda del hombre, manteniendo un constante bamboleo avanzando y retrocediendo al compás de la

¹⁹⁷ Baltasar Triviños, integrante de la generación anterior relata: “Después del sismo llegaron los tocadiscos a pila [batería], llegaron todas las cosas. Yo me compré un tocadiscos. Aquí solía tener los días domingos amontonada a la juventud donde tocábamos discos, admirados, no es que esos eran a pila... Todavía tengo ese tocadiscos a pila”.

¹⁹⁸ Ver en anexos anuncios aparecidos en el periódico el Correo de Valdivia sobre films y conciertos musicales de música mexicana. Estos anuncios se suceden con fuerza en el citado medio por más de tres décadas (Ver en anexos “Cervantes Hoy: Rancherita del Carmen”, El Correo de Valdivia, 22 de abril de 1938). Su revitalización en la década de los 70' y 80' queda registrado en el éxito que tienen los grupos “Reales del Valle” o “los Hermanos del Campo” en la Semana Corraleña (Cfr. Diario Austral 1 de febrero de 1983).

¹⁹⁹ Señal de su supervivencia, se encuentra en el "Festival del Cantar Mexicano Guadalupe del Carmen", que se realizan en Chanco (VII region) y las noticias del mercado musical que, por ejemplo, en la edición del periódico Las Últimas Noticias del lunes 19 de mayo de 2003 anuncia: "Industria de rancheras se revitaliza con éxito de María José Quintanilla", última de las cantantes de una vasta saga de artistas de este estilo que se suceden desde la década de los 50'.

música. Muchas de las temáticas de las letras (amorosas, heroicas o humorísticas), remiten al mundo campesino. Igualmente, algunas versiones son más cadenciosas, asemejándose al vals -de allí el nombre de vals ranchero-, con un fuerte componente melodramático. Este ritmo, tiene una presencia tímida en los últimos años vividos por la anterior generación, transportado por aquellos miembros que tuvieron un contacto asiduo con el Corral industrial y portuario. Sin embargo, se asienta definitivamente en gran parte de la presente generación con la expansión de la radio. Su transitar es paulatino, pero resuelto, convirtiéndose en la música incidental festiva y emotiva de la mayoría de los miembros de esta generación hasta la aparición simultánea de otros compases y estilos, como las baladas románticas de la Nueva Ola, las cumbias y, casi al final, el Pop-Rock. Estilos y ritmos que, en conjunto, pugnaron por disputar las preferencias de la juventud tanto rural como urbana. En el caso del corrido, su eficacia se restringe un poco al aparecer los últimos ritmos de la Nueva Ola y el Pop, que como bienes simbólicos dirigidos específicamente a la juventud, la interpelan e identifican más directamente.

No obstante, la música ranchera sufrirá una importante revitalización en los años 70', a partir de su "chilenización rural". Esta apropiación emerge con fuerza a partir de la formación de agrupaciones en el sur de Chile que combinan la tradición netamente mexicana con otros ritmos, como la cumbia acústica, producto del cual surgen numerosos conjuntos de rancheras y "cumbias rancheras" que desde el sur, se diseminan por el país, como "Los Reales del Valle". La historia de vida de Elías Maripán es crucial en este sentido. Partícipe de este resurgimiento y apropiación creativa de la música ranchera (de hecho él es intérprete de estos ritmos), nos hace una "genealogía" del Corrido y su impacto histórico en la comunidad:

"La ranchera era la música que existía en ese tiempo, la que se bailaba por los campos. Lo más que se bailaba era la música ranchera y la cueca. Se escuchaba a Antonio Aguilar; Miguel Aceves Mejías; Javier Solís. Las rancheras llegaban por intermedio de la radio, porque había programas de música mexicana. Eran radios portátiles; en ese tiempo no había casetes. Se escuchaba mucho el programa "la hora mexicana" en la radio Baquedano de Valdivia; también la radio Austral, La radio SAGO de Osorno y la Concordia de La Unión. La gente estaba acostumbrada, porque terminaba ese programa y ya sabían a qué hora daban mexicanos en la otra emisora y cambiaban. Así es que todo el día escuchaban los programas mexicanos. Yo tenía buen oído así es que se me quedaba todo grabado. Había otros rancheros más antiguos, con canciones como "jalisco, jalisco", "juan charrasqueado"... En las fiestas que había se tocaban corridos mexicanos y cumbias rancheras. En mi tiempo salieron las cumbias rancheras de los Reales del Valle que eran de aquí de esta zona, de Paillaco; también Los Luceros del Valle y Los Hermanos Bustos. Cuando me gané mi plata, encargaba unos cancioneros chiquititos, los "Musiqueros" se llamaban. Estamos hablando de los 70'... Yo tenía

una ruma de Musiqueros, los mandaba a encargar a Valdivia: mandaba dos guitarreadas y me los aprendía. (...) Los Corridos de mi tiempo son los de [el grupo] Reales del Valle. Los ídolos de nosotros, de la edad de nosotros, eran los Reales del Valle, que tocaban vales rancheras, cumbias rancheras y corridos. Todavía escuchamos sus canciones, todavía movimos el esqueleto cuando estamos medios medios [bebidos] (...)

Acá el Corrido mexicano empezó a pasar un poco de moda cuando llegó la nueva juventud, cuando empezó la gente a salir de aquí al pueblo, a la ciudad. La cumbia empezó a entrar, pero otro tipo de cumbia, que no era la ranchera, cumbias más tropicales; y también la música romántica. Ahí empezamos a escuchar el Festival [Internacional] de Viña [del Mar] por la radio, como el año 1975. Y ahí empezó a meterse la demás música, el rock latino, como en los años 80'. Empezó la gente a comprarse los discos, los casetes... Pero nunca se dejó de escuchar la música mexicana, siempre hay. (...) A los jóvenes de ahora no les gusta, si incluso no lo saben ni bailar. No sé cual será el motivo. Quizás los cabros estuvieron estudiando y se pillaron con otro tipo de ambiente y ahí se fue perdiendo lo del campo... Incluso algunos sabían bailar bien la cueca y se fueron al pueblo y no quieren bailar una cueca y eso que aquí se fueron instruidos de esta escuela, porque acá el profe es bueno pal' folklore. Pero cuando se van al Liceo a la ciudad, se acaba la Cueca.”. (**Elías Maripán, cursivas mías**).

“En ese tiempo se escuchaba lo mexicano. Las fiestas eran puras rancheras y Cuecas. Pero también se usaba el pantalón ancho, pata de elefante. También los vestidos largos. No se usaban poleras [camisetas], puras blusas”. (**Marcela Huala**).

En tanto, poco a poco los clandestinos comienzan a perder su eficacia aglutinadora de solteras y solteros en los tiempos de ocio, debido a la movilidad regular que implica la comercialización de los productos marítimos en las urbes, donde los buzos y pescadores aprovechan de disfrutar una mayor diversidad de sitios de esparcimiento, bienes simbólicos y mujeres, la mayoría provenientes del entorno rural. Ellas, como empleadas en el servicio doméstico aprovechan los fines de semana para compartir con ellos en los nuevos *locus* de juerga "juvenil".

Una década antes de que estos nuevos *locus* se impusieran en las urbes, el camino estaba siendo allanado por la extensión de la radio y las revistas musicales y cinematográficas mediatizadas por las urbes más grandes, como Valdivia. Estos medios irradian los nuevos referentes "del ser joven", popularizando las canciones y los íconos musicales del momento a todo el país. Los atrevidos y estrambóticos atuendos son consumidos por gran parte de esta generación, aunque su adopción, en la mayoría de los casos, no llegará a materializarse del todo. Las imágenes y sonidos transmitidos por los programas radiales y las recién creadas revistas juveniles conducen los estilos más tolerados por la sociedad adulta y las elites

político-económicas. De esta forma, la versión que arriba a las comunidades rurales de esta emergente cultura juvenil, es la de la Nueva Ola iberoamericana en su vertiente baladística romántica, siendo rechazados localmente aquellos estilos más contraculturales e "intraducibles", como el *rock and roll*. Lo mismo sucede en parte con otras versiones culturales juveniles, como la Nueva Canción Chilena, que por su reactividad y politización llegan a un universo menor de pobladores rurales, generalmente los más adultos y formados ideológicamente (ver al respecto historia de vida de Heraldo González). Cuestión relevante, debido a que el gran esfuerzo de la "Nueva Canción Chilena", fue justamente el redescubrimiento y exaltación del mundo campesino, en un empeño por reivindicar lo propio en oposición a la cultura imperialista, alienante y extranjerizante "impuesta" por Estados Unidos. La razón ciertamente estriba en la opción de la naciente industria cultural por sancionar los contenidos artísticos más comprometidos con el cambio y la revolución, parte del contexto más amplio en el cual se desenvuelve parte de esta generación (Cfr. con capítulo 4). Con todo, la "Nueva Ola", sus intérpretes y soportes mediáticos arriban a todos los destinos:

"Cuando era jovencita me gustaba Leo Dan y me gustaba leer las revistas en las que aparecía, 'Cine de amor'²⁰⁰ parece que se llamaba. Salían las letras de las canciones y dibujada las canciones, como en la revista Condorito [comix de humor]. También me gustaba Leonardo Fabio, que cantaba 'Hoy la vi'. También me gustaba la Guadalupe del Carmen²⁰¹ en ese tiempo, pero esa nunca salía en las revistas. Esa era mexicana. Esas revistas me gustaba leer. *Las revistas las conseguíamos entre amigos, porque aquí no llegaban. No faltaba quien la comprara. Los mismos chicos de acá iban a Valdivia y la compraban y ahí leíamos nosotros*". (María Ester González, cursivas mías).

"Los cantantes que me gustaban en ese tiempo eran Raphael de España, aunque en las fiestas ponían puras cumbias, como 'El Negro José' (...)". (Elisa Pérez).

Otro de los ritmos que acompañaron a esta generación, fue la cumbia, también llamada genéricamente "música tropical". Coexistente con la "Nueva Ola", se hace un hueco transversal en el gusto popular, llegando tanto a jóvenes como a adultos, hecho privativo para

²⁰⁰ La revista que leía doña María Ester González se llamaba "Cine Amor", y era una fotonovela poco conocida en la actualidad en comparación a otras dirigidas al público juvenil de la década de los 60', como "Ritmo de la Juventud" o "Ramona".

²⁰¹ En rigor, Guadalupe del Carmen era de Chanco, localidad campesina de la VII región, donde actualmente se celebra un festival de corridos y rancheras mexicanas en su honor. Tuvo una gran popularidad en el mundo rural en los años 60', pero estaba, como lo plantea el propio testimonio de María Ester González, ensombrecida por los ídolos juveniles urbanos, lo que impide su difusión en las revistas, vehiculos de la moda y lo moderno, representado por la ciudad.

los segmentados ritmos *nuevaoleros*. Estrictamente, la cumbia es una proyección en la década de los 60', 70' y 80' del mambo, la rumba y el chachachá nacidos en las décadas anteriores y cuyos máximos difusores fueron, entre otros, Xavier Cugat, Dámaso Pérez Prado y Orestes López. Su influencia -a partir del cine, discos y giras promocionales-, se hará sentir en la fundación de las primeras bandas de música tropical chilena, como *Huambaly* (y sus éxitos "corazón de melón" y "arroz con palitos"); *Los Peniques* y *Ritmo y Juventud* (Advis y González, 1994). Al promediar la década del 60', los ritmos tropicales que influyen en Chile se desplazan de Cuba a Colombia, apareciendo la cumbia como el compás y baile protagónico de muchas fiestas rurales (sobre todo en su versión "cumbia ranchera"), "malones" urbano-populares y esparcimiento de la bohemia nocturna en las salas de baile orquestadas. De este modo, a inicios de la década de los 70' proliferan en Chile bandas de cumbia, como *Banana 5*, *Sonora Palacios*, *Giolito y su Combo*; *Los Viking's 5*, entre muchas, cuyas composiciones siguen teniendo presencia en el imaginario de esta generación y cuya continuidad en el mundo rural y urbano-popular se presenta actualmente focalizada en el mercado juvenil, a partir de la llamada *cumbia sound*, *cumbia argentina* o *villera*, expresiones que veremos en el próximo capítulo.

La escenificación de este emergente imaginario juvenil se decanta en la moda. Un testimonio ejemplar nos brinda Elisa Pérez a partir del contraste con los usos y costumbres en el vestir de sus hijas. Su estadía en Corral como empleada doméstica supuso una integración efectiva a las señas distintivas de la industria cultural juvenil, llegando a usar los clásicos "pantalones pata de elefante" y el símbolo por antonomasia de la aparición de una cultura juvenil: el *bluyín*. Sustitutivo del vestido, se plantea como un símbolo juvenilizante y moralmente subversivo. Lo relevantes en su testimonio, sin embargo, es cómo administra el atuendo según el espacio en que se desenvuelve. En la urbe, abandona los signos de la moda juvenil, formalizando su vestimenta. Evidencia, quizás, de un intento de revetir el estigma "campesino" y "adolescente" uniformando su apariencia a las imágenes que interpreta correctas en el contexto ciudadano. De igual forma, la urbe imaginada como lugar de trabajo y oportunidades laborales, comporta la adopción de esta formalidad.

"Aunque todo lo que es 'moda', ha existido siempre. Mis hijas me dicen 'mami, un tremendo pantalón, que cosa más linda', y le digo que eso yo lo usé, los pantalones pata de elefante, y ahora les fascinan. A mí siempre me gustó usar *bluyines*, pero me gustaba usarlos arremangados, que se notara el revés del *bluyín*, ¡me encantaba! y las zapatillas deportivas también. Pero pa' ir a Corral me gustaba usar mis zapatos con taquito y faldita y comprarme

pantys. Pero nunca me pinté. Traté de pintarme, pero parece que toda la gente me andaba mirando". (**Elisa Pérez**).

Aunque alterna su vestir, Elisa es un claro ejemplo de los cambios acaecidos en la comunidad, en la que la vestimenta es una señal inequívoca. A la parquedad cromática y dura sanción del color y otras formas no prescritas del atavío masculino y femenino, se le opone la llegada de las telas sintéticas, los colores y el abandono del sombrero, símbolos de una generación que dialoga con más asiduidad con la ciudad y sus nuevos estilos de vida.

"Todo ese tiempo fue un cambio. Cuando empecé a trabajar y comprarme las cosas a la moda fue lo que más me llamó la atención. Comprarme mis zapatos y mi ropa me gustó, me encantó. Comprarme ropa a mi gusto, porque si yo pudiera comprarme ropa todos los días, la compro, porque soy fanática de la ropa. Fue un cambio grande que creo a todos les marca, porque nosotros conversamos con mis hermanas y les digo que eso es lo más que me gustó, salir de la casa a vivir como mujer otras cosas." (**Elisa Pérez**).

Más de una década después, Jacqueline Vera en su paso por Corral, experimentará los mismos fenómenos, proceso "juvenilizante" que, como se evidencia, es particularmente significativo en las mujeres, por su contacto prolongado como "nanas" con la urbe:

"En ese tiempo me acuerdo que la moda era de pantalones super apretados, no se usaba el pantalón ancho abajo, se usaba súper apretado. Las camisas igual, apretadas y zapatos sin tacos; después salió la onda del zapato con taco grueso, el pantalón ancho. Bueno, eso venía de antes igual, pero hubo un tiempo que no estuvo. En ese tiempo cuando yo empecé a salir ya no era así.

También me acuerdo de los *bluyines* deslavados que eran blancos con azul y también comenzaba [a usarse] el *bluyín* con bolsillos al lado. Los zapatos 'Plumas' también, bajitos y también el pantalón con la rodilla rajada se estaba viendo, la camisa ancha, todo eso. También me maquillaba, en ese tiempo parecía arbolito de pascua cuando salía, bien producida. El poco tiempo que estuve en Corral lo pasé bien, fueron como dos años y lo pasé super bien, carreté hartó. Me independicé demasiado, digo yo, porque después no volví nunca más a mi casa." (**Jacqueline Vera**).

Sin embargo, la elaboración de este imaginario "juvenilizante" a imagen y semejanza del mundo urbano tendrá, como decíamos, limitaciones importantes para materializarse en sus propias biografías. El pololeo, que operaba como extensor de la soltería y légamo para que se

fertilizara en ella el imaginario juvenil industrial, se interrumpe con el matrimonio. A su vez, muchos de los espacios y tiempos que, articulados con los bienes simbólicos generados por el mercado juvenil construyeron un nuevo imaginario en torno a las edades, estarán restringidos al juego frecuente del "adentro" (la comunidad) y el "afuera" (la urbe). Así, la "juventud" construida sobre el pololeo y coordinada por los espacios y tiempos de ocio y consumo de bienes simbólicos del mercado juvenil, se estrellan con otro elemento determinante: una vocación productiva que les obliga a permanecer en el entorno rural, donde estos espacios y tiempos "juveniles" están ausentes.

Más importante aún, es que no sólo están ausentes, sino que perduran en la comunidad los antiguos dispositivos, donde únicamente la soltería dominaba como expresión de transición a la adultez. A los clandestinos, ramadas y torneos, se agregan desde principios de la década de los 80' campeonatos y competencias estivales que reafirman la identidad rural-campesina, reactualizando los espacios de convivencia intergeneracional. De esta forma, es en esta generación en la que se plasmarán las primeras y, quizás, más agudas contradicciones en la construcción sociocultural de la edad: por una lado posfigurada -en términos de Margaret Mead (1990)- desde la localidad y los adultos, por otro, co-figurada cada vez con mayor intensidad por los pares ubicados en la urbe, la escuela y los emergentes medios de comunicación de masas.

El resultado de esta dinámica es la acusada "sensación" biográfica por parte de las mujeres y hombres de esta generación de haber vivido exiguamente su "juventud". Las razones son obvias: la instalación en el imaginario de otra soltería -"la juventud"-, que se ha cristalizado brevemente en el consumo y convivencia urbana. Las acotadas experiencias juvenilizantes sumadas a los medios de comunicación que esparcen dicha concepción del ser joven, permiten el establecimiento de la dicotomía con sus experiencias concretas más arraigadas. El resultado es la escasa posibilidad de gozar de esta nueva construcción, que situada en la holganza al interior de "lolotecas"²⁰², bares, fiestas mayores; moda y expresiones musicales, interpelan directamente su propia condición de "jóvenes". A esta sensación biográfica de una "breve juventud", se suman las relaciones sentimentales alternadas y más extensas, como el pololeo, y la liberación temporal del control moral y material por parte de la familia, las que se asocian indefectiblemente como un "buen", pero "corto" período.

²⁰² Espacio para fiestas juveniles. Ver más adelante.

La autopercepción se amplifica aún más, si dichas experiencias juveniles-urbanas tuvieron un papel relevante en la propia transición a la adultez y, sobre todo, adquiere forma sensible al ser cotejadas con el presente biográfico, donde las nuevas generaciones -muchos de ellos hijos e hijas de ésta generación- disponen de muchos más espacios y tiempos para vivir esta nueva "juventud", proceso que veremos más adelante. Como planteáramos en el apartado teórico-metodológico y siguiendo a Stolcke (1986), las piezas constitutivas del recuerdo que media entre la niñez y la adultez presentes en estos relatos, están moduladas fuertemente por el presente, el que da luz y elabora el pasado. Este fenómeno, es palpable y quizás mucho más explícito en esta cohorte generacional, la que opone su biografía a la de los actuales jóvenes.

En este sentido, y retomando la exigua "nueva juventud" vivenciada por estos actores, los testimonios que la configuran se centran en el espacio urbano, donde se ubican tanto los *locus* como los bienes culturales juveniles. Una forma maniquea de expresarlo, sería la siguiente: si en la ciudad se experimenta la "juventud", en el campo pervive la soltería. Aunque esta dicotomía retrata con más color algunas señas de esta generación, no es del todo cierto. En primer lugar, porque se niega a priori las interrelaciones entre campo-urbe, las perforaciones mutuas que caracterizan la dinámica rural-urbana. En segundo lugar, porque una categoría no necesariamente borra la otra. En efecto, en esta promoción de actores se plantea, más que en ninguna otra, una cohabitación identitaria. Es allí donde radica, por ejemplo, la diferencia fundamental con la anterior generación, la que también mantuvo lazos con la urbe y sus espacios de sociabilidad intrageneracional.

La generación que analizamos y que persiste actualmente como adulta en la comunidad de Chaihuín, alcanzó a internalizar y, en muchos casos, experimentar el nuevo imaginario juvenil forjado en las urbes. Pero junto a ello, continuó articulando su paso a la adultez en base a la soltería, por tanto el matrimonio o el emparejamiento seguía teniendo un papel gravitante en la definición de su período "juvenil". Esta supervivencia de la soltería se asienta, fundamentalmente, en la carencia de la propia comunidad de dispositivos y espacios institucionalizados de expresión juvenil tal como se concibe en términos urbano-occidentales, los que se encontraban temporalmente en los núcleos urbanos. Es sólo hasta fines de la década de los 90' que estos dispositivos aparecerán en Chaihuín y se densificarán en el etorno urbano, los que en conjunto, exterminarán la soltería como categoría identitaria relevante. Es por ello que en la generación que nos ocupa, la soltería se presenta mutada, transformada internamente, mas no caduca.

Pero detengámonos en algunos relatos de esta generación para ilustrar las interpretaciones anteriormente expuestas. Eduardo emigró por cerca de dos meses al pueblo de Corral para realizar un curso de buceo. En tales circunstancias tuvo la oportunidad de vivir brevemente esta identidad "juvenil urbana" tanto en Lolotecas, como en los antiguos espacios de ocio y esparcimiento propio de la adultez y soltería en el mundo rural: bares, pensiones y fuentes de soda. En este contexto, Eduardo prácticamente se inició a la vida "juvenil": aprendió a "tomar"; el dinero que ganaba pudo gastarlo sólo para su autosubsistencia y comenzó a tener asiduas experiencias sentimentales:

"El curso duró un mes y medio... Ni me acuerdo el nombre del profe. ¡Ahí aprendí a tomar! Con un hijo de mi tía, que no es hijo del tío que tengo, es un hijo que tuvo por fuera, un descuido, según dicen las mujeres. Total que con ese loco estuvimos trabajando y yo me llevé el equipo de mi tío pa' allá, pa' tener plata todos los días. Empezamos a salir y me dijo '¿vamos a tomarnos una cerveza?'. Con la primera cerveza que me tomé, me curé raja, no supe cómo llegué a la pensión donde estábamos. Al otro día se me descompuso el estómago, me estaba muriendo y mi primo me dijo 'Eduardo hueón, tómate una cerveza pa' que se te pase'. Me tomé una cerveza, y me curé de nuevo. Tenía como 17 años, en el año 86', porque ahí aprendí a tomar. En Corral siempre con este loco andábamos detrás de las minas y salíamos. Íbamos al 'Español', un restaurant que había antes en Corral y que estaba en la plaza. Trabajábamos todo el día y la plata la gastábamos en la noche. Como teníamos clases día por medio, pagábamos la pensión y en la noche andábamos detrás de las minas. Terminábamos en 'El Español', que era de nosotros, porque llegábamos como dueños a carretear...". (**Eduardo Delgado**).

En estas circunstancias asiste a las recién estrenada Loloteca, espacio de fiesta exclusivamente juvenil que funcionaba en una de las Compañías de Bomberos, donde antaño se hacían sólo fiestas adultas o intergeneracionales (ver el caso de Pascual Antillanca en capítulo anterior). El propio apelativo de "loloteca", con el que se conocen estos espacios etáreamente compartimentados, remarca la distinción de las edades, como un rótulo que visibiliza y dota de existencia a esa nueva categoría identitaria: *lolo* (joven, muchacho) y *teca* (de discoteca). Aunque estos espacios de esparcimiento y relación intrageneracional, no tenían las características de las actuales *discos* presentes en Corral (construidas, habilitadas, y regentadas específicamente para ese fin), las lolotecas son un paso intermedio -una suerte de "protodiscotecas"-, en el que se alquila un espacio y se decora siguiendo las pautas de las discotecas de las metrópolis y urbes más densas y sofisticadas:

“(…) También íbamos a la 'Loloteca', un lugar donde hacían bailes los fines de semana. Tocaban pura música en inglés, uno no entendía nada, seguía el puro ritmo no más. La 'Loloteca' la hacían en la 2º Compañía de Bomberos de Corral. Allí nos íbamos con los amigos, a escuchar música, a cantar, a bailar. *Llegaba pura juventud, puros cabros. El primer día salimos mareados de adentro, porque era oscuro y tenía de esas luces que van y vienen y dan vueltas. De ahí nos volvimos pa' Chaihuín casi alcoholizados tanto salir a carretear, es que carreteábamos todas las noches.*

(…) Pero yo no era muy amante de la 'Loloteca', es que la música ahí siempre fue volá' y uno no podía pedir la música, la ponían unos locos y había que escuchar lo que ponían no más. Más me gustaba andar carreteando en el 'Español'. *Llegaban minas ahí, tomábamos y como ganábamos plata todos los días y éramos solteros con este otro loco ¡la hacíamos linda! Invitábamos a cualquier mina y les empezábamos a mentir...*

Así es que terminábamos más en el 'Español', porque además a mí me gustaban las cumbias y la música romántica. Siempre me ha gustado la música romántica, me gustaba Leonardo Fabio y Adamo y lo escuchábamos ahí, en el 'Español'. A veces llegaba un loco con su guitarra que cantaba igual que Fabio, así es que le poníamos una botella de pisco y le decíamos que cantara”.
(Eduardo Delgado, cursivas mías).

"(…) Ahí salíamos y donde había fiesta estábamos, porque normalmente íbamos a una fiesta o a un bingo, y pa' los 18 de septiembre, a las ramadas. Todavía no había llegado la discoteca, así es que eran puros bailes. Ahí escuchábamos cumbias más que nada, cumbias antiguas, sin tecno. El grupo 'Los Continentales' en ese tiempo eran famosísimos. Todavía no llegaba la Cumbia Argentina tampoco. Era pura música envasada. En vivo era más en los *shows*, que de repente se veía música en vivo. Para la Semana Corraleña ahí había música en vivo, había orquesta y ahí solíamos estar. Eran de amanecida las fiestas, hasta que los carabineros decían 'basta, no más'".
(Danilo González).

Estos testimonios son particularmente valiosos, puesto que representan dentro de las nuevas relaciones campo-urbe, las primeras experiencias identitarias juveniles de nuevo cuño (generadas y signadas por el mercado juvenil) que, aunque deslocalizadas del espacio rural, afectan significativamente a sus miembros. El choque cultural de los andamiajes simbólicos que conforman el prototipo de lo "juvenil" en uno y otro espacio, será experimentado acusadamente por esta generación. De allí la cohabitación identitaria, entre una soltería transformada a la que Eduardo se pliega escuchando cumbias y canciones románticas en la fuente de soda El Español -lugar sentido como propio y que es parte de la red de bares y restaurantes de pescadores y buzos provenientes del entrono rural-; y una juventud-urbana emergente, que se expresa de forma incipiente en las lolotecas con "las luces que van y

vienen". Estas diferencias son percibidas por las y los jóvenes de Corral, quienes por relaciones de oposición, hacen re-emergir en esta generación la autopercepción de "jóvenes de campo":

"Bailábamos harto, molestábamos a las chicas, no nos pescaba nadie eso sí. No sé, es que nosotros éramos más acampesinaos. Los de Corral por lo menos siempre iban a las fiestas, nosotros en Chaihuín no poh, los torneos y nada más y se tocaba pura cumbia y mexicanos. Nos pintiábamos normal, bluyines, zapatos o zapatillas, chaqueta, pero ellos cachaban que éramos más del campo. Corral es tan chiquitito que se conoce toda la gente y cuando los de acá van pa' allá los cachan al tiro, los conocen. Además que en ese tiempo la gente era más acampesinada aquí en Chaihuín". (Eduardo Delgado, cursivas mías).

Un caso similar, ocurre con Danilo González, quien por motivos familiares abandonó Chaihuín temporalmente para irse a la ciudad de Puerto Montt. El extrañamiento, en su caso, es doble. Su conversión "juvenil urbana", aunque temporal, es intensa, debido a que participa como líder y activamente en los contornos celebratorios de la Semana Corraleña, donde se realizan Bingos y recitales de grupos musicales en vivo:

"Fue un cambio. En Puerto Montt yo era el chico del campo. Casi nunca fui aceptado en Pto. Montt, eran bien pocos los amigos que tenía. Era muy tranquilo, casi siempre estaba en la casa, todavía me sé las películas completas, porque lo que más veía era la tele. Y aquí cuando llegué, era el chico de la ciudad. Pero no llegué distinto, yo creo que llegué igual. Pero aquí el cambio lo hicieron mis propios primos o amigos, porque me empezaron a ver como líder, porque era el que venía de la ciudad. En ese tiempo todos querían salir, ir a divertirse a la ciudad, o sea a Corral en este caso, y querían tener como un líder, una persona que había estado siempre en las discos y cosas así, cosa que nunca hacía eso yo en Puerto Montt. Entonces como que aquí yo me creí un poco el cuento y lo seguí. Tres años estuvimos en eso. Estamos hablando entre el año 86 y el 89'. Íbamos a Corral, no nos perdíamos ningún bingo que había, las Semanas Corraleñas las pasábamos allá, ganábamos plata para eso. Nos íbamos siempre por mar, porque en ese tiempo no había bus. Así es que lo que duraba el asunto nos quedábamos. Había una pensión que era famosísima para nosotros, que era la señora "Alda" en Corral. Esa está al lado de el "Español" ahora. Tiene el número 13 la casa, esa era nuestra casa de batalla". (Danilo González, cursivas mías).

El relato de vida de Jacqueline Vera es igualmente importante. Miembro menor de esta generación -casi a medio camino entre ésta y la siguiente-, testimonia desde la perspectiva

femenina, los cambios producidos en su formación identitaria rural al llegar a Corral como empleada doméstica. En este trance, Jacqueline forja una identidad juvenil urbana, antes que rural, proceso que detalla con claridad a partir de sus relaciones intrageneracionales y los espacios de sociabilidad juvenil que operan en Corral, como las fiestas de amigas, amigos, la plaza y las "protodiscotecas":

"En Corral conocí amigas y amigos. Ahí empecé a conocer otras amistades y actuar de otra manera porque ellos no tenían la misma manera de actuar de las personas de acá del campo. Se notaba en su manera de ser, que era más como si tenían que hacer algo, lo hacían, no se limitaban y eso era lo que me molestaba a mí... Pero nunca se los demostré, porque sino me iban a decir 'uta que eris hueona'. Pero nunca se lo di a saber, *así que me adapté a todos*.

Cambié hartó, empecé a desinhibirme más, a fumar, a actuar como más liberal. Por ejemplo, si me decían "vamos a una fiesta", de primera como que tenía un poco de miedo porque decía 'no conozco a la gente, no conozco a los tipos, no sé como será, de repente se curan'. *Pero si yo hubiera seguido pensando así quizás no lo hubiera gozado, así que dije 'vamos' y empecé a aceptar [las invitaciones] y lo pasé bien, súper bien, porque no fue nada terrible*.

(...) Y así era, hacíamos cumpleaños, comprábamos algo, bailábamos y lo pasábamos bien. En casa de amigos hacíamos fiestas o a veces en otras casas se armaba una fiesta y había que pagar una entrada que no era más de 200 pesos y ahí íbamos nosotros. En ese tiempo no había discotheque en Corral, así que también íbamos a la plaza, a las fiestas que se hacían en Amargos, a pasear. Habían grupos, pero al final hacían todos lo mismo. A veces se juntaban en la plaza a fumar un cigarro, con la misma idea de ir a la fiesta, de andar pinchando, pero eran distintos grupos. Por ejemplo, nosotros éramos un grupo de chicas, normalmente siempre andábamos mujeres, casi no con hombres. Habían otros grupos que la mitad eran ellas y los otros hombres eran sus pololos, pero nosotros nunca anduvimos con chicos. Habían otros chicos que les gustaba amanecerse con su trago en la plaza, con su pisquito con bebida. Nosotros no éramos de esa onda, porque éramos más mujeres, si hubiesen sido más hombres ahí hubiese habido más trago y cosas así". (**Jacqueline Vera, cursivas mías**).

Jacqueline, es un eslabón generacional. Pobladora de Chaihuín y con un hijo pequeño, su biografía se reparte entre una niñez guarnecida de "ruralidad" y una soltería cargada de "juventud", en la que se deposita un repertorio extenso de adscripciones juveniles urbanas, pudiendo distinguir, a partir de un ojo entrenado, las diferentes épocas y estilos juveniles. Un cambio que, con claridad, prologa a la próxima generación:

"En esa época ya habían pasado de moda Los Prisioneros y Soda Stereo. Todo eso había pasado de moda, aunque yo alcancé a agarrar algo de eso allá en Huape. Pero la música que estaba de moda en ese tiempo era música como onda disco o tecno, ya estaba el tecno en ese tiempo. Ya

había pasado de moda la música mexicana, ya no se escuchaba en Corral, por lo menos esas fiestas que íbamos nosotros no se escuchaba mexicano, se escuchaba tecno, de repente una que otra cumbia, no tan modernas como las de ahora, pero se escuchaba cumbia también, pero era más tecno, más calmado que el de ahora, pero tecno. También se bailaba rap en las fiestas, pero nunca me gustó. Algunos bailaban harto rap, pero igual eran más hombres, porque el rap es más como para más hombres, ellos le hacían más a eso.

El que me gustaba a mi era Elton John. Siempre me ha gustado la música de Elton John, la encuentro tan bonita. Y de los latinos, José Luis Perales no lo cambio por nada. Me pueden gustar otros cantantes y todo, pero siempre me fijo en él. Es que yo soy así, me gusta algo, pero me puede gustar otra cosa y siempre me quedo con lo que me gusta más. De siempre José Luis Perales, no sé por qué siempre me ha gustado. Me gusta su voz. Y de siempre me ha gustado Elton John. De los actores el que me gustó harto fue Superman. Fue el actor que siempre me ha gustado, hasta los días de hoy... Yo no soy cambiante. Otro cantante que me gustaba era Armando Manzanero”. (**Jacqueline Vera**).

6. Ser Joven Después de Vieja. La "otra" juventud: Adulterez y Regresión Biográfica.

Como los adelantáramos, podemos comprender muchos de los relatos de vida de esta generación, cargados, más que de añoranzas, de un resentimiento por la imposibilidad de prolongar las experiencias de un imaginario juvenil modelado por la urbe. Este sentimiento, en la anterior generación (1935-1960) se da como un contraste sólo **percibido** en relación a las y los jóvenes actuales (1990-2003, muchos de ellos sus nietos y bisnietos), pero **escasamente experimentado**, debido entre otras cosas, a la obvia inexistencia al interior de la comunidad de esta concepción y construcción sociocultural sobre lo juvenil, elaboración que sólo desde fines de la los 60' comienza a instalarse en el imaginario de sus pobladores. Por ello, la primera generación no evidencia "resentimiento", ni *saudade*: sólo se añora lo que se ha tenido. Esta aflicción, aparece en muchos testimonios, los que expondremos a continuación.

Una de las características fundamentales en esta generación es la interrupción del pololeo y la naciente y exigua "juventud" debido al nacimiento de un bebé. Pese a que las relaciones sexuales prematrimoniales estaban más toleradas y el contacto urbano había relajado la moral y las costumbres, la adopción de los métodos anticonceptivos -bastión de la emancipación

femenina en la sociedad urbana desde los años 60'- no llegan a fraguarse en esta generación. Por tanto, el emparejamiento formal, ya por casamiento o por convivencia, se precipita con la descendencia, para conformar una nueva unidad doméstica.

El flujo migratorio se completa, para los casos femeninos, en la vuelta al espacio rural (su propia comunidad o alguna vecina), "enganchada" por su cónyuge. Un gran segmento de muchachos y muchachas de esta generación que se unirán y que residirán en Chaihuín, pertenecen a localidades rurales del entorno de Corral, pero diferentes. No sólo el mayor contacto rural-urbano se acentúa, sino también el interrural, en la medida en que los núcleos urbanos -cada vez más frecuentados- sirven de espacios vinculantes, clásicamente entre las empleadas domésticas y los jóvenes buzos mariscadores.

Esta movilidad, refuerza la exogamia, que se corporeiza en la procedencia de las mujeres en la recién formada unidad doméstica. Como tradicionalmente el tipo de norma residencial es patrilocal, es la mujer la que se traslada desde su comunidad rural de origen, en un principio a la vivienda de los padres de ego, para en forma posterior -y como antaño-, ubicarse en una nueva vivienda en el predio familiar del cónyuge. Pese a que esta dinámica se hace común en esta generación -de ahí la alta procedencia de mujeres fuera de los márgenes de la propia comunidad de Chaihuín, aunque dentro del Distrito, como Huape, Cadillal y Huiro-, lo cierto es que la disponibilidad de tierras y la posibilidad para integrarse a una explotación pesquera-mariscadora, alteran muchas veces la norma residencial. Esto es particularmente importante cuando la economía doméstica tiene una fuerte dependencia con las labores agropecuarias, las que continúan ejerciéndose en algunas localidades interiores del Distrito, como Cadillal. Los relatos sobre la formación de la unidad doméstica no difieren mucho con la anterior generación, aunque como decíamos, el peso de la nueva vocación productiva de los habitantes será gravitante en la elección de la residencia:

"Pasamos un año pololeando y ahí me la traje. Me acuerdo que estuvimos en mi casa y mi papá me pasó una pieza. Allí estuve poquito tiempo, como dos meses, porque mi idea era juntarme con ella, juntar madera y pa' hacer esta casa. Yo tenía 28 años y ella 26 y ahí empezamos a luchar los dos. Mi papá nunca se opuso, siempre me ayudó, pero siempre me dijo que lo importante es que viviera solo, que me hiciera una casita, aunque fuese una rancho, que él me iba a dar posada por un tiempo, pero no pa' toda la vida. El no quería que se armaran problemas con su nuera y me lo advirtió de antemano, porque siempre ocurre así. Es difícil llevarse con la nuera y sobretodo con la suegra, siempre hay problemas, por cualquier roce. Entonces me apuré más en hacer la casa. La hicimos, la tinglamos afuera, la techamos, nos vinimos y ahí la fuimos terminando de a poco.

El papá de ella era medio mañoso, complicado, porque no me tenía mucha confianza. Ella se vino conmigo contra la voluntad del papá. Pero al final vio que yo era una persona responsable y después solito empezó a llegar aquí. Ahora soy el yerno más querido pa' él. Todos los años pal' año nuevo lo voy a buscar y al otro día lo voy a dejar. Nos llevamos bien, no ha habido problemas". (**Juvenal Triviños**).

"Nosotros nos juntamos en 1964. Mi marido se vino de Huape porque era mejor para trabajar acá. Se compró una máquina y vino con un cuñado a trabajar". (**María Ester González**).

"Después me vine a Chaihuín a casarme, el año 1993. Nos casamos por el [registro] civil en Corral y mi matrimonio fue bien simplecito. De ahí estuvimos 11 meses en la casa del abuelo y comenzamos a hacer esta casa y nos trasladamos. Tuve la suerte de conocer un montón de partes, pero no encontré ninguna parte que sea tan bonita como aquí. Puerto Montt no me gustó(...). Así es que vivimos con el abuelo y demoramos 11 meses pa' tener lista la casa y poder cambiarnos. Apenas nos casamos comenzamos a construirla. No teníamos nada". (**Danilo González**).

Relevante también, en cuanto a la decisión del "emparejamiento", es la prescripción por parte de la familia de origen de la "novia" en la consecución de la homogamia, en la que relucen las diferencias socioculturales entre la urbe y el campo, cuestión menos visible en la anterior generación debido a que las uniones comprometían a los miembros de la propia comunidad, donde preexistía cierta igualdad en las condiciones económicas y socioculturales.

"Mi papá no quería que me fuera con mi marido porque me decía que era indio. Y también porque yo creo que era mal mirada la gente que vivía a la orilla del mar, no sé, porque eran pescadores y antes decían que los pescadores andaban a pata pelá no más. Bueno, mi papi me retó y me pegó cuando mi marido le dijo que se iba conmigo. Me acuerdo que fuimos al cementerio a pasar las penas, porque no tenía otra parte donde llevarlo. Al otro día, yo arreglé mis cosas y me fui de la casa.

Así es que no salí a la buena de la casa, porque además, cuando yo me junté a vivir con mi marido tenía seis meses de embarazo y con mi papi estuvimos como tres meses enojados. Esa primera guagüita que tuve se me murió, entonces el primero que llegó a verme fue él y lloró, yo también, porque no nos hablábamos, y ahí quedamos de buena otra vez y nunca más rompimos relaciones, lo cuidé hasta el día de su muerte". (**Elisa Pérez, cursivas mías**).

La formación de la identidad adulta, como proceso relacional, depende tanto del propio trance del y la soltera/o, como de la "mirada" externa que de él o de ella se tiene. La superación de la soltería retoma su papel relevante como articuladora del ser hombre y mujer adulta/o una vez producido el emparejamiento o unión marital. Bajo estas coordenadas los

habitantes mayores de la comunidad siguen regulando y pautando el paso a la adultez de la presente generación. Por ello, podemos encontrar los siguientes testimonios:

"Mi padre me vino recién a mirar como hombre cuando me casé. Porque aunque trabajábamos y traía mercadería, eso era normal no más. Claro que él se alegraba cuando nos iba bien en la pesca, porque él ya era viejo, ya no trabajaba, trabajaba digamos en las cosas de la casa no más, vendía corderos y vendía licor, pero más controlado. Después cuando yo salí de la casa empezó otra vez el clandestinaje fuerte. Cuando yo estaba en la casa siempre lo reprendía porque a veces se armaban peleas... A combos no más peleaban los viejos, la misma gente de aquí, los Maripanes que venían más, esa gente era la que nos visitaba más. Así es que cuando veía el clandestinaje, me salía, me iba pa' otro lugar (...) Pero recién, cuando tenía como 30 años, ahí tomé [alcohol] delante de él. Es que ahí noté un cambio, al estar casado yo". (**Sergio Leal**).

Es bajo estas condicionantes que la soltería y la exigua juventud forjada al calor del imaginario y la experimentación del ocio urbano, produce resentimiento. Un resquemor biográfico de haber disfrutado escasamente la "juventud". La formación temprana de una familia y el regreso a una todavía mayor responsabilidad laboral para el mantenimiento de la nueva unidad doméstica, hacen de este breve tránsito juvenil algo anhelado por su escasa duración. Un caso ilustrativo es el de Eduardo:

"Y ahí mismo empecé a pololear con mi ex esposa, Griselda, que por coincidencia, era prima de la Pilar. La dejé embarazada cuando yo tenía como 18 años (...). Dejé embarazada a Griselda y me fui a vivir con ella a la casa de mi suegra. Mi suegra era sorda y muda a si es que no me costó tanto. La vieja me tenía buena, me daba la pasada, nunca me decía ninguna cosa, con el dedo me decía "no", pero por broma. *Así es que pienso que no disfruté mi juventud. Pienso que sólo la viví cuando hice el curso de buzo, así es que mi juventud duró un mes y medio no más. Porque de ahí me junté al tiro con mi señora y de ahí pura pega, porque estaba mi hija y mi señora, que además ya tenía una guagua.* Por eso mismo no hice el Servicio Militar, porque justo después nació también mi hijo. Salí llamado y todo, pero no lo hice, no me presenté y quedé remiso. Ahí empecé a trabajar, me preocupé de la casa, de ella y de sostener a mis hijos". (**Eduardo Delgado, cursivas mías**).

Quizá donde con más fuerza se presente este resentimiento es en las mujeres, donde la maternidad coarta con más intensidad la prolongación del disfrute juvenil modelado por la ciudad. El trabajo y la maternidad, juegan un rol decisivo en la formación de este sentimiento, que gatilla en ellas y una vez transcurridos el período crítico de crianza, una suerte de

regresión biográfica, como un intento de dar continuidad a los años perdidos, inacabados y desaprovechados de "juventud". Igualmente significativo resulta la asociación y superposición, entre emancipación de género y re-emancipación "juvenil":

"(...) Como me casé a los 17 años, *siempre les digo a mis hijas 'yo no viví la juventud'. Yo viví mi niñez y pasé a la fila de los adultos al tiro por el hecho de ser mamá y no saber qué era una fiesta.*

Cuando mis cabras fueron un poco más grande y pude tener más libertad, ahí viví mi juventud, ya a los treinta años, así es que fui joven después de vieja. Iba a los bingos del colegio con mis cabras, nos quedábamos a alojar y al otro día nos veníamos temprano. Le decía a mi marido *'tengo que aprovechar de salir, lo que antes no hice', siempre le digo así, porque las niñas de 18, 19 años hacen lo que ellas quieran, y yo no, yo ya era mamá desde los 18 años (...)*". (Elisa Pérez, cursivas mías).

"Pero el ser mamá no fue algo que puso fin a mi juventud, para nada. Además que mi hijo después se va ir al internado y más libertad voy a tener, menos atado. Lo otro sería que quedara embarazada de repente y tendría que seguir criando guagua. Ahí pasarían varios años criando un bebé y a lo mejor se me quitarían las ganas de seguir [saliendo], pero por ahora no. Con el hijo que tengo, todavía ni he pensado en que tiempo voy a terminar, ni quién me puede poner límites.

Soy joven, libre, me gusta salir, me gusta pasarlo bien, conversar, echar la talla, si puedo amanecerme por ahí conversando con alguien en una fiesta, lo hago y no me pongo límites, aunque a los ojos de los otros esté mal, porque en eso no ha cambiado en nada por acá, siguen así hasta ahora, igual. No pueden ver a una persona con otra que sean de diferente sexo porque piensan al tiro "ya andan los dos"... Los ven y piensan de la chica que es una huevona loca. Pero uno se acostumbra. De nosotras, cuando andamos en fiestas, también han dicho lo mismo: *'andan curás las huevonas', y ná' que ver, si pa' pasarlo bien no hay que andar con copete.* Pero la gente aquí es así (...).

Por eso cuando empecé a sentir que podía salir, no he parado hasta ahora, porque fue como que me limité mucho, fue en mis mejores años que tuve que estar dedicada a mi casa, estar dedicada a mi hijo, de lo cual no estoy arrepentida porque a mi edad se pasa mucho mejor, se sabe pasar bien, es otra juventud y sabe cómo hacerlo uno, cómo pasarlo bien. Aquí en Chaihuín no hay mucho carrete, pero hay fiestas cuando hay torneos; nos juntamos, bailamos, los pasamos bien, nos tomamos unos tragos. A veces nos juntamos en la sede del Sindicato [de Pescadores], en la escuela donde se hacen bingos y fiestas.... Aunque no hay muchas opciones tampoco. De los amigos que hice en Corral ya no tengo ninguno. La verdad de las cosas es que no sé dónde están. Cuando me vine pa' Chaihuín se terminó toda clase de amistad, nunca más supe de ellos. Solamente de una prima que por ser familia sé dónde está, pero del resto, no". (Jacqueline Vera, cursivas mías).

Esta sensación de "desperdicio" del tiempo vital, debido a un encadenamiento de subordinaciones (primero a la familia paterna, posteriormente o en forma paralela, a la familia laboral de acogida -como empleadas-, y posteriormente a la nueva unidad doméstica formada -donde el varón sigue teniendo un control preponderante-, motivan en las mujeres una suerte de re-emancipación, propiciada tanto por unas nuevas condiciones productivas, materiales e institucionales, como por el contraste con las generaciones de jóvenes actuales.

El resultado no deja de ser sorprendente. De hecho, el primer impacto que se lleva un visitante al adentrarse socialmente en la localidad "campesina" de Chaihuín, es el constatar que las cuatro organizaciones de mayor importancia actual están dirigidas por mujeres de esta generación, incluso aquellas orgánicas con una acendrada tradición masculina: el Sindicato de Pescadores Artesanales y la Junta de Vecinos. A estas se le suman las dos únicas agrupaciones de turismo rural que funcionan desde fines de la década de los 90'.

Aunque es obvio que este liderazgo y "re-emancipación" no se derivan exclusivamente del dar continuidad a una escueta "juventud", lo cierto es que en muchos relatos este fenómeno está explícita o implícitamente actuando en sus decisiones y experiencias de "mujeres mayores". La adultez como condición identitaria urdida desde su posición de madres y esposas, intenta subvertirse a partir de la resemantización de estos atributos en la acción social: independizarse económicamente del marido; controlar "su" natalidad, abrir espacios autónomos en las relaciones sociales (ocio, esparcimiento y trabajo); liberación de las rígidas pautas de sociabilidad intergenérica e intergeneracional, etc. Todos atributos que se estiman definitivos y definitorios de la "nueva" juventud.

Este quiebre -aunque parcial- de las relaciones de dominación de las mujeres por parte del *pater familias* y la progenie, tiene algunos antecedentes previos que no pueden ser soslayados. Uno de ellos, es el funcionamiento en Chaihuín de CEMA-Chile desde principios de la década de los 80'. Aunque su origen se remonta en el país a 1954 bajo el gobierno de Carlos Ibáñez con el nombre de "Roperio del Pueblo" y con un carácter asistencialista de escaso impacto rural; bajo los gobierno de Frei y Allende se extienden tímidamente al campo, signados por la visión de los rígidos moldes tradicionales del rol de la mujer en la sociedad chilena: madre y esposa. A partir del Golpe de Estado, el gobierno militar refunda la institución en junio de 1974 de manos de la esposa del dictador, llamándola "Fundación Graciela Letelier de Ibáñez, CEMA Chile", dependiente de la Secretaría Nacional de la Mujer. Esta institución continuará reforzando la visión de la mujer asociada a la defensa de los valores familiares y destacando su papel de madre, cónyuge y dueña de la casa. Entre 1979 y

1988, existieron en Chile un promedio de 6.300 Centros de Madres constituidos jurídicamente y funcionando a los largo de todo el país (INE, Compendio estadístico 1979-1991)²⁰³.

A pesar de que fue una institución oficialista -hoy sigue en funcionamiento como organización privada si fines de lucro-, de exacerbado cariz pinochetista, e ideológicamente leal al régimen militar dictatorial, la entidad vitalizó las organizaciones sociales de mujeres en gran parte del territorio, afectando de manera gravitante a las mujeres del campo, tal como lo consigna María Soledad Lago (1986) en su estudio sobre la condición de la mujer en el contexto de la neoliberaación del agro en Chile. Los centros de madres funcionaban como pequeños talleres de artesanía y actividades cooperativas. Allí se confeccionaban manualidades que eran comercializadas por la propia institución en sus exposiciones regulares en la urbe. Su impacto en la mujeres mayores de esta generación se dejó sentir con fuerza, incluso con las más reactivas al régimen, provocando un sentimiento similar a la de las mujeres menores de esta generación, partícipes y líderes de las actuales organizaciones sindicales y productivas apoyadas por el Estado a través de INDAP (Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario) y PRODEMU (Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer), gatillando esta regresión biográfica "juvenilizante":

"Yo me sentí joven cuando pude ir a las fiestas, pero ya tenía a mis chicos. También cuando entré al Centro de Madres [CEMA Chile]. Fue un cambio grande porque entré al centro de madres e hicimos unos talleres y ahí celebramos el año y entre mujeres hacíamos las fiestas. En ese tiempo bailábamos, felices, y como centro de madres íbamos las puras madres, los maridos se quedaban en la casa. Bailábamos, nos comíamos un cordero... Éramos hartas, casi todas las mujeres de Chaihuín. El taller era en la capilla, esa sirvió de taller.

Esos talleres eran pagados. Nos tocaba dos veces a la semana ir a trabajar. Me acuerdo que pagaban \$15.000 mensuales y ahí era divertido, íbamos a pagarnos al mes a Corral. Una tremenda caravana de caballos, como 15 mujeres a caballo ¡tremenda caballería! Y las que no tenían caballo iban a pie. Íbamos a la Municipalidad, nos pagábamos y volvíamos. Estuvimos trabajando varios años hasta que paró Cema Chile.

Ahí tuve una segunda vida, porque compartíamos como amigas con todas. Llegaba la hora de la colación y dejábamos toda la comida que traíamos en la mesa, unos mates, por aquí y por acá y uno no hablaba de la casa ni nada, puras conversaciones de mujeres adultas, de los trabajos de las reuniones, de los materiales". (María Ester González, cursivas mías).

²⁰³ Sin embargo, Bunster (1988) detalla y amplía aún más estas cifras. Según la autora, CEMA tenía 6.000 responsables de organizar y adoctrinar a 230.000 miembros en más de 10.000 centros de madres. La Secretaría Nacional de la Mujer, en tanto, se jactaba de tener 10.000 voluntarios en 321 oficinas sucursales. Busnter estima que durante un período de 10 años, de 1973 a 1983, las actividades de CEMA involucraron a más de dos millones de mujeres.(Op. Cit., 211-212).

En tanto, las mujeres menores de esta generación, casadas y con hijos, expresan el mismo sentir, aunque más finamente autocomprendido en base a las nuevas coordenadas valóricas e ideológicas sobre su condición subalterna. Así podemos comprender los testimonios de Elisa Pérez y Jacqueline Vera:

"(...) Pero mi marido era muy a la antigua, no participaba, se dedicaba a puro copetearse y yo me divertía, pero temprano me tenía que ir con los niños, porque eran chiquititos y más que vivíamos al otro lado del río, entonces muy tarde no me podía quedar. *A veces me hacía así no más con los ojos y eso significaba que me tenía que ir. Era muy autoritario, pero ahora no le hago caso en nada. A veces me dice 'cómo vas a salir así, es la única mujer que usa eso', y yo le digo 'bueno, que yo sea la primera entonces'. Así es que yo no le pido permiso para nada*". (Elisa Pérez, cursivas mías).

"(...) Pero cuando llegué acá estuve hartos tiempo sin integrarme a nada, porque era como bien poco sociable y no era muy comunicativa. Trabajaba, sí, en lo que viniera, en el río, de marino, sacando Luga. Después cuando Jordan tuvo como 5 años más o menos, en el Sindicato se empezó con la idea de inscribir mujeres. Así es que por intermedio del Sindicato empezamos a hacer cursos pa' cultivar Choritos, pa' plantar. Por ahí hubo un incentivo para que las mujeres decidieran inscribirse. Aparte que empezaron a pedir socias mujeres para el Sindicato porque decían que eran más serias, cumplían más y ahí fue que entré al Sindicato de Pescadores de Chaihuín. De ahí empezó todo y no he parado hasta hoy.

(...) Además valía la pena tener un ingreso más para la familia. Nuestros maridos nos apoyaron desde el principio, porque se daban cuenta que era un ingreso más para la familia, a sí que no podían ser como los tontos, negarse. En mi caso mi marido no lo veía tanto como el aporte que diera uno pa' la casa, si no algo pa' que uno salga de la casa. *Porque pa' la casa en estos momentos no es ná' lo que aportamos, todo es para nosotras. No vamos a decir que porque trabajamos, ellos se aprovechan. Por lo menos, en mi caso, no es así. Yo gano mi plata, hago lo que quiero y para mi casa nada. Lo principal es no tener que estarle pidiendo plata a él para cubrir tus propias necesidades, a sí que eso ya es una ayuda para él, porque sin quererlo no lo molesto por plata*". (Jacqueline Vera, cursivas mías).

Decíamos que otro de los factores que operaban en esta "regresión biográfica", era el contraste con las actuales generaciones, a la que se percibe con las posibilidades de disfrute y experimentación "juvenil" que a ellas y ellos les fue coartada. El cotejo es un ejercicio que justifica, en muchos casos, su accionar re-juvenilizante y emancipador y sirve de parangón para autorizarse a reandar y ensanchar un camino de escasa "juventud". Hecho que reafirma la

conformación de la identidad juvenil como un proceso relacional, bidireccional, en el que no sólo los adultos performan la construcción sociocultural de la edad a las nuevas generaciones, sino también éstos, indirecta o directamente, son performados por aquellas.

Esta operación -en la acción o en la narración-, condensa una mirada, a la vez que autoanalítica y descriptiva sobre su pasado, preñado de un rico diagnóstico sobre el presente de las nuevas generaciones que transitan hoy en Chaihuín. Al estar parcialmente habitados de una identidad juvenil urbana o, al menos de su imaginario, la capacidad de intelección sobre las dinámicas identitarias juveniles de estas nuevas generaciones contiene un espesor comprensivo importante. Es por ello, como lo señaláramos en un principio, que es en esta generación donde se vislumbra con más fuerza una fijación en el presente biográfico, como una llave ordenadora para la reconstrucción y entendimiento de sus propios transcurso vitales. Gran parte de los relatos de vida están inundados de referencias a las actuales generaciones, en las que refractan su propia "juventud":

"Hay harta diferencia con los jóvenes de ahora. En el sentido de que la juventud de antes era otra juventud, digamos más apagada, siempre pensando en el trabajo, no como hoy día que lo echan a la talla, que los cabros no están ni ahí con el trabajo, tienen otra mentalidad. Y antes no era tan así la vida. Generalmente nos juntábamos nosotros y siempre se conversaba "puta, estoy hastiado de la pega", que aquí y allá. No era digamos pensar otras cosas alegres y hablar de esas cosas. Puros ratos malos no más. Hoy día yo veo a la juventud, ¡qué! risas pa'allá y pa' acá, echando la talla, esa onda. Antes no era así la cosa. Nosotros después del fútbol conversábamos un rato no más, como 15 minutos y de ahí 'chao huacho', cada uno pa' su casa y listo, eso era todo. Los cabros hoy día son más libres. Aunque usted los restrinja, ellos van no más. Por ejemplo dicen 'vamos a la disco' o 'tomémonos una cerveza'. No, eso antes no corría con nosotros, siempre restringidos. Los viejos de antes siempre nos recalcan cuando salíamos por ahí después de hombres ya 'no vayan a llegar curao, porque eso sí que no se los voy a aguantar ni llorando, o fumar, o ir pasado a trago o traer a un borracho pa' acá'. Mi mamá igual. Hoy día no, porque cualquiera lleva a su amigo a alojar. No le toman ni pa' le sear la opinión al papá. Y uno qué le va a decir, porque uno entiende que hoy día la cosa es así. No es como antes. Antes sobre todo, tenían que estar los viejos". (**Juvenal Triviños**).

"La juventud ha cambiado, por ejemplo, en el sentido de la crianza. Criar a un niño ya no es lo mismo que antes. Si le decimos a los chicos 'vamos a ir a trabajar' o 'levántate', nosotros le tenemos el desayuno hecho a los chicos pa' que se levanten a hacer algo y no todos los días los obligamos tampoco. En cambio nosotros no, poh. A nosotros nos decían '!ya! tenís que levantarte a hacer fuego y pone la tetera'. Teníamos que levantarnos nosotros primero, después los adultos, ahora no. Acá en la casa, no sé si será en todos los hogares igual, me levanto yo primero a hacer todo y de ahí despierto al resto. Cosa que antes no era así, yo tenía que

levantarme temprano. Los viejos de antes, cuando uno salía de la escuela lo ponían al yugo al tiro, al tiro a trabajar.

Lo otro es que los chicos ya se están educando un poco más, más que nosotros. Ya no quedan en sexto básico como quedamos nosotros, ni en cuarto. Aquí la escuela llega hasta sexto. Después hay un internado en La Aguada donde se van a estar dos años, séptimo y octavo. Y de ahí al Liceo casi todos van. Hace mucho tiempo que los chiquillos ya están trabajando en otras cosas, ya no trabajan en los que trabajábamos nosotros. La mayoría de los chicos están trabajando en Puerto Montt, en las empresas salmoneras, todo lo que es envasadora de productos de mar.

(...) Ahora los chicos tienen más entretenimientos. Ven películas, se van a jugar a los tacas en las tardes después de su trabajo (...). Pero no es como nosotros, nosotros no conocíamos la tele, la veíamos cuando íbamos a Corral no más. Teníamos poco tiempo libre, mucho menos. A nosotros no nos daban permiso como a los chicos. A nosotros nos decían 'ya, tenís que hacer esto', terminaba eso y 'vaya hacer esto otro y otro y a lo que termines te voy a volver a mandar'. Cuando quedaba tiempo los fines de semana salíamos a jugar a la pelota, lo único que hacíamos. Bueno también andar a caballo, ir al campo a comer chupones, andar leseando con los cabros, pero no teníamos otra cosa que hacer". (**Elías Maripán**).

"Algunos se quieren ir por falta de trabajo. Acá ya no hacen nada. A la juventud le gusta andar bien vestida, plata en los bolsillos y salir a farrear con los amigos, pero no tienen y buscan trabajo, por eso se van. Yo tengo casi todos afuera, solamente dos me quedan aquí. Pero uno está para irse en los barcos químicos. Otro entró a navegar y anda más de dos meses afuera, pero tiene que estar nueve. Ese está en España y vuelve a fines de octubre. La mayoría son solteros y ganan buena plata en esos barcos. Tengo otros dos casados en Chaitén. Es bonito, pero aislado. Hay que ir en barcaza o en avión". (**María Ester González**).

Este ejercicio contrastante nos introduce de lleno al próximo capítulo, donde abordaremos muchas de las "diferencias" cifradas en estos testimonios, donde la juventud -como constructo sociocultural urbano- se aloja intensamente en la comunidad, sirviéndose de nuevas condiciones materiales e institucionales para su funcionamiento. Sirvan algunos de estos testimonios como proemio:

"La juventud en Chaiuhín ahora es más libre. No es como antes, que los viejos nos privaban más que la cresta. Algunos siguen siendo 'cortos'; tengo amigos de mi edad o mayores que ven una mina y sólo la huevean cuando están en grupo. Yo soy más patudo, si quiero enganchar con una mina, me la voy a engrupir. Los locos las molestan, pero cuando están en patota. Por eso están solos, no tienen las agallas pa' armarles una conversación y empezar a enganchar despacito. Yo voy cara de palo no más, por último, la saco a bailar y ahí le empiezo a conversar.

Ahora lo pasan mejor pienso yo, porque tienen cualquier actividad en el verano y antes no había nada aquí, el verano era igual que el invierno. Lo único que había era sol. Ahora está la Semana Chaihuinera, hay un taca taca, un pool, algo para distraerse, además que los cabros

van pa' Corral en un ratito en la micro. En el día están en la playa, en la tarde juegan a la pelota y en la noche van a los Tacas. Acá hace como ocho años que llegó la luz. Antes funcionaba la radio y la televisión con batería. Se descargaba y quedábamos metidos con la [tele]novela... Y nos alumbrábamos con pura vela. De ahí que nacían los cabros chicos, porque no había luz, había que acostarse temprano. Antes nos juntábamos los puros fines de semana o cuando íbamos a jugar a la pelota (...). (Eduardo Delgado, cursivas mías).

"Yo creo que ninguna persona se considera viejo, creo que siempre uno se considera un poquito joven, pero de que ha cambiado la juventud, ha cambiado y ha cambiado harto. Hay más libertad, de repente uno lo empieza a sentir como libertinaje, pero hay más libertad de la que teníamos nosotros. *Y a lo mejor nosotros igual somos culpable de eso porque a nosotros nos tuvieron tan oprimidos.*

Yo veo a los chicos, por ejemplo, hasta tarde. A nosotros nunca nos dejaron tarde. Tarde para nosotros eran las 10 de la noche. Las 10 de la noche ahora para los cabros jóvenes es temprano. Entonces ahí hay ya una diferencia. Yo estando casado, aún no fumaba, ni tomaba delante de mis padres. En cambio ahora no, porque los chicos llegan le piden permiso y fuman delante de los papás y ningún drama por eso. Hasta el corte de pelo, la forma de vestirse, todo cambia. Ahora los chicos tienen la libertad de elegir.

Acá uno llegaba con otro estilo, se reían y uno tenía que cambiar por obligación. O simplemente le decían no te colocai más esa cuestión y listo. Nosotros teníamos que usar ropa tradicional, el bluyín tradicional, que no lo he cambiado todavía, por ejemplo. No los bluyines que hay ahora, con un montón de bolsillos. Quizás se veía más decente, o mejor presentado, a lo mejor sí tenían razón.

Chaihuín ha cambiado harto. Después del 95' tuvo un tremendo cambio Chaihuín. El 95 llegó la luz y eso cambió todo. Cambió todo porque nosotros antes sin la luz, teníamos ese espacio para estar todos juntos. Ahora no, porque andamos todos para allá y para acá. Acelerados igual. Si ahora los chicos se están juntando ahora último en las pichangas en las tardes. Porque todavía tienen la cancha. Pero ya llegó la luz, comenzaron a evaluarse los terrenos más altos, comenzaron a llegar más compradores, empezó a abrirse un potencial turístico aquí en Chaihuín, entonces la gente más pudiente quiere comprar terreno y nos falta un terreno a nosotros para jugar, para hacer una cancha. La cancha que está ahora va aguantar bien poco.

La parte turística también llevó a tener nuevas aspiraciones. No comenzamos a vernos como los pescadores que éramos, que teníamos que venderle a un sólo comerciante no más. También las mujeres. En Chaihuín se veía bien poco a las mujeres trabajando aparte. Para mí, pucha, impecable que la mujer trabaje porque es una ayuda más a la casa y otra, es que se siente un poco más independiente". (Danilo González, cursivas mías).

"Hay harta diferencia entre los chicos de antes y ahora, porque ahora son más liberales, son más independientes de sus papás, tienen más posibilidades, por el mismo hecho de que pueden salir de acá. Aquí han salido varios chicos que están estudiando o trabajando en otros lados. Los que están aquí y no han salido ha sido porque no han querido. Los papás muchas veces no

han tratado de salir, no tienen posibilidades, pero los hijos sí han tratado y el que se ha quedado es porque no ha tratado.

Ojalá que todos los chicos tuvieran la posibilidad de salir de acá y no quedarse aquí, porque aquí ¿que les espera? ¿Trabajar en el mar? Eso nadie lo quiere para sus hijos. Una de las cosas es que en el mar no se encuentra a nadie [cuando muere], así es que es un drama tener un hijo que trabaje en el mar. Por eso yo creo que los papás acá le ponen hasta el último empeño en que sus hijos salgan de acá. Ojalá me aguante mi hijo, porque yo voy a tratar que no se quede acá. Esa es mi idea, que salga. Esa es mi idea y es la idea de la mayoría de las chicas que tienen hijos". (**Jacqueline Vera, cursivas mías**).

7. Elisa Pérez:

Fui Joven Después de Vieja

Conocimos a Elisa Pérez por las “leyes consuetudinarias” del protocolo antropológico: durante mi primera estada en terreno ella era la presidenta de la Junta de Vecinos de Chaihuín. Fue, junto a los pobladores más ancianos y otros dirigentes de la comunidad, una de las primeras personas con que interactuamos fluidamente. Su encuentro estuvo eclipsado por el descubrimiento de una constante: el protagonismo y empoderamiento por parte de las mujeres de la comunidad, de la vida social, política y económica de Chaihuín. Elisa, junto a otras mujeres, como Adela Arriaza –Presidenta del Sindicato de Pescadores-, Teodora Leal –Presidenta de la Agrupación Agroturística y Productiva de Chaihuín- y Georgina Ponce –Presidenta de la Agrupación de Mujeres Productoras de Hortalizas de Chaihuín-, formaba parte de una importante alteración sociocultural: la emancipación económica -y la consiguiente des-subordinación patriarcal y familiar- por parte de la población femenina de la comunidad. Debido a ello, muchas lideraban los procesos económicos y políticos del Distrito, desde la terciarización económica y la organización de eventos celebratorios, hasta la conducción de los conflictos ambientales.

Elisa nos recibió cálidamente en su casa -de origen patrilocal- donde convivía cotidianamente con sus hijas solteras y sus nietos. En su terreno, había cedido espacio para la construcción de las viviendas de sus hijas casadas y sus esposos, las que se repartían sobre porciones de terreno próximos a la casa de origen. Su papel de dirigente quedó plasmado inmediatamente en las primeras conversaciones, que versaban sobre las tensiones intracomunitarias y la dificultad de liderar una organización en permanente mediación con los intereses de otras agrupaciones comunitarias o del gobierno local (ayuntamiento). Sin embargo, y pese a la extrañeza de nuestra proposición para que nos contara su “vida juvenil” al calor de sus disquisiciones organizacionales sobre la vecindad, sus dotes comunicativas y el propio interés sobre sus experiencias biográficas, facilitaron rápidamente nuestra tarea escrutadora.

Su trayectoria vital es un puente *intrageneracional* que cruza la condición e identidad juvenil femenina desde un “antes” (caracterizado por la dedicación exclusiva a la familia y la

subordinación al padre y al esposo), hasta un “después”, signado por la semiindependencia de las múltiples cargas como productora y reproductora y el deseo de aprovechar “juvenilmente” esta condición actual.

Casada con un descendiente mestizo, originario de Chaihuín, ha vivido casi toda su vida en el Distrito, por lo que es una de las voces autorizadas para describir un conjunto de procesos que afectaron transversalmente a las comunidades rurales del sur de Chile durante la década de los 60’ y 70’: la migración temporal a las ciudades como empleadas domésticas, dibujando con ello, las mutaciones más importantes de la soltería femenina en el mundo rural, que impregnada con los nuevos códigos de socialización afectiva y simbólica urbana, llevaron los *bluyines patas de elefante*, las zapatilla y el “pololeo”, a sus comunidades rurales de procedencia. Relaciones afectivas que, como vimos, implicaban un grado de cercanía inédito entre pretendientes de distinto sexo, por lo que en principio fueron fuertemente sancionadas.

Esta emancipación temporal, que produjo la construcción de un imaginario juvenil -urbanamente definido y basado en el engrosamiento de la soltería-, tiene en Elisa, como en otras mujeres de su generación entrevistadas, una rígida frontera, anclada en los elementos culturales de un “antes”: el temprano vínculo marital, el encierro y la asunción de los roles de madre y productora subalterna. Es por ello que la exigua “juventud” aparece en su biografía vivamente, en la medida que define ésta no sólo añorándola, sino intentando revivirla en el presente. Quizás por ello, Elisa Pérez junto Jacqueline Vera (ver anexo) son las agentes de un cambio inédito conducido y protagonizado en gran parte por ellas.

Hacia mediados del año 2003, Elisa había renunciado a la Junta de Vecinos, pero lucía igual: estatura mediana, maciza, con una florida pollera, un amplio moño y los ojos caídos. Sólo sus nietos alteraban esa lúcida e “inquieta parsimonia”.

Nunca tuve una muñequita

Nací en 1953, en un lugar que se llama San Juan, cerca de acá de Chaihuín. Ese sitio era de mi papá, lo vendió y nos vinimos a Corral. Cuando tenía cinco años nos fuimos a vivir a la cordillera, a una parte que en esos tiempos era el fundo Chaihuín. Ahí nos criamos hasta la edad de doce años más o menos. Éramos ocho hermanos y yo era la segunda. Tenía una hermana mayor, venía yo y después la chorrera de hermanos, seguiditos.

En esos años mi papá trabajaba en el Alerce y vivíamos al medio de la cordillera. Casi nunca nos sacaban pal' pueblo por el hecho de estar tan lejos. Ahí vivimos todos y mi mamá tenía más hermanitos y se le morían por el hecho de que nos los podían sacar en el invierno para ir al hospital... Sólo en tiempo bueno se salía de a pie por Cadillal, que quedaba más cerca y de ahí se pasaba por Quitaluto hasta llegar a Corral.

Mi papá trabajaba en la cordillera labrando la madera, porque en ese tiempo no había motosierra como ahora. Ahí se partían los palos a sierra, que era una herramienta que tenía unos manguitos por ambos lados para tirar. Nosotros le ayudábamos a mi papi, eso es lo que hacíamos, porque por allá no había escuela.

Mi mamá era dueña de casa en ese tiempo, porque no tenía tiempo pa' hacer otras cosas. Teníamos una casita de Alerce no más, sin piso, ni estufa... Todos teníamos una pieza que era una cocina con fogón y ahí había otra casita al lado y esa era la pieza pa' dormir, muy helada. Cuando caían nevazones, había que subirse a raspar el techo pa' que no se cayera. No se podía salir afuera, nada. Pa'l terremoto del 60' estaba en la cordillera. Me acuerdo que cayó un palo en la casa, pero nosotros estábamos a fuera a si que no nos pasó nada. Recuerdo que caían los tremendos Alerces. Debo haber tenido unos 7 años. Vivíamos en un bajito y mi mami salió y se marió. Andaba por tener una guagüita y se caía, porque era fuerte el sismo, el movimiento de la tierra.

Allí a veces jugábamos, pero como vivíamos en la cordillera, ¿quién nos iba a dar un juguete? Yo le digo a mis nietas “antes de que me muera me voy a comprar una muñeca graaaaaaande”, porque nunca tuve una muñequita. Nosotras hacíamos muñecas de trapo y jugábamos al negocio. Buscábamos de todo tipo de cosas, pedazos de árboles, hojas, helechos finitos que convertíamos en fideos para jugar...

Después nos vinimos, porque mi mamá se enfermó del pulmón y estuvo como seis meses en el hospital en Valdivia. Entonces nos quedamos solos y mi papi adoptó venirnos pa' Corral. No nos trajimos nada, por el hecho de estar tan lejos y venirnos a caballo con mis hermanos que eran chiquititos en ese tiempo. Mi mamá se mejoró, pero quedó flaquita, no podía lavar un pañuelo, nada, ni acarrear un baldecito de agua. Hasta que se alivió y fue otra vez una mujer buena pa' trabajar y engordó, quedó tremenda de gorda.

En Corral mi papá quedó sin trabajo y mi mamá empezó a trabajar, pero se volvió a enfermar y no se recuperó nunca más, porque después volvió a tener dos hijos más, dos hermanas mujeres, y murió. Mi mami murió cuando yo todavía no tenía 15 años cumplidos y dejó una hermanita menor de tres meses. A esa hermanita se la llevó una tía de Valparaíso y hasta la fecha la tiene. Yo la conocí cuando tenía como 12 años y de ahí no la he visto. Ahora tiene como 35, a sí es que más de 20 años que no la veo.

Sufrimos mucho pa' criarnos por el hecho de que mi papá era bueno pal' trago y a veces nos faltaba la alimentación. Yo salí a trabajar jovencita, incluso antes que muriera mi mami. Trabajé de empleada antes de los 15 años en Corral. Trabajaba en la mañana y después iba a clases en la tarde. A los cursos de tercero, cuarto básico, me metían las profesoras porque ya era tremenda de grande. Incluso me daba vergüenza, porque los chicos me gritaban "¡ah, la tremenda cabra y no sabe leer!". Hasta que prendí a leer, pero no estoy reconocida en ningún colegio.

Nueve besos

Yo noté un cambio como a los doce años, antes que muriera mi mami, porque nosotros comenzamos a tener responsabilidades, mi mami nos hacía vender leña, leche... O por el hecho de que teníamos que ser dueñas de casa, lavar, cuidar a los hermanos más chicos y salir a trabajar para llegar con las cositas a la casa para darle a los hermanos. Porque nosotros podíamos tener la comida donde trabajábamos, pero los hermanitos no, y mi papá era desordenado y a veces no le tenía la comida a los hermanos. Yo le digo a mis hijas que hoy la juventud es tan floja, niñas de 15, 16 años que todavía viven a expensas de los padres, porque

nosotros no. Desde que murió mi mami, mi papá nunca más me compró un par de zapatos, nunca me compró nada más.

Como me casé a los 17 años, siempre les digo a mis hijas “yo no viví la juventud”. Yo viví mi niñez y pasé a la fila de los adultos al tiro por el hecho de ser mamá y no saber qué era una fiesta. Nunca salí a una fiesta, ni con mi esposo porque había que dejar la guagua encargada. Después que mis hijas crecieron y tuvieron unos 12, 14 años, ahí salía a las fiestas con ellas y si quería llegaba tarde. Pero cuando vivíamos en Corral, y lo digo con orgullo, nunca tomé una pilsen en un baile, nunca me tomé un trago de vino.

Ahora las niñas de 12, 13 años toman pisco y todo el trago que se les presente, se curan jovencitas. Van a una fiesta y se curan. Esa parte me da mucha pena, porque debe ser terrible.... No sé con que cara. Si a mí me hubiera pasado una cosa así no habría tenido cara pa' salir al otro día a la calle, no habría salido ni en un mes, ni en un año de mi casa. Yo no tomé mucho, ni cuando fui adulta, porque me daba vergüenza que la gente me viera. Si uno se tomaba un trago, era en su casa, porque en ese tiempo no existían las cajitas de vino que hay ahora, estaban las puras garrafas y había que encargarlas. Acá lo único que se hacían eran torneos [fútbol] y ahí me compraba mi botellita de vino, pero a veces ni la tomaba, ahí quedaba... Así que lo digo con mucho orgullo, nunca me he curado.

Ha cambiado la juventud. No sé si será bueno o malo. Pienso, por ejemplo, cuando uno pololeaba siempre buscaba que nadie la viera, como se dice, “buscaba las partes oscuritas”. Y ahora no, yo me fijo que cabritas jovencitas van en la micro, en la lancha, ahí mismo al ladito de uno, besuqueándose, tocándose a veces por todas partes, hablando en bien chileno y antes no, ¡uno se moría de vergüenza! Mi mami nos decía que teníamos que llegar a las ocho y media y estábamos preguntando la hora, pa' llegar. Ahora las cabras hacen lo que quieren y los papás son muy blandos en ese sentido. A veces creo que los papás se meten en unos tremendos líos pa' poder controlar a los hijos, porque hay muchos más avances, miran la televisión ¡tanta cosa! Antes teníamos la pura radio, escuchábamos las novelas por la radio, radio teatro, y uno se quedaba adivinando lo que había pasado. Es que la luz llegó hace unos seis años y ha habido cambios, por la televisión. Los niños se visten al mismo nivel de la gente del pueblo y a veces mejor. Por ejemplo, mi hijo desde que empezó a trabajar nunca se ha comprado ropa de mala calidad, puras ropas de marcas. Ese no se compra un zapato malo, sólo *Hush Puppies* y siempre me pregunta “mami te gustó mi pantalón, te gustaron mis zapatos” y a mí siempre me gustan los *bluyines* bien azulitos y a él le gustan esos desteñidos.

Pero le digo “sí, están bonitos” y me dice “si sé que no te gustan”. A mí me gustan los zapatos que se lustren y a él le gustan los de gamuza, de esos que no se pueden lustrar.

Pero hoy día hay mucho descaro, a pesar de que yo no me considero una persona vieja. Concuero con las lolas de hoy día, sinceramente estoy de acuerdo que haya más libertad y no me quejo. No me quedo con el pasado porque a veces me siento lola y comparto con las cabras, pero de que han cambiado, han cambiado y mucho.

No tuve muchos pololos. Antes de casarme tuve un pololo que era cariñoso, me compraba frutas y estábamos en la casa no más, porque mi papi me daba permiso hasta las 7 de la tarde, a lo más hasta las 8 y uno no tenía toda la tarde como pa’ estar con el pololo. Ahora la polola dice “mamá voy a ir con Mario a Valdivia” y se van no más y llegan al otro día. Yo no, nunca pedí permiso y me fui a pegar un nochazo con un pololo.

Mi primer pololeo fue cuando tenía como 13 años, pero me acuerdo que fue un pololeo sano. Ese pololo era mayor que mí, tenía como 22 años, era un hombre maduro a esas alturas, pero era respetuoso, porque él me decía “toma plata para que te compres zapatos, te compres ropa” y yo no se la recibía de pura tonta que era. Con ese chico anduvimos harto tiempo y pasaban meses que no nos besábamos en la boca, siempre cuando nos despedíamos nos dábamos un beso en la cara. Siempre me acuerdo que la primera vez que le di hartos besos, le di nueve besos, pero en la carita no más. Nos juntábamos en la noche un buen rato y llegaba tarde a mi casa. Yo trabajaba y después que salía del trabajo salíamos a la calle a pasear un rato, porque en ese tiempo uno ocupaba toda la calle en Corral, uno caminaba por el medio de la calle y no por la vereda, porque en ese tiempo no habían vehículos. Entonces caminábamos pa’ Amargos a pololear, pero nunca fuimos a una fiesta.

Todavía tengo amigas que son de antes. Ahora las puedo invitar y disfrutar, conversar, acordarnos de cosas, de leseras que hacíamos cuando íbamos a las fiestas en Corral, en la “Semana Corraleña”. Antes se iba a bailar, no [a hacer] tanto desorden como ahora. En ese tiempo las reinas se paseaban en carreta, no como ahora, que se pasean en lancha y nadie las ve. Ibamos con ciertas personas no más, muchas amigas no tuve, porque las hermanas mayores no teníamos tiempo para salir a pasear, o a alojar en otra cosa ¡nunca! No nos daban permiso por nada del mundo. Habían otros grupos de jóvenes, a veces nos encontrábamos a esas cabras pesadas que se hacen las pitucas. Me acuerdo que una amiga en Corral nos decía que tuviéramos cuidado, porque habían cabros que se pescaban a las cabras a besos en las esquinas y que decían “me dai un beso y te dejo pasar”. Un día mi tía me invitó a su casa para

año nuevo y le dije a mi papi que iba a pasar por arriba pa' no encontrarme con nadie, pero estaban todos los cabros en el cerro. "Si no nos dai el abrazo, no te dejamos pasar", me dijeron... "No chicos, yo no le quiero dar el abrazo", les dije... Al final tuve que darles el abrazo a todos y me dejaron pasar, pero no era de maldad si no que de leseo. Todos conocidos, nada más que eran del otro cerro.

Antes uno pololeaba varios meses y de ahí tenía relaciones. Los cabros ahora no les importa y no se cuidan tampoco. Antes pololeaban un año, ahora un día no más. Yo les cuento a mis chicas que la juventud tiene que cuidarse de no quedar esperando [embarazada], de que lo pasen bien, porque hay cosas de las que uno después se arrepiente. Pero ahora una niña de 15, 16 años que está en el liceo, ya lo sabe todo.

Nosotros pololeábamos a escondidas. No había que contarle a los hermanos porque cuando uno peleaba al tiro te acusaban. Me acuerdo que me juntaba con mi hermano cuando mi mamá me mandaba a comprar, porque ahí veía pasar a mi pololo. Volaba pa' ir a comprar porque de ahí íbamos a Quitaluto y sabía que me esperaba, pero era un ratito no más. Con ese pololo duramos como dos años no más y nunca supo nadie. Mi mamá tampoco, porque mi mamá le pegaba a mi hermana cuando la pillaba pololeando. Con mi hermana mayor, como nos llevábamos bien, nos cubríamos las espaldas. Salíamos las dos juntas y nos daban permiso. Pero ese era un pololeo sano, de cabros no más.

Me acuerdo que a mi suegra le preguntaba cómo había sido su pololeo, cómo lo hacía para juntarse con el abuelito. Entonces ella me decía "yo le pedía permiso a mi mamá para ir a buscar las ovejas, o los gansos, pero a veces los iba a buscar por el lado equivocado y ahí nos pillaban". A la mamá de mi suegra no le gustaba el pololo porque era mayor parece. En esos años mi suegra trabajaba de empleada en un *chalet* muy grande aquí en Galera y su pololo en esos años era farero, porque antes había faros de Corral a Galera, pasaban los cables por hilo, entonces decía que era "guardador de hilo", cuidador de hilo. Entonces decía que tenía que recorrer las líneas a caballo y donde se había cortado el cable tenía que alojar, a veces en el cerro. Llevaba mantas, cueros, alojaba ahí y cuando amanecía, seguía caminando, esa era su pega. Recorría de Corral hasta acá y ahí mi suegra lo conoció, porque ella era empleada y jovencita. Tenía como 12, 13 años no más. Ahí salía a escondidas de los patrones. Entonces era lo mismo que uno no más. Yo le decía a mi mami que iba a ir a comprar y me decía "pa' qué vas a ir, si hay". Quiere decir que en todos los tiempos fue igual. Las mamás se harían las tontitas, si al final las paran igual.

Antes, las relaciones con los mayores eran de respeto. Hasta los días de hoy a mí me cuesta tutear a otra persona. Tengo amigas de muchos años que me dicen “dime tú no más, si qué”, pero yo no puedo, porque antes a uno le pegaban una sola mirada y listo. Creo que más por miedo era respetuosa. Con mi papi siempre alegábamos porque a mí no me gustaba que le pegara a mis hermanos, les daba correazos, patadas, combos, y esas cosas a mí me daban mucha lástima. Entonces le decía a mi papi “¿cómo te vai a comparar, si él es chico!”. Mi papi siempre fue como imponente. Me acuerdo que cuando mi mami estaba viva nos tenía de todo. Después llegamos al pueblo [Corral] y mi papá vendió la estufa a leña preciosa que teníamos. Ahí le discutí, porque mi idea era que se fuera civilizando, aprendiendo.

Hay que producir, aunque sea cabros

Cuando murió mi mamá yo me fui a Valparaíso a trabajar y estuve un año y tres meses. No hice amigos allá, ni tuve tiempo pa' pololear. No conocí a nadie. Los días domingo me daban permiso pa' que saliera, pero siempre salía con un niño que cuidaba, conversábamos y caminábamos por las calles y volvíamos por ahí mismo para no perdernos. Fui a puro sufrir no más, porque echaba de menos a mi papi, a mis hermanos. Me llevó una familia de Corral, pero pienso que quizás no era muy bien tratada y la pena de estar tan lejos, el fallecimiento de mi mamá... Lloraba mucho, porque no tenía a nadie, nadie conocido. Así es que me volví pa' Corral, sería como el año 1970, y me casé, porque cuando me fui pa' Valparaíso estaba pololeando con mi marido que tengo. Quizás por eso era que lloraba tanto. Pololeamos un poco más de dos años y me casé con más o menos 17 años y mi marido con 24.

En ese tiempo mi marido trabaja en la pesca de buzo, cuando los buzos eran los buzos. Uno pololeaba con un buzo y las cabras se morían de la envidia. No como ahora, que cualquiera es buzo. En ese tiempo ganaban plata y yo me cachiporreaba.

De ahí nos vinimos a Chaihuín, porque mi marido era de acá. Mi papá no me quería dar permiso, pero me vine igual no más. Es que nosotros no nos casamos al tiro, convivimos siete años. Después nos casamos, porque mi hija mayor iba a la escuela y la teníamos que pasar por el civil; teníamos cuatro niños y no los teníamos pasados por el registro civil. Entonces el

profesor nos exigía diciéndonos “yo no la puedo pasar de curso, porque no sé de qué nacionalidad es”.

Hasta que nos casamos. Lo hicimos en dos días. Un día fuimos a pedir hora pa’ el registro civil y pasar a los cuatro niños y, después, al otro día, nos dieron hora pa’ casarnos. Todo casi en la misma fecha. Mi hijo menor tenía como tres años y nos decían “su hijo les va a servir de testigo”... No hicimos fiesta ni ná. Lo único que recuerdo era que tenía el pelo largo y me lo corté, a si es que todos me desconocían. Cuando llegué a Chaihuín me decían “¡ah, usted está recién casá!”. Pero yo cuento mi casamiento desde 1970, el 21 de julio, cuando me fui con mi marido.

Mi papá no quería que me fuera con mi marido porque me decía que era indio. Y también porque yo creo que era mal mirada la gente que vivía a la orilla del mar, no sé, porque eran pescadores y antes decían que los pescadores andaban a pata pelá no más. Bueno, mi papi me retó y me pegó cuando mi marido le dijo que se iba conmigo. Me acuerdo que fuimos al cementerio a pasar las penas, porque no tenía otra parte donde llevarlo. Al otro día, yo arreglé mis cosas y me fui de la casa. Me vine a pie desde Corral con una maleta de cartón que me había conseguido cuando había trabajado en Valparaíso. Iba llenita de ropa, porque en ese tiempo yo era flaquita, a si es que cualquier ropita que me compraba o me regalaban, me quedaba buena.

Al principio vivimos donde una hermana de él, después, como a los dos meses, me fui pa’ la casa de él, donde su mamá, cosa que me generaba mucha vergüenza, pero su mamá me quiso mucho. Yo siempre andaba pendiente de ella, la cuidaba, le cuidaba las cosas cuando salía, le daba comida a los perros, a las ovejas.

Así es que no salí a la buena de la casa, porque además, cuando yo me junté a vivir con mi marido tenía seis meses de embarazo y con mi papi estuvimos como tres meses enojados. Esa primera guagüita que tuve se me murió, entonces el primero que llegó a verme fue él y lloró, yo también, porque no nos hablábamos, y ahí quedamos de buena otra vez y nunca más rompimos relaciones, lo cuidé hasta el día de su muerte.

Esos tiempos eran lo de Allende. La gente tenía diferentes opiniones, pero nunca me identifiqué con la política. Me acuerdo que cuando fui a recibir la leche de mis niños me dijeron “¿cuántos años tienen tus niños?” yo les dije “uno cumple un año y la otra tiene 15 días” y me dijeron “¡¿tan seguiditos!?”... Y yo les dije “sí poh, si el presidente dice que hay que producir, HAY QUE PRODUCIR, aunque sea cabros”.

En ese tiempo habían grupos de jóvenes. Yo creo que de las edades, porque uno se llevaba con los de su edad. En cambio ahora hay cabros chicos que se juntan con los grandes y jóvenes que se juntan con los cabros chicos. Mi esposo hasta los días de hoy, tiene los amigos del colegio de acá abajo.

Me acuerdo que los jóvenes de acá, cuando recién llegué, me gustaron, tenían caballos, salían en caballos porque era su modo de movilización y andaban en grupo. En esos años las entreteniones para los jóvenes eran, en el verano, los torneos, que era como una fiesta en que salía toda la gente. Se organizaban torneos y se disputaban ovejas. De ahí comenzaba el baile, pero en ese tiempo con radio no más, porque no había otra cosa. La radio era a pilas... ¡había que comprar una cantidad de pilas pa' que durara toda la noche! Después estuvo más moderno, porque llegó la batería y cambió la cosa.

Aunque todo lo que es “moda”, ha existido siempre. Mis hijas me dicen “mami, un tremendo pantalón, que cosa más linda”, y le digo que eso yo lo usé, los pantalones pata de elefante, y ahora les fascinan. A mí siempre me gustó usar *bluyines*, pero me gustaba usarlos arremangados, que se notara el revés del *bluyín*, ¡me encantaba! y las zapatillas deportivas también. Pero pa' ir a Corral me gustaba usar mis zapatos con taquito y faldita y comprarme *pantys*. Pero nunca me pinté. Traté de pintarme, pero parece que toda la gente me andaba mirando.

Los cantantes que me gustaban en ese tiempo eran Rafael de España, aunque en las fiestas ponían puras cumbias, como “El negro José”. Pero mi marido era muy a la antigua, no participaba, se dedicaba a puro copetarse y yo me divertía, pero temprano me tenía que ir con los niños, porque eran chiquititos y más que vivíamos al otro lado del río, entonces muy tarde no me podía quedar. A veces me hacía así no más con los ojos y eso significaba que me tenía que ir. Era muy autoritario, pero ahora no le hago caso en nada. A veces me dice “cómo vas a salir así, es la única mujer que usa eso”, y yo le digo “bueno, que yo sea la primera entonces”. Así es que yo no le pido permiso para nada. Antes, cuando era jovencita, cuando no teníamos niños, me invitaban pa' cualquier movía y él no quería salir, pero si le decía “anda tu solo” él volaba al tiro. Salía él no más y a mí me dejaba en la casa.

Todo ese tiempo fue un cambio. Cuando empecé a trabajar y comprarme las cosas a la moda fue lo que más me llamó la atención. Comprarme mis zapatos y mi ropa me gustó, me encantó. Comprarme ropa a mi gusto, porque si yo pudiera comprarme ropa todos los días, la compro, porque soy fanática de la ropa. Fue un cambio grande que creo a todos les marca,

porque nosotros conversamos con mis hermanas y les digo que eso es lo más que me gustó, salir de la casa a vivir como mujer otras cosas.

Después uno no tiene tiempo por eso de ser mamá, no puede salir a caminar, a subir el cerro, no puede salir lejos por la guagua y no puede jugar. Recuerdo que cuando recién me casé mi suegra criaba una nieta y a mí me gustaba ir a jugar con esa chica, subir el cerro, columpiarme en la quinta, esas cosas me gustaban. Ahí recién uno se adentra a la etapa de mujer y tiene que aprender qué agüita le va a hacer bien a la guagua, qué remedio le puede dar y cuándo tiene fiebre.

Todas esas cosas las tuve que aprender solita, mi mamá no estaba y nosotros vivimos como un año no más con mi suegra y después nos independizamos. Mi suegra me iba a ver los días domingo y así aprendí un par de cosas que sin ella no las habría aprendido. Creo que mi suegra fue como mi mamá, mi segunda mamá, no con el mismo cariño pero se preocupó, porque si mi mamá hubiese estado viva me hubiera enseñado lo que mi suegra me enseñó. A lo mejor a mi suegra no la hubiese pescado para nada si hubiese tenido a mi mamá viva, pero como no la tenía...

Mi suegra me enseñó muchas cosas, a cuidar las guaguas, a tejer, a hilar, a hacerle comida al marido; cosas así. Cuando recién me casé, mi suegra tenía gatos y tenía un perro regalón, entonces hacía la comida (ricas las comidas porque iba a buscar Chalotitas a la huerta y le echaba de todo), pero lo primero que hacía era sacarle comida a los gatos. A mí esa cosa me enfermaba, porque yo quería que mi marido llegara a comer primero que los gatos. Pero como le tenía tanto respeto no le podía decir. Lo otro que me enfermaba era que llegaba mi marido y ella era la primera que le ponía el plato, que lo atendía, y yo quedaba como chaleco de mono, que sólo servía para irme acostar en la noche... Incluso él se sacaba el pantalón y ella se lo lavaba, y como mi marido era vergonzoso de primera, yo pasé meses que no le lavé la ropa porque se la lavaba su mamá. Esas cosas a mí como que me chocaban, pero yo no podía decir nada, porque quería a mi suegra, le tenía respeto.

Es que antes era otra cosa, los jóvenes tomaban enseñanzas de los más grandes. Yo le enseñé a mis hijos a hacerse zapatillas de lana, coser, hacer basta para los pantalones, todo. La juventud de hoy no hace esas cosas, pero mis hijas todo eso lo saben. Me acuerdo que antes, la gente que me enseñaba a tejer, las pasaba en conocimiento, por el hecho de ser más joven, de tener ganas de aprender. Bueno, yo misma a veces reparo y me digo “puchas que soy lesa”, porque mi abuela, por ejemplo, sabe cocinar tan rico, tantas cosas de la casa y me digo “algún

día le voy a pedir la receta a mi abuela”, pero seguro que mi abuela se va a morir y nunca se la pediré.

Aquí dejé mi juventud

Tuve a mis hijos con ayuda de las vecinas no más. En el primero tuve problemas, porque nació asfixiado. Eso paso porque no le conté a nadie que andaba con dolores de parto, me los aguanté no más, me tomé como dos sobres de aspirina porque pensaba que se me iban a pasar esos dolores, pero no pensé que iba a tener la guagua. Me acuerdo que mi marido estaba trabajando en la pesca y no llegaba, era día domingo. Como a las siete de la tarde no daba más. Mi suegra andaba paseando y pasé todo el día con esos dolores. Es que a mí nadie me decía nada y yo de vergüenza, no le decía a nadie también. Es que antes no sabía cómo nacían las guaguas. Sabía cómo se hacían, pero no cómo nacían.

Mi primera guagüita, la que nació muerta, la tuve a los 9 meses justitos después de haber tenido relación, entonces yo sabía la fecha exacta que iba a venir. Porque yo me acuerdo que tuve relación el 23 de febrero y el 23 de diciembre nació. Son cosas que uno las lleva... Que no a todas las personas le cuenta esas cosas por que son más íntimas...

Uno era pícara, pero pícara inocente, no esa maldad que existe ahora y todas esas cosas... Con mis niñas sentía vergüenza de decirles que ellas se iban a “enfermar” como le decían las abuelas [a la menstruación]. Les decía a mis hijas y ellas me decían que no me preocupara, porque a ellas ya le habían dicho esas cosas en la escuela. Fue poco lo que tuve que decirles, pero siempre aconsejándolas en otro sentido, de hecho nunca les prohibí a mis hijas que pololearan. Nunca, nunca, nunca. De repente las cacheteaba cuando se portaban mal, pero yo nunca les prohibí que pololearan. Una vez me la vinieron a acusar que la habían visto pololear con un chico, fue una pariente bien cercana. Yo le dije que lo único que quería saber era si la había visto con un hombre. “sí poh”, me dijo. Entonces le dije “es lo más normal, si la hubiese visto abrazá con una mujer dándose besos, ahí sí que me hubiese preocupado, pero si la vio con un hombre es lo más normal”, y no tuvo qué decirme.

Yo les decía a mis hijas “hijas, si ustedes pololean y un hombre las abraza, las besa, no hay problemas, “porque besos y abrazos no sacan pedazos”, pero cuando empiecen con agarrones, por aquí y por allá, ustedes tienen que largarlos, porque cuando quieran casarse y tener

relaciones, tienen que hacerlo cuando realmente lo quieran porque el día que se saquen los calzones, de ahí pa' delante no hay na' que hacer. Otras mamás decían “a mis hijas no les doy permiso ni pa' ir solas al baño” y las cabras igual no más la hacían tonta y salían igual.

Mi esposo, la primera vez que vio a su hija pololeando quería pegarle. Qué le vas a pegar, le dije, si ella es una señorita, tenía como 15 años y me dijo “nunca más me voy a meter con tus hijas mujeres”, con “tus” hijas me dijo... Pero de ahí nunca más se metió y hasta el día de hoy tengo excelente relación con mis hijas. Es que di todo por mis hijos, a veces dejaba de comerme un pedacito de pan para darle a ellos, no le echaba azúcar a mi café pa' que ellos tuvieran. Cuando las chicas se fueron a Corral, yo recuerdo haberme ido con mis zapatitos viejos pa' no echar a perder los nuevos e ir a la reunión bien paradita, y pa' su licenciatura, comprarle algo nuevo y dejarlas satisfechas. Claro que faltaron montones de cosas, nunca tuvieron una bicicleta, una muñeca grande, ni yo tampoco.

Ahora uno tiene todas sus cosas, lavadora, refrigerador. Siempre le digo a mis hijas que antes cualquier cosa que uno mataba, tenía que comérselo rapidito pa' que no se echara a perder. Uno era como un jote, porque todo lo que había se lo tenía que comer. Antes uno lavaba toneladas de ropa a pura escobilla no más, con cuatro cabros. Pero a uno le alcanzaba el tiempo de lavar, de trabajar en la huerta, de salir a buscar la leña, de cuidar a los cabros y ahora las mamás con un hijo no alcanzan a lavar en el día con lavadora y no van a la huerta, ni van a buscar leña, ni enceran... Ahora no, no alcanzan.... “¡dejé a medio encerar porque se portó mañosa la guagua!, dicen... Yo me acuerdo que a mi guagua la llevaba en un cajón y lo ponía en la tierra mientras huertiaba. Me levantaba recién aclarando a trabajar en mi huerta, dejaba el azadón a la entradita del portón de la huerta para saber que estaba ahí porque estaba oscuro. Ahora las mamás se levantan a las diez, a las once. Yo trabajaba mucho, me levantaba antes que se despertaban los niños, aprovechaba bien el día.

He trabajado hartito en mi vida por mis hijos, por mí misma, por tener mi casa, para educarlos y tener plata... Después trabajé en los pescados, en los Choros, tejí, hilé, salí a vender gorros, pantalones de lana pa' los niños... Lo hice porque en ese tiempo tenía a mis chicas estudiando en el internado de lunes a viernes, pero los fines de semana se quedaban en una casa donde tenía que pagar la pensión, entonces tenía que tener la plata pa' pagarles los tres días que se quedaban. Hoy día las mamás son flojas, cómodas, pitucas, antes no, antes uno se ponía lo que tenía no más.

También ayudé y crié a un hermano, que se vino a vivir conmigo cuando tenía 12 años. Hasta los días de hoy vive conmigo. Ahora se casó y nosotros le dimos un poco de tierra pa' que él viviera. Ese se crió como hermano de mis hijos, incluso, pa' los días de la mamá siempre me llevaba una tarjeta o un regalito y me decía “tú eres mi hermana, pero en vez de ser mi hermana, eres mi mamá”. Dos veces hemos peleado. La primera vez él se fue de la casa y tuvo un accidente grande. Fue a trabajar al norte y lo apuñalaron, de ahí llegó por acá. Y cuando se casó igual peleamos, porque se casó escondido y llegó con la esposa y su libreta de matrimonio y dijo “me casé y esta es mi señora, mira la libreta”. Lloré, me sentí, porque yo me preparé toda una vida para ese acontecimiento. Le dije al tiro lo que sentí, porque a veces las cosas, me salgan bien o me salgan mal, las digo como me salgan. Le pregunté porqué lo había hecho si yo nunca le había prohibido que se casara. Los jóvenes meten la pata y no hay nadie que los haga retroceder. Después, con el tiempo, entendió lo que le decía.

Cuando mis cabras fueron un poco más grande y pude tener más libertad, ahí viví mi juventud, ya a los treinta años, así es que fui joven después de vieja. Iba a los bingos del colegio con mis cabras, nos quedábamos a alojar y al otro día nos veníamos tempranito. Le decía a mi marido “tengo que aprovechar de salir, lo que antes no hice”, siempre le digo así, porque las niñas de 18, 19 años hacen lo que ellas quieren, y yo no, yo ya era mamá desde los 18 años, después a los 19, a los 20 y 22, porque tuve cuatro hijos, tres mujeres y un hombre.

Me parece un sueño que mis hijos hayan crecido, los miro y pienso cuando fueron chiquititos y me da como una pena con orgullo de verlos ahora con sus hijos, y me digan que me cuide. Yo les digo que estoy vieja y que lo único que quiero es que a ellos no les pase nada, porque ni Dios lo quiera le pasara algo a uno de mis hijos. Siempre a mi hijito lo estoy cuidando, cuando mi marido sale a la mar yo le digo “cuida al hijo no importa que tú te mueras, porque estai viejo, pero mi hijito...”. El papá y el hijo se cuidan mucho cuando van a la mar, además que se llevan excelente. Mi marido a pesar de que tiene sus defectos, es buen papá, siempre anda ayudando a sus hijos, les da madera, les presta latas pa' que terminen su casa, todas las cositas que necesitan.

Mi hijo empezó a trabajar como a los 11 años, pero nunca dejó de estudiar. Cuando salía a trabajar con su papá, tenía que estar presente pa' que mi marido le entregara la plata como a cualquier trabajador, entonces él guardaba su plata y cuando iba al colegio se compraba de todo o colocaba su plata en el banco. Cuando tenía como 10 años le saqué una libreta en el banco en Valdivia, la saqué a nombre de los dos y cuando tuvo su edad se la traspasé a él. A veces sacaba más de lo que ponía, pero cuando empezaba a sacar mucho yo le escondía la

libreta. Pero después siempre me iba dando plata pa' que se la pusiera en el banco. Le metí siempre eso y le decía "hijito, una vez cuando te cases y quieras hacer tu casita, tendrás la plata". Así que de ahí se empezó a hacer su casita.

A mis hijos nunca le exigí que me dieran nada y cuando él trabajaba me daba plata por su voluntad. Me decía "mami esto es pa' ti pa' que te compres cualquier cosa" y a veces se la recibía y a veces no, porque me daba lástima, porque era joven.... A veces comprábamos cosas a medias, como el primer televisor que tuvimos, que lo compramos los dos. Pero las otras cosas siempre las he comprado yo, mi máquina de coser, mi lavadora, mi refrigerador, todo eso lo he comprado con plata mía.

Cuando yo era jovencita, lo que más deseaba era que Dios me diera vida para ver crecer mis hijos. Decía que no me importaba que después me muriera, sólo que me diera vida hasta los 35 años, cuando mis hijos tuvieran unos 15 años, pa' que no quedaran guagüitas como mis hermanos... Y con mi vida, ahora, ya estoy sobrada de cariño, satisfecha de la vida, porque ya los crecí, todos tienen su vida formada, todos tienen su casa... Estoy contenta, sobre todo siento un gran orgullo de haber criado a mis hijos aquí en Chaihuín en lugar de Corral y de cualquier otro lugar, porque mis raíces, mi juventud, ¡todo está aquí ! Aquí dejé mi juventud, todo, todo.

Cuando tuve problemas sentimentales dejé de sentirme joven. Llevaba como 15 años de casada, tuve problemas y de ahí cambié. Bueno, no sólo las personas de bajos recursos tienen problemas, los de la alta sociedad también, nada más que el rico sabe cómo ocultarlas y el pobre no. Cuando son cosas del corazón, toda la gente sufre.... Yo me enamoré... Son pocas las personas que supieron. Tuve esa experiencia hartos años, pero después la persona decidió casarse y hacer su vida y listo. Pero ya cuando las cosas habían terminado seguí viviendo y creo que si el marido a uno la quiere, la va a perdonar. Un marido siempre perdona, porque he escuchado de mujeres que tienen otros hombres, el marido los pilla, ese hombre se va y uno se queda con el rollo del marido. Y si el marido a uno la quiere, la perdona, a si como muchas veces una también está dispuesta a perdonar el condoro que se pueda pegar. Pero nunca me gustaría que nadie viviera esas cosas, porque es terrible, sufre depresión uno, no sabe si salió el sol el día antes, si no salió... Pero es importante vivir de todo y saber asumir lo que está mal...

No sé, las culpas dentro de una pareja siempre son compartidas. Nunca es culpable uno totalmente, porque si uno alguna vez cae, porque es humano, sobre todo si una se siente con

la autoestima baja, si la tienen botada, y hasta infiel le pueden haber sido, la tratan como a un objeto, todas esas cosas...

La mujer si alguna vez llega a hacer alguna cosa, que lo haga por un sentimiento real. No me gustan esas mujeres que hacen las cosas por darle que hablar a la gente, que andan con uno y otro, que la ven acá, que la ven allá. Cuando la gente lo hace por amor, un amor puro, sano, esas personas me gustan, porque se las juegan por algo, pero no esas otras que lo hacen por learse no más. He conversado con amigas que dicen “salí con un gallo, fuimos a Valdivia, lo pasamos bien, alojamos, después me dio plata y me compró eso”. Encuentro que se van a vender y que sacan un provecho.

Claro que me arrepiento de algunas cosas, pero el destino de las personas es así. Nosotros conversamos con mi hermana qué pololo habría sido mejor para mi destino... En un tiempo pensé que si me hubiera casado con ese otro pololo a lo mejor habría sido feliz y después he creído que no, porque el destino de uno es su destino y punto. Pero de algunas cosas de joven sí, porque uno lleva muchas amarguras por dentro, humillaciones, de haber estado sola por acá cuando recién me casé, de haber trabajado mucho y haber mal enseñado a mi marido, porque él a veces se iba pa' Corral y se gastaba toda la plata y yo trabajaba en otras cosas pa' él y pa' los niños... No teníamos amigos porque mi marido, cuando recién nos casamos, no dejaba que yo hiciera pasar a nadie a la casa.

Presidenta y abuelita

Hace como un año y dos meses que soy presidenta de la Junta de Vecinos. El hecho de que sea mujer ya no es novedad, porque está el Sindicato de Pescadores que la presidenta es una mujer, entonces ya no es raro.

Aquí todas las cosas que se piden, se rechazan por intermedio de la Municipalidad de Corral, porque la Municipalidad no quiere nada con Chaihuín. Es por cuestión de colores políticos, porque se han hecho muchas cosas y por unas pocas personas las pagan todos. Nos tiene como de lado. Eso viene desde el Centro de Padres del colegio, que era la institución que más fuerza tenía aquí. Cuando fue el gobierno de Salvador Allende, Chaihuín fue una de las primeras partes que hubo una toma de colegios, y todo lo que se hizo en Valdivia se hizo aquí, por eso a Chaihuín lo toman como que es una parte de comunistas, pero no es así.

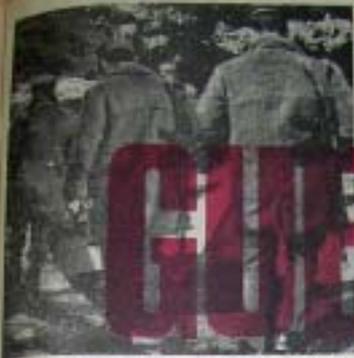
Ocurrió que la gente no estaba de acuerdo con los profesores que habían, porque a veces pasaban hasta 15 días que no venían a hacer clases. En ese tiempo se les daba a la municipalidad unas platas para que compren carnes, le hagan a los niños un plato de comida, pero no las traían para acá. No les gustaba eso al Centro de Padres y echaron a los profesores y trajeron nuevos. Pero pa'l gobierno de Allende no hubo problemas ni nada. Pal' gobierno de Pinochet tampoco pasamos ninguna clase de problemas, pero acá hubo hartito militar eso sí, pero no hubo detenidos, ni nada.

Tengo 8 nietos, yo quiero a todos mis nietos, pero no le quito la responsabilidad a mis hijas. Ellas tienen que cuidar a sus hijos y si a mis hijas, ni Dios quiera, les pasara alguna cosa, yo me hago cargo de ellos, pero teniendo a su mamá, no les quito responsabilidad. No me echo responsabilidades que no tengo que llevar.

No me gustan mucho los términos de los jóvenes hoy día. No me gustan esas palabras que dicen, como "cachai". No me gusta esa palabra, la encuentro horrible, la encuentro ordinaria. Mis niñitos también la dicen pero no les digo nada. También los chicos dicen "abueli", ya no les alcanza pa' abuelita ni pa' abuela. Aunque yo les digo a las chicas o me dicen abuelita o Elisa, porque no me gusta la palabra "abuela". Yo no soy abuela de nadie. Me siento tan orgullosa cuando mis nietos me dicen "abuelita". Tengo una nieta de nueve años, la mayor, que cuando viene, dice "no le desordenes la casa a mi abuelita, porque ella ya es viejita, le cuesta hacer sus cositas". "Abuelita" me dice, "a veces estoy tan preocupada de ti", yo le digo "¿por qué?"; "porque yo pienso que te vai a morir". Y yo le digo "si tengo que morir poh mamita, todas las personas se mueren, algunas se mueren jóvenes, pero yo, viejita voy a morir". Le digo que tiene que estar contenta que la conoció a uno, que estuvimos juntas y que anduvimos juntas, que tiene a su papá, su mamá, sus hermanitos y tiene con quién vivir.



Imagen 34. Portada revista "Cine Amor". "Cuando era jovencita me gustaba Leo Dan y me gustaba leer las revistas en las que aparecía, 'Cine de amor' parece que se llamaba. Salían las letras de las canciones y dibujada las canciones. (...)Las revistas las conseguíamos entre amigos, porque aquí no llegaban. No faltaba quien la comprara. Los mismos chicos de acá iban a Valdivia y la compraban y ahí leíamos nosotros". (María Ester González).



CAPTURADOS 6 GUERRILLEROS

Reinas Negras recogieron explosivos, documentación y medicamentos

1 En un operativo de alto secreto, las Reinas Negras, grupo de guerrilleros de izquierda, lograron capturar a seis integrantes de la Escuela de Guerrilleros de Chaihuín, en la zona de Garzas, provincia de Chilo, el día 23 de mayo último. Los capturados fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.

Los guerrilleros capturados pertenecen al grupo de la Escuela de Guerrilleros de Chaihuín, que fue creada por el Comandante en Jefe de la Tercera Zona Militar, don Juan José Torres, para la formación de cuadros de guerrilleros de izquierda. Los capturados fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.



EL CORREO DE VALDIVIA
180 LEXY - VALDIVIA (Chilo) — Domingo, 24 de mayo de 1970. PRECIO: \$ 130
Edición: 10 Plantas

COMPLETA ESCUELA REVOLUCIONARIA

Prácticas militares y adoctrinamiento político.

2 La escuela de guerrilleros de izquierda, que se venía realizando en la zona de Garzas, provincia de Chilo, fue completada el día 23 de mayo último. Los integrantes de la escuela fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.

Los guerrilleros capturados pertenecen al grupo de la Escuela de Guerrilleros de Chaihuín, que fue creada por el Comandante en Jefe de la Tercera Zona Militar, don Juan José Torres, para la formación de cuadros de guerrilleros de izquierda. Los capturados fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.



DIAGNOSTICA
La escuela de guerrilleros de izquierda, que se venía realizando en la zona de Garzas, provincia de Chilo, fue completada el día 23 de mayo último. Los integrantes de la escuela fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.



VIENEN 200 DEL GRUPO MOVIL

3 El grupo móvil de la Tercera Zona Militar, que se venía realizando en la zona de Garzas, provincia de Chilo, fue completado el día 23 de mayo último. Los integrantes del grupo fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.

Los guerrilleros capturados pertenecen al grupo de la Escuela de Guerrilleros de Chaihuín, que fue creada por el Comandante en Jefe de la Tercera Zona Militar, don Juan José Torres, para la formación de cuadros de guerrilleros de izquierda. Los capturados fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.

ENCUENTRO ARMADO SE TEMIA ANOCHETE

4 La posibilidad de un encuentro armado entre los guerrilleros de izquierda y las fuerzas armadas de Chile, se temía anoche en la zona de Garzas, provincia de Chilo. Los guerrilleros de izquierda, que se venían realizando en la zona de Garzas, provincia de Chilo, fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.

Los guerrilleros capturados pertenecen al grupo de la Escuela de Guerrilleros de Chaihuín, que fue creada por el Comandante en Jefe de la Tercera Zona Militar, don Juan José Torres, para la formación de cuadros de guerrilleros de izquierda. Los capturados fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.

REINAS NEGRAS
Las Reinas Negras, grupo de guerrilleros de izquierda, lograron capturar a seis integrantes de la Escuela de Guerrilleros de Chaihuín, en la zona de Garzas, provincia de Chilo, el día 23 de mayo último. Los capturados fueron trasladados a la ciudad de Valdivia, donde se encuentran detenidos en la carcel de la Comandancia en Jefe de la Tercera Zona Militar.

Imagen 35. Titulares del periódico El Correo de Valdivia del 24 de mayo 1970 informando sobre la detención de los integrantes de la escuela de guerrillas en Chaihuín: "Antes que muriera Allende hubo una escuela de guerrilleros de izquierda que pillaron en las Garzas (...) recuerdo que en la Escuela de Chaihuín también estuvieron ahí; había niñas, pero hartas (...). Visitaban a la gente, había dentista, había paramédicos, de todo. Entonces invitaban a que cualquier niño enfermo uno lo llevara, y todo gratuito, nada de cobrar, ni nada. Pasaban como estudiantes no más (...)" (María E. González).



*Imágenes 36 y 37. Tocadisco a “Pilas” [baterías]. “Después del sismo llegaron los tocadiscos a pila. Llegaron todas las cosas. Yo me compré un tocadiscos. Aquí solía tener los días domingos amontonada a la juventud donde tocábamos discos, admirados (...)” (Baltasar Triviños). “Entonces llevaban tocadiscos chiquititos, a pila, porque no había electricidad. Se tocaban los *longplay* que le llamaban... Pero era tanto el bullicio de la gente que una cosa de esas no se escuchaba nada (...)” (Elías Maripán). “Me acuerdo que los jóvenes de acá, cuando recién llegué, me gustaron, tenían caballos, salían en caballos (...) y andaban en grupo. En esos años las entretenciones para los jóvenes eran, en el verano, los torneos, que era como una fiesta en que salía toda la gente. (...) ahí comenzaba el baile, pero en ese tiempo con radio no más, porque no había otra cosa. La radio era a pilas... ¡había que comprar una cantidad de pilas pa’ que durara toda la noche! (...)” (Elisa Pérez).*



Los representantes de los apoderados del internado de Chaihuín.

Piden resolución oficial por caso de micrófono

Su preocupación porque después de un mes y medio que se denunciara públicamente la existencia de un micrófono oculto en el Internado de Chaihuín aun no se aclara la situación, dieron a conocer ayer a "El Diario Austral" los representantes del Centro de Padres del establecimiento, Heraldo González y Miguel Antillanca.

Añadieron que hasta el momento respecto al caso ha habido hermetismo oficial.

Recordaron que al ser descubierto el micrófono en uno de los dormitorios del internado, perteneciente a una de las alumnas, hubo bastantes sospechas de que al autor sería un determinado funcionario.

Asimismo, indicaron que el 5 de julio Carabineros de Corral luego de realizar diversas investigaciones en torno al caso puso a disposición del Primer Juzgado del Crimen de Valdivia a Heriberto Paredes, funcionario del Internado, acusado de ser presunto autor de ofensa a la moral, lo cual consta en la causa rol N° 64.758.

González y Antillanca puntualizaron por otra parte, que les causa profunda extrañeza que "también es muy raro que el Departamento de Educación Municipal de esa comuna no se haya querrellado en contra del funcionario, y que como corolario de toda esta situación tan irregular Heriberto Paredes se encuentra actualmente en libertad y trabajando como inspector en la localidad de Carboneros, en la comuna de Corral".

Cabe señalar, que según los apoderados hay una gran discrepancia entre los resultados de las investigaciones oficiales y "la que nosotros manejamos".

Entre las peticiones formuladas por los apoderados al conocerse la existencia del micrófono, fue que Heriberto Paredes fuera expulsado del establecimiento y "en esa oportunidad la alcaldesa dijo que no podía hacerlo porque era algo muy serio que no podía ser tratado con precipitación.

Los apoderados se preguntan: "¿Por qué se colocó el micrófono? ¿quién o quienes ordenaron su instalación?"

Imagen 38: Noticia aparecida en el Diario Austral (4 de septiembre de 1986), que denuncia el espionaje político en la escuela de Chaihuín. La noticia se acompaña con la fotografía de Heraldo González (izquierda), presidente del Centro de Padres y Apoderados de la Escuela e Internado. "Como en los años 80' ocurrió una cuestión política aquí. Había un cabro de apellido Paredes (...) que trabajaba junto a su señora en la escuela. (...). Entonces en ese tiempo había una alcaldesa en Corral y tenía la intención de investigar todo lo que pasaba dentro de la Escuela, para eso puso micrófonos. (...) Esa pega lo hizo ese cabro [Paredes], pero lo mandó la señora [alcaldesa]. (...) Pero esto fue por cuestiones políticas. (...) El que debe tener clara la historia es don Heraldo González, porque él era dirigente de acá". (Eliás Maripán).

"La verdad es que fueron años en que nos empezaron a perseguir. Yo era presidente del Centro de Padres y se descubrieron micrófonos ocultos en la escuela (...). (...) descubrimos que nos grababan las reuniones que hacíamos (...) y las captaban desde el otro lado del río (...). Las conclusiones eran claras... Yo estuve varias veces llamado por carabineros, porque aquí había gente que estaba perseguida [por la dictadura militar], estaba oculta y nosotros los ayudábamos... A mí carabineros no sé cuántas veces me llamó. (...) yo ayudé a una persona, porque no lo iba dejar que muriera; (...) lo ayudé en alimentación, en darle hospedaje en medio de todo el movimiento fuerte, casi a fines del 73', después del Golpe de Estado... Pero acá alguna gente (...) no entendía que había que amparar a la gente perseguida y yo fui denunciado varias veces... pero hay que olvidar las cosas... Me siento mucho cuando me acuerdo de eso..." (Heraldo González).



Dominio del balón, primeros Deportes Peña Dorada y Solitarios, de Chaihuín.



Para el programa de la Semana Corraleña, en rayas, clasificaron deportivos Cadital y Condor de Chaihuín.



Después de las eliminatorias, el Deportivo Condor Chile, Chaihuín, el primer lugar en fútbol.

Competencias dieron animación a Chaihuín

CORRAL. El domingo 20 de enero, se llevó a efecto en la localidad de Chaihuín, las eliminatorias sectorial fútbol, conforma a las competencias deportivas y recreativas programadas con motivo de la celebración de la Semana Corraleña 85.

Los sectores participantes en este grupo son los deportivos Tornamar, de El Huape; Solitarios, de Chaihuín; Condor Chile, de Chaihuín; Cadital, de Cadital; Peña Dorada, de Peña Dorada y Tricolor, de El Huero, a este último le correspondió ser club anfitrión en esta ocasión.

Todas las actividades se desarrollaron en un ambiente de sana alegría, donde primó lo deportivo; los clasificados en

las distintas disciplinas son: Fútbol: 1° Condor Chile, de Chaihuín; 2° Tornamar, de El Huape; 3° Deportes Cadital, de Cadital; Rayuela: 1° Deportes Cadital, de Cadital y 2° Condor Chile, de Chaihuín; Boga: 1° Tornamar, de El Huape; 2° Condor Chile, de Chaihuín; Leñador: 1° Deportes Cadital, de Cadital y 2° Tricolor, de El Huero; Dominio balón: 1° Deportes Peña Dorada, de Peña Dorada y 2° Solitarios, de Chaihuín; Tiro la cuerda: 1° Tornamar, de El Huape y 2° Solitarios, de Chaihuín; Carreras a la chilena: 1° Caballo "Carifoso", jinetes Carmelo Cárdenas Angulo, del Club Tricolor, de El Huero; 2. caballo "Mocho", jinetes Hernán Kion Flores, del Club Tornamar,

de El Huape; 3° caballo "Fornina", jinetes Guido Vera Vera, del Club Deportes Cadital, de Cadital.



Imagen 39. Competencias de juegos tradicionales en Chaihuín (Periódico 24 Horas del 25 de enero de 1985). En el seno de la Liga Campesina de fútbol orquestada por el Municipio de Corral en el contexto de la Semana Corraleña, se realizan un repertorio variado de actividades "huasas", enfatizando una identidad "campesina" de marcado acento criollo chileno a través de la práctica de deportes "tradicionales" como las "carreras a la chilena" (de caballos); tejo, palo encebado, corte de leña, campeonatos de boga (regatas), natación, etc. La institucionalización de estas prácticas festivas veraniegas, tuvieron una importante acogida en las comunidades rurales, convirtiéndose en un espejo a la vez que patriótico, exótico tanto para la región como para el resto del país. Así lo atestiguan diversos informes de la prensa provincial y nacional durante casi toda la década de 1980, reapareciendo un Chaihuín "saneado" en el concierto público después del bullado caso de la escuela de Guerrillas. La Liga Campesina como el resto de competiciones de comparsa, tienen continuidad hasta los días de hoy, aunque con importantes modificaciones, como la superación -en parte- del sucursalismo que el Municipio de Corral mantenía con las comunidades de su entorno rural, financiando la celebración en cada comunidad de su propia "semana".



Imágenes 40 y 41 Arriba: Restaurante Español. “Tenía como 17 años, en el año 86’, porque ahí aprendí a tomar (...). Íbamos al 'Español', un restaurant que había antes en Corral (...). Trabajábamos todo el día y la plata la gastábamos en la noche. Como teníamos clases día por medio, pagábamos la pensión y en la noche andábamos detrás de las minas. Terminábamos en 'El Español', que era de nosotros, porque llegábamos como dueños a carretear...”. (Eduardo Delgado). Abajo Izquierda: Los Hermanos Bustos, dúo chileno de música ranchera. “Las rancheras

llegaban por intermedio de la radio, porque había programas de música mexicana. Eran radios portátiles; en ese tiempo no había casetes. Se escuchaba mucho el programa “la hora mexicana” en la radio Baquedano de Valdivia; también la radio Austral, La radio SAGO de Osorno y la Concordia de La Unión. La gente estaba acostumbrada, porque terminaba ese programa y ya sabían a qué hora daban mexicanos en la otra emisora y cambiaban. Así es que todo el día escuchaban los programas mexicanos” (Elías Maripán).

